

ÁLVARO DE LAIGLESIA



yo soy  
Eulana  
de Tal

Lectulandia

La vida de la infeliz Mapi, meretriz por culpa de su mala suerte, contada por ella misma, desde su infancia hasta su primer «trabajo».

El humor generalmente bastante burro de Álvaro de Laiglesia se dulcifica en este relato, permitiéndose algo de ternura con su personaje.

La novela de mayor éxito de su autor, con innumerables reediciones y versión cinematográfica.

**Lectulandia**

Álvaro de Laiglesia

# **Yo soy Fulana de Tal**

**Mapi 1**

ePub r1.0

Sarah 09.03.14

Título original: *Yo soy Fulana de Tal*

Álvaro de Laiglesia, 1963

Portada: Rafael Munoa

Editor digital: Sarah

Original cedido por: Koriel

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

—Mi vida es una novela —me dijo ella.

—Sí —admití yo—. Pero una novela por entregas: por entregas al primero que llega.

Y no se enfadó, porque era verdad.

EL AUTOR

## PEDAZO PRIMERO

LO MALO QUE TIENE esto de escribir, es que hay que pensar un rato largo. Y con toda la cabeza. Porque hay pensamientos chiquitos, que sólo nos ocupan un cachetín de cerebro. Pero contar la vida de una, ya son palabras mayores. Y a mí, la verdad, el asunto escritura se me da fatal.

Soy demasiado nerviosa para estarme quieta en una silla mirando el techo y dándole a la pluma, como hacen por lo visto los escritores de verdad. Ellos, además, suelen ser unos viejales que ya no valen para otra cosa. Y así es más fácil tener la pachorra que requiere este trabajo. Pero a mi edad y con los nervios que yo tengo, que parecen rabos de lagartija recién cortados, a los cinco minutos de estar sentada me pica el pompis y tengo que levantarme sin haber pensado ni jota.

No obstante, como dice mi amiga Nati, que es muy redicha, me he puesto a ello varias veces y he obtenido algunos resultados.

Ayer, por ejemplo, después de darle muchas vueltas a la cabeza mientras la tenía metida en el secador de la peluquería, me vino a la memoria el primer recuerdo de mi infancia.

Desde que me dio la ventolera de escribir mi vida, aprovecho todos los momentos en que las circunstancias me obligan a estarme quietecita, para hacer ejercicios de pensar. En el baño mientras me jabono, y en lo que no es el baño cuando me levanto por las mañanas, procuro concentrarme para buscar ideas.

También lo intento cuando voy sola en taxi por calles que no me distraen, porque ya las he recorrido muchas veces, y cuando alterno con algún señor que me aburre porque sé que no le sacaré ningún provecho. Incluso en el dentista, al que fui tres días seguidos hace dos semanas para que me empastara una muela, me concentré también, aunque allí de poco me sirvió porque sólo conseguí pensar en el daño que iba a hacerme aquel salvaje con esa puñetita que da vueltas a una velocidad endiablada en la punta de un palo.

No desperdicio, como puede verse, ningún momento de quietud para exprimirme lo que unos llaman el coco, lo mismo que yo, y otros el intelecto, lo mismo que mi amiga Nati. Y donde más momentos de éstos tengo, es cuando mando mi cabeza al tinte.

(Así le llamo yo a ir a la peluquería, a teñirme de rubio esas malditas raíces de pelo, que me salen siempre morenas. ¿Serán tozudas las condenadas? A pesar de los años que llevo tiñéndomelas cada quince días de un dorado casi platino, ellas siguen sin darse por enteradas y continúan saliéndome más negras que un luto riguroso).

(¡Y luego dicen que la Naturaleza es sabia! Si lo fuera, tiempo de sobra ha tenido mi cuero cabelludo para chupar la tinta que le echan y aprender a criar los pelos del color que a mí me gusta. Digo yo, vamos).

El caso es que, siempre que mando mi cabeza al tinte —repito la frase porque a mí me parece muy ingeniosa—, dispongo de varias horas para hurgar en mis pensamientos. Y allí es donde más material voy sacando para esta historia.

Por cierto que Nati dice que mi peluquería es una paradoja, porque está en la calle de Rafael Calvo. Puede que yo sea menos exigente que Nati, pero a mí me parece una peluquería estupenda y no le veo la paradoja por ninguna parte.

El dueño es un hombre serio, maduro y nada marica, por cuyas manos han pasado —en el buen sentido— las mejores mujeres de Madrid. Se llama Gustavín y es uno de los pocos en su gremio que no presume de ser «cufér por dams». Él es peluquero de señoras sin folklores franchutes, de los que llaman al pan pan y al pelo pelo. Y sus precios son económicos. No quiero decir con esto que cobre tan poco como un esquilador por rapar a una oveja; pero por bastante menos de cuarenta duros puede una pasar allí una tarde completa haciéndole a la cabellera toda clase de virguerías.

Gustavín, además, es discreto y servicial con su clientela. Me consta que ha evitado crímenes pasionales por docenas, diciendo a muchos maridos cuando llaman por teléfono que sus esposas estuvieron allí de cuatro a siete, o que aún no se han marchado, pero que no pueden ponerse porque están en el secador.

A esas esposas, naturalmente, nadie les ha visto el pelo aquella tarde en la peluquería. Pero yo comprendo que a las pobres señoras decentes tiene que resultarles muy monótono estar siempre con el mismo señor. Y me parece que Gustavo hace una obra de caridad muy meritoria proporcionándoles una coartada lógica para que puedan disfrutar de unas horas de expansión.

«¡Hay por ahí fulanos tan majos, que por desgracia no son el marido de una...!», pensarán esas señoras con razón.

Pero vayamos al grano, porque observo que me lo he dejado muy atrás. El grano era, si mal no recuerdo, contar cómo ayer le saqué provecho a la sesión de pensar que me aticé en la peluquería. Yo estaba algo cansada, porque la noche anterior estuve con un venezolano en un «flamenco», que habían organizado dos portugueses en casa de un diplomático turco. (Por cierto que el turco me regaló uno de esos gorros colorados en forma de flan, como los que llevan los eunucos y los vendedores de alfombras).

Cuando Gustavín me puso el casco y lo enchufó, empecé a pensar como tengo por costumbre. Pero con el cansancio y el runruneo del motorcillo, me entró una modorra imponente. Cerré los ojos y me dije: «Te vas a quedar dormida como un leño. Manda al cuerno la sesión pensante, porque hoy no se te va a ocurrir ni un pajolero pensamiento».

Y mira por dónde, cuando me dejé llevar por la modorra me vino la inspiración. Primero dejé de ver todas las cosas que había a mi alrededor —frascos, espejos, chismes niquelados—, y después se me borraron todos los olores que entraban por mi

nariz —jabón, «champú», pelos chamuscados—. Entonces, lo único que me quedó dentro de la cabeza fue el zumbido del secador. Y ese zumbido, poco a poco, fue agrandándose en mi duermevela hasta convertirse en el motor de un avión.

Pero no de un avión cualquiera, sino de uno que oí siendo muy chica, y cuyo ruido se me quedó grabado en eso que se llama inconsciente. Y al recordar el pedorroteo de aquel motor, me vino a la memoria un chorro de recuerdos claros y frescos, que son los primeros de mi vida y los que necesitaba para empezar a contarla.

## PEDAZO 2

AQUELLA TARDE, yo debía de tener muy pocos años. Seis a lo sumo, o puede que ni eso.

Lo calculo con bastante exactitud, porque me consta que aquella tarde yo estaba sentada en la acera, a la puerta de mi casa, y no tenía bragas puestas. Y sólo a una niña de edad francamente corta, se le permite sentarse en mitad de la calle sin dicha prenda fundamental, sin que se arme follón e intervengan los guardias.

En los pueblos pobres y calientes como el mío, cuando el verano empieza a zurrar, nunca estuvo mal visto que la chiquillería anduviese ligera de ropa para combatir en lo posible el achicharramiento. Antiguamente se nos consideraba retrógrados por esta costumbre. Ahora, desde que los suecos y otros rubios avanzados descubrieron que es sano vivir en cueros, se nos considera precursores. A veces da la vuelta la tortilla del progreso, y pasan estas cosas.

No fue aquélla la única tarde que pasé sentada donde he dicho y sin la prenda que he mencionado, porque las aceras de mi calle eran las únicas del pueblo que estaban pavimentadas con losas de piedra. Y a mí, a falta de otra refrigeración mejor, me gustaba sentir el frío de las losas en la piel del trasero y de los muslos.

Dentro de nuestra casa, mi madre andaba guisando algún comestralo con la ayuda de mí hermana mayor, que tenía afición a la culinaria y se daba mucha maña para practicarla.

—Algún día —solía decirnos madre (suprimo el «mi» porque tendría que repetirlo muchas veces y esto iba a parecer una sinfonía)—, Candelaria llegará a ser la cocinera de unos duques. Porque ¡hay que ver cómo pela las algarrobas!

De lo cual pueden deducirse dos cosas: que éramos pobres porque comíamos algarrobas; y que éramos bastante ignorantes por añadidura, porque creíamos que también las comían los duques.

Ambas deducciones son acertadas, pues no puedo precisar si era mayor nuestra pobreza que nuestra ignorancia, o si era mayor todavía la viceversa. Pero es natural que no abunden la riqueza ni la ilustración en el hogar de un albañil manchego, cuyo jornal estaba más en el aire que las tejas que ponía.

Porque padre (al que también le quito el «mi» por la misma razón que a su cónyuge) no trabajaba con ningún contratista fijo ni pertenecía a ninguna cuadrilla determinada. Y no porque él no quisiera, pues a todo el mundo le gusta asegurar la regulación del cocido, sino que nadie le admitía debido a lo que él llamaba, para quitarle importancia, «su defectillo».

Este diminutivo era una especie de guante que el pobre hombre se ponía para ocultar los cuatro dedos machacados de su mano izquierda. Aquel machacamiento le vino siendo peón en una obra, de resultas de haber puesto la mano en el sitio donde

una grúa iba a poner, al mismo tiempo, un bloque de granito.

La grúa, bruta y cegata como todas las máquinas, puso el bloque sin advertirle a padre que retirara los dedos. Desde entonces, el rendimiento paterno en los trabajos manuales quedó reducido a una sola mano y pico. El pico era el meñique de la izquierda, único superviviente de la catástrofe que sufrieron sus cuatro compañeros. Y aunque padre trataba de sacarle el máximo rendimiento, ya sabemos todos lo que es un meñique: una birria de deducho, que maldita la falta que nos hace.

En vista de lo cual, para sacar adelante a su familia, el buen hombre tuvo que dedicarse a la chapuza particular. Porque como contrapartida a sus cuatro dedos muertos, le quedaban en el mundo cuatro hijos vivos. Y los hijos pretendemos comer todos los días, aunque nuestros padres no puedan mover ni un dedo. Somos así de egoístas.

Como padre era mañoso, llegó a ser el mejor chapucero del pueblo y casi nunca le faltaba trabajo. Porque nuestro pueblo estaba en la Mancha. Y los pueblos manchegos, en general, debido al clima tan extremista que sufren, siempre se están cayendo a pedazos. Gracias a eso, padre rara vez estaba ocioso y nuestras mandíbulas tampoco.

Todas las chapuzas se las encargaban a él. Lo mismo reponía unas tejas rotas por el pedrisco, que tapaba con argamasa las grietas de una acequia para que no se saliera el agua.

Claro está que el jornal que ganaba chapuceando era pequeño, porque en España no había entonces ningún sindicato que defendiera los intereses del gremio de chapuceros. (Ahora, en cambio, cada maestrillo tiene su sindicatillo). Pero nos íbamos apañando a base de algarrobas, boniatos y alguna sardina.

Teníamos también bastante ropa gracias a tía Matilde, que trabajaba en un ropero de caridad fundado en Ciudad Real por unas señoras tontas. Tan tontas, que nunca sabían con exactitud cuántas prendas tenían en el almacén. Pero de tía Matilde, a la que Dios tendrá en su gloria si la policía no la tiene aún en la cárcel, hablaré más adelante si me acuerdo.

Ahora sólo quiero contar lo que sucedió aquella tarde de verano mientras yo me refrescaba el pompis en las losas de la acera, mientras madre hacía un comistrajo con ayuda de mi hermana Candelaria, y mientras padre realizaba una chapuza en algún lugar del pueblo. (En esto de escribir, hay que ir con cierto orden para no largarse por los cerros de doña Úbeda).

De pronto, empecé a oír un ruido muy fuerte que venía de lejos. Yo no pude explicarme la causa de aquel estrépito, porque nunca había escuchado nada igual. Pero una vecina, que tenía motivos para conocer mejor el mundo porque su marido era cartero, salió a la calle poniendo el grito en el cielo:

—¡Un avión!... ¡Un avión!...

Miré para arriba, hacia el sitio donde ella ponía el grito, y pude ver por primera vez lo que luego he visto muchas veces: un avión pequeño, de esos que se emplean en la guerra para perseguir a los grandes. Tenía una sola hélice en el morro y sus alas lanzaban reflejos metálicos.

Yo me agaché, porque me pareció que volaba cada vez más bajo y que me iba a caer encima. Pero pasó sobre mi cabeza sin tocarme, lanzando unos jadeos muy raros y escupiendo un chorro de humo negro por la parte del motor.

—¡Se va a escoñar! —gritó la mujer del cartero, olvidando por un momento la educación que adquirió leyendo los sobres de las cartas que repartía su marido.

Y su pronóstico se cumplió: poco después oímos un choque muy fuerte, seguido de una explosión que hizo temblar todas las paredes del pueblo. Mucha gente se echó a la calle y empezó a correr de un lado para otro, obligándome a levantarme de la acera para evitar que me diesen un pisotón.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaba un soñoliento, arrancado de su siesta por el estampido.

—Un avión ruso —dijo un entendido—, que venía con plomo en el ala y ha caído en las afueras del pueblo.

—¿Y dónde cayó? —quiso saber otro corretón, para orientar su carrera hacia el lugar del suceso.

—En el tejado del establo de la tía Honorina. Por suerte, todo el ganado que encierra allí estaba en el campo: las mulas arando, y las vacas pastando.

La cabeza de mi padre, sin embargo, tuvo menos suerte que las cabezas de ganado. Porque el pobre chapucero, en el momento de caer el avión, estaba en el tejado del establo poniendo unas tejas por encargo de la dueña. Y quedó hecho papilla.

Aquella noche no cenamos. Por la pena por un lado; y porque madre, en su afán de ir a ver los restos de su marido, dejó que se quemara en el fogón el comistrajo que estaba preparando. Y al volver no paraba de llorar.

Yo también lloré como un grifo pasado de rosca, pues nada asusta tanto a los niños, como el llanto de las personas mayores. Ni siquiera el rugido de un león produce tanto miedo a la infancia como el espectáculo de un adulto gimoteando.

## PEDAZO 3

CUANDO UNA OFICIALA de Gustavín desconectó el secador, porque ya mis pelos empezaban a oler a chamusquina, se me disipó la modorra y volví a la realidad. No obstante, como diría la redicha de Nati, el chorro de recuerdos surgidos mientras mi cabeza zumbaba dentro del casco, no se detuvo. Y en el rato que el peluquero tardó en marcarme, teñirme y darme reflejo para peinarme, que fue un rato largo, seguí viendo en la imaginación algunos trozos sueltos de la película de mi infancia.

Película ya vieja, rota y olvidada, porque en el cine de la vida el material envejece pronto.

La noticia de la caída del avión trajo al pueblo varios coches cargados de tipejos vestidos de uniforme, que procedían de la capital. Por ellos nos enteramos en el pueblo de que en España había estallado una de esas guerras que llaman «civiles» no sé por qué, pues casi siempre suelen dirigirlas los militares.

Por lo visto, aquellos individuos, uniformados con «monos» azules, eran rojos. Las cosas políticas son así de raras. Recuerdo que estuvieron varias horas rebuscando entre los escombros del establo de tía Honorina, para recobrar los restos del piloto que tripulaba el avión.

—¿Por qué se molestan en recobrarlos, si ya no sirven para nada? —razonó uno de los manchegos que presenciaban la búsqueda.

—Será —opinó otro— porque a lo mejor, devolviendo a Rusia los restos de este estropeado, envían uno nuevo.

Los restos fueron apareciendo cada uno por su lado, pues las caídas de avión tienen eso de malo: que además de ser mortales, dejan los cadáveres hechos una calamidad.

—¡Pobrecillo! —decían los buscadores, cada vez que encontraban un pedazo—. Si al menos estuviera enterito, daría menos pena.

—Es cierto —les daban la razón por lo bajo unas beatas—. Los muertos troceados entristecen más, porque se comprende que tropezarán con muchísimas dificultades cuando suene la hora de la resurrección de la carne.

Mediada la búsqueda, se produjo entre los buscadores un instante de estupor.

—¡Qué piloto tan raro! —dijo uno de ellos, mostrando el pedazo que acababa de encontrar entre unos ladrillos y unos metales retorcidos del fuselaje.

—No veo la rareza por ninguna parte —se extrañó otro, examinando el hallazgo—. Esto es un brazo vulgar y corriente.

—En efecto, es un brazo —admitió el primero—. Lo raro precisamente es eso: que éste es el tercer brazo que encontramos. Y los pilotos, en general, sólo tienen dos.

—En España, sí —admitió el otro—. Pero como este piloto es ruso, y en el extranjero están más adelantados que nosotros...

Pero cuando todos los buscadores empezaban a alabar los adelantos soviéticos, el alcalde les chafó su admiración diciéndoles que aquel brazo no era uno supletorio del piloto, sino que pertenecía a la pareja con la que se apañó en vida mi padre.

Se quedaron un poco chafados, pero a partir de aquel momento los buscadores fueron haciendo dos montoncitos con los restos que iban recuperando: uno con los del piloto, y otro con los del albañil. Y como el que parte y reparte se lleva siempre la mejor parte, yo sospecho que aquellos militares arrimaron el ascua a su sardina y se quedaron con más restos de los que les correspondían. Sólo así se explica que, al terminar la búsqueda, el montón del piloto abultaba casi el doble que el de mi padre.

—Estaría más flaco —se encogieron de hombros los tipejos uniformados cuando protestaron los del pueblo.

—Pero tenía dos piernas —argumentó el alcalde—, y en el reparto sólo le ha tocado una.

Hubo que conformarse porque los militares, que ya son bruscos de por sí, se ponen intratables en tiempos de guerra y sólo discuten a culatazos.

Por fortuna, como no hay mal que por bien no venga, el entierro de padre nos costó la mitad que el de un adulto completo. Por dos razones: la primera, porque sus mermados restos cupieron holgadamente en un ataúd de reducidas dimensiones, modelo mocito. Y la segunda, porque no hizo falta contratar a cuatro mozos que lo transportaran a hombros, pues uno solo lo transportó sin ningún esfuerzo debajo del brazo. Y con seis pesetas que le dimos de propina, fue que chutó.

Creo recordar que el pueblo se portó muy bien con nosotros y que hubo rasgos de civismo muy hermosos: La tía Honorina demostró ser una cívica estupenda, pues entregó a madre el importe total de la chapuza que le había contratado a padre. Detalle muy de agradecer si tenemos en cuenta que si bien madre había perdido a padre en el accidente, la tía Honorina perdió el establo. Y aunque un establo no es lo mismo que un señor de carne y hueso, tampoco es moco de pavo.

Por su parte, el dueño de la casa donde vivíamos, que se llamaba don Julio y tenía un apellido muy chistoso (no recuerdo bien si era Cabezón o Cabezudo), nos dijo que podíamos quedarnos en el inmueble tres meses más sin pagarle la renta.

No faltaron vecinos que contribuyeron con sus óbolos a remediar nuestra situación, porque nos quedamos con el agua tan al cuello como un puñado de ratas en un naufragio. El óbolo más gordo que recibimos fue un armario viejo, que maldita la falta que nos hacía, porque no teníamos nada que guardar en él. El armario era de un tal señor Gregorio, que quería quitárselo de encima porque le estorbaba en la cueva de su casa. Y ni siquiera valía para hacer astillas, porque la madera estaba tan húmeda como putrefacta.

Pero eso es lo malo de la caridad: que tienes que apechugar con cualquier guarrada que te endilgan. Y no sólo no puedes desahogarte llamando marrano al

«caritativo» que te hace esa charranada, sino que además debes darle las gracias.

El óbolo más útil fue una tela negra, algo vieja pero muy grande, que nos regaló el señor cura. Porque en mi pueblo, por estar perdido en un rincón de la Mancha, la persecución religiosa que trajo la guerra tardó mucho en empezar. Y tuvimos mucho tiempo a nuestro cura vivito y coleando.

Con esa tela madre vistió de luto a toda la familia. La buena mujer estuvo cosiendo más de veinte noches a la luz del candil, porque la compañía eléctrica no quiso darnos ni un solo kilovatio de óbolo y nos cortó la electricidad en cuanto dejamos de pagar el primer recibo.

Cuando la ropa estuvo terminada y salimos con ella a pleno sol, descubrimos que la tela no era negra, sino morada. El cura la había usado durante muchos años para cubrir el altar mayor en la Semana Santa. Madre, mi hermana Candelaria y yo podíamos pasar con aquel color siniestro. Pero mis dos hermanos, Esteban y Felipe, estaban matadores. Parecían obispos enanos o monaguillos zangolotinos. Y aunque la persecución religiosa no había empezado, mis hermanos se negaron a salir con esa ropa por miedo a provocarla.

—Con esas pintas —dijeron—, la gente acabará por perseguirnos a cantazos. Y en lugar de un luto en la familia, tendríamos tres.

Esteban era muy poco mayor que Candelaria, pero mucho más bruto que ella. Padre había querido enseñarle su oficio de chapucero; pero él se daba tan poca maña para hacer chapuzas como un elefante para bailar el charlestón: el cemento se le ponía duro por echarle poca agua, y el yeso le chorreaba todas las paredes por echarle demasiada.

—¡No vales para nada, atontolinado! —le decía padre antes de estar en paz descanse—. ¡Vergüenza debería darte no aprender a manejar las plastas de la construcción!

Y padre tenía razón: Esteban era un perfecto inútil. Sólo le gustaba estar sentado en una silla, leyendo unos libros tan gordos y pesados como los ladrillos que padre manejaba.

Para colmo, aquellos libros no eran novelas, como una que leí yo una vez y que tenía en la tapa una pareja besucona, sino libros de esos que llaman «de texto». Yo creo que los llaman así porque tienen la letra muy apretada, sin ningún punto y aparte, y porque en ellos sólo hay texto. No salen personajes que digan:

«—Te amo, Etelevina.

»—¡Oh, Carlos! —exclamó ella, cayendo en sus brazos.

»Y acto seguido, Carlos le plantificó un besazo en la boca».

Me explico que la gente lea esta clase de libros, porque sus páginas están llenas de líneas así de cortitas que descansan al lector después de las parrafadas y hacen que la lectura cunda mucho. Pero muy obtuso hay que ser para zamparse un libro que sólo

contenga texto amazacotado, sin el alivio de esos blancos que quedan al lado del diálogo.

Madre pensaba lo mismo que yo, y antes de que padre estuviera en paz descanse le decía siempre a Esteban:

—¡Trabaja en algo productivo, haragán! ¿No te da lástima ver a tu padre chuzando como un condenado para sacarnos adelante, mientras tú pierdes el tiempo estudiando sin parar la carrera de ingeniero?

Pero Esteban era tan bruto, que los reproches maternos le entraban por un oído y le salían por el otro. Y menos mal que, poco después del aplastamiento de padre, le escribió una carta el ejército diciéndole que se presentara en la capital porque le habían conseguido un puesto en la guerra. El puesto era bueno para un inútil como él, que sólo servía para leer libros de texto: a cambio de cargar con un fusil, le daban gratis dos comidas y una manta. (Gracias a esto, Esteban llegó a ser un sargento chusquero de provecho, y se le curaron completamente sus estúpidas chaladuras por la ingeniería).

Felipe, mi otro hermano, era menor que Candelaria y mayor que yo. Salió más despabilado que Esteban; pues, además de ser completamente analfabeto, cualidad que le impedía caer en la tentación de perder el tiempo estudiando carreras especiales, tenía mucha facilidad para ganar dinero.

Cuando padre cascó, Felipe le dijo a mi madre: «No te preocupes, yo trabajaré».

Y todas las mañanas, al amanecer, se iba a pedir limosna al pueblo de al lado. Como allí nadie le conocía, sacaba muy buenas perras contando a las beatas unas historias conmovedoras que él se inventaba y que eran capaces de hacer llorar a una hiena. Hasta se pintaba escrófulas en la piel y otras porquerías, para inspirar más compasión.

Felipe siempre fue un chico listo. Era lo que los españoles solemos llamar «un gran tipo de nuestra picaresca», fórmula que hemos inventado para embellecer a los granujas de nuestra mangancia.

## PEDAZO 4

NO PUEDO PRESUMIR de haber tenido suerte en la vida. Si de las personas que la tienen se dice que nacieron de pie, es seguro que yo nací de cabeza, o a lo sumo de costadillo.

De lo que sí me jacto, en cambio, es de haber sabido sacar el máximo provecho a todas las desgracias que me han ido vapuleando desde que vine al mundo. Hasta el contratiempo de la muerte de mi padre, aunque parezca una barbaridad, me ha sido útil a la larga. Sobre todo últimamente, que tengo que tratar con tantos americanos para mi negocio.

A estos Jones que pagan con dólares, les gusta oír cosas de mi vida mientras se ponen morados de *whisky* durante las horas de alterne. Y yo, aprovechando las curiosas circunstancias en que murió mi padre, les digo muy ufana:

—Mi papá murió derribado por un avión ruso.

Ellos al principio no se lo creen. Pero yo les juro que es verdad por la salud de mi madre, sienten por mí una gran admiración y se muestran más espléndidos cuando se despiden para volver a sus bases.

En realidad, no les cuento ninguna mentira, puesto que el avión era ruso de verdad y mi padre fue derribado por él cuando se le cayó encima. Lo único que hago es omitir detalles de la profesión paterna y de la chapuza que estaba realizando cuando le sobrevino la muerte. Con estas omisiones doy a la anécdota una aureola heroica y bélica, que impresiona mucho a mis clientes. Cosa que me permite elevar mi cotización por encima de las otras chicas, cuyos padres murieron vulgarmente de viejos o de pochos.

Transcurrido el trimestre de renta gratuita que nos concedió el casero, empezamos a pasar unas estrecheces muy considerables.

Don Julio Cabezón (o Cabezudo) iba mucho por casa, y sostenía largas conversaciones con madre. El tío sin duda quería cobrar, y nosotros no teníamos dinero para pagarle. Sin embargo, don Julio nunca venía en mal plan. Quiero decir con esto que no daba gritos, ni echaba maldiciones, ni nos amenazaba con ponernos a la calle a puntapiés.

Don Julio era un hombre correcto, blancuzco y con una frente tan despejada que le llegaba hasta las mismísimas nalgas. Debía de darse cera en la cabeza, o alguna crema abrillantadora, porque jamás he visto una calva tan lustrosa como la suya. Yo creo que las moscas la utilizaban, no sólo como campo de aterrizaje, sino también como espejo para su aseo personal.

A mí me fascinaba el brillo de aquella calva, y me la quedaba mirando boquiabierta hasta que el propietario se ponía nervioso y se la tapaba con el sombrero. Porque don Julio era el único habitante en el pueblo que usaba un

impresionante sombrero negro; con lo cual su cabeza, cubierta o descubierta, constituía un espectáculo permanente.

A pesar de ser casero, que es casi lo mismo que decir odioso, don Julio no caía mal. Hablaba con dulzura, sin levantar nunca la voz, y parecía resignado a aceptar las excusas que le daba mi madre para ir demorando el pago del alquiler.

—Me hago cargo de su situación, doña Ricarda —decía el buen hombre a madre—, pero algo tiene usted que hacer para resolverla.

—¿Y qué puedo hacer yo? —se angustiaba ella—. En el orfanato donde me crié, sólo me enseñaron a bordar puñetitas.

—¿Qué son puñetitas? —preguntaba don Julio con curiosidad.

—Tapetes. Las monjas me daban un trapo, y ¡hala!, a desojarme hasta que lo cubría de bodoques y jeribeques. ¿Cómo quiere usted que me gane ahora la vida con esa pamema? ¿Quién se figura que compraría mis tapetitos en este pueblo tan pobretón? ¿El señor Colás, para colocarlos sobre las ancas de su mula? ¿El tío Pelele, para secarle las babas a su hijo idiota? ¿La señá Ramona, para poner encima el botijo que constituye el único mobiliario de la cueva donde vive?

—Ésos no —tuvo que admitir don Julio—. Pero en el pueblo hay algunas personas pudientes que podrían comprar sus labores. Yo, por ejemplo...

—Vamos, don Julio. ¿Qué pintarían mis tapetitos en la casa de un solterón como usted? La gente iba a pensar que se había vuelto sarasa.

—No lo creo —negó don Julio—. El ornato no está reñido con la hombría. Además, podría usted bordarme tapetitos para hombre, con temas viriles.

—¿Qué temas? ¿Huevos fritos y criadillas de cordero?

—No ésos precisamente: pájaros, peces, pipas...

—Le agradezco mucho los esfuerzos que hace por ayudarme —suspiraba madre—, pero no serviría de nada. Al sexto pez o al octavo pájaro que le mandara, me mandaría usted a paseo. La solución no está en los tapetitos.

Y madre volvía a largar otra tanda de suspiros, que al hinchar su caja torácica hacían sobresalir sus pechos, firmes aún a pesar de los chupetazos que les dimos sus hijos durante la crianza. Y el señor Cabezón (o Cabezudo), mirándola de reojo, suspiraba también.

Porque la madre que me parió, aunque algo ajada por los achuchones de la vida, era una mujer como ya quisieran muchas. Y el señor Cabezudo (o Cabezón) tenía ojos en la cara.

Pero entonces era yo demasiado niña para captar los tejemanajes que se traen los adultos de ambos sexos. Además de niña era panoli, pues al principio creí que don Julio era un raro, que venía a casa para convencer a madre de que le bordara tapetitos.

¡Sí, sí, tapetitos!...

Lo que quería el casero era mucho más serio, y lo supe unos meses después. Un día de invierno, que también recuerdo con mucha claridad.

Hasta aquel día sucedieron algunas cosas que aliviaron un poco nuestras estrecheces: las tres bocas de mis hermanos desaparecieron de la mesa a las horas de comer, con el consiguiente alivio para el contenido de nuestro puchero. Esteban se fue a trabajar en esa guerra que daba ocupación a tantos hombres. Candelaria entró a servir en casa del médico. Y Felipe ingresó gratuitamente en la cárcel provincial.

De las tres colocaciones, la peor era la de Felipe; pero el chico era joven todavía y no pudo encontrar nada mejor. Esta plaza se la proporcionó la Guardia Civil del pueblo cercano (que entonces no se llamaba Civil, sino Popular), algunos de cuyos miembros no estaban de acuerdo con mi hermano en los métodos que él empleaba para obtener las limosnas.

Según estos guardias populares, cuando un alma caritativa desea favorecer a un pedigüeño con la limosna de una gallina, el pedigüeño debe esperar a que el alma caritativa se la entregue; y no está bien que el pedigüeño se anticipe a este buen deseo saltando la tapia del corral para coger la gallina, como hacía Felipe. Aunque lo hiciera, según confesó él, para evitar al alma caritativa la molestia de transportar la gallina hasta entregársela en propia mano.

A mí, la verdad, me parece que los guardias eran demasiado tiquismiquis, y que los reparos que ponían al método de Felipe no eran tan gordos como para enfadarse tanto. Pero en fin. El caso es que al chico le colocaron en la cárcel, que es lo principal, con lo que las bocas que quedaron en casa se redujeron a dos: la de madre y la de servidora.

Como puede leerse, cuando supe lo que el casero quería de mi madre, nuestra situación era menos apurada. Pero veo que se me está acabando este pedazo de papel. Y creo que el recuerdo de lo que pasó aquel día de invierno merece un pedazo aparte.

## PEDAZO 5

AQUEL FAMOSO DIA, mi pueblo amaneció cubierto de escarcha.

Si yo fuera una escritora de verdad, aprovecharía la ocasión para decir alguna pamplina poética. Como ésta, por ejemplo:

«Parecía que durante la noche se rompió la luna del cielo, y que todos los pedazos de cristal cayeron sobre los tejados y las casas».

Pero a mí estos adornos en los libros me saben a rancio, porque siempre hubo alguien antiguo que los dijo antes que yo. De manera que me dejaré de pamemas, y diré sencillamente que el pueblo estaba escarchado porque hacía un frío de bigote.

Como últimamente yo había crecido un palmo, pasé la mañana ayudando a madre en las tareas domésticas. Ella me había enseñado a pelar patatas, y pelé cuatro de las siete que Candelaria había logrado escamotear en la casa donde servía.

En la cocina se estaba bien, porque don Julio nos había enviado como regalo de Navidad un saco de carbón de antes de la guerra; y aunque daba pena echar a la lumbre aquellos trozos de un negro tan reluciente, que valían un dineral, no hubo más remedio que sacrificar un par de kilos. Porque el sabañómetro de la casa marcaba una temperatura bajísima.

(Como siempre fuimos demasiado pobres para tener termómetro, utilizábamos para medir las temperaturas los sabañones que madre tenía en las manos. Por eso yo, que según mis amigos soy muy chistosa, digo lo de «sabañómetro»).

Después de la comida me puse a fregar el puchero donde la hicimos. Los platos donde la comimos nunca necesitaban fregoteos de ninguna clase, pues los dejábamos tan rebañados y limpios como antes de comer.

Terminada esta tarea, madre me dijo:

—Mapi, vete a jugar a la calle.

(Fue padre el que empezó a llamarme «Mapi», porque encontraba demasiado largo decir «María del Pilar» cada vez que se dirigía a mí. Desde entonces todo el mundo me conoce por esa abreviatura. Y a mí no me disgusta, porque «Mapi» suena alegre, moderno y original).

—En la calle hace frío —protesté yo.

—El frío es sano —dijo la madre.

—Será sano —admití yo—, pero a ti te salen unos sabañones como nueces.

—¡He dicho que juegues en la calle, y basta! —concluyó madre.

Los adultos siempre recurren a la orden cuando se les acaba la razón. Y como los sabañones maternos no impedían a sus manos repartir muy buenos coscorrónes, obedecí. Me enrollé en una vieja toquilla con dos agujeros para sacar los brazos, que me servía de gabán, y me fui a la calle.

Un viento helado procedente de esa sierra que suele haber cerca de los pueblos

para criar lobos y fríos, me dio varios zurriagazos en todo el cuerpo. La acera enlosada, en la que me apetecía refrescarme el pompis durante el verano, estaba húmeda y resbaladiza. En el cielo vi muchas nubes gordas y oscuras, que se desplazaban velozmente como un rebaño de búfalos asustados.

No era la primera vez que madre, en los últimos tiempos, insistía en que yo saliera a jugar fuera de casa.

—Si no tomas el aire —me decía—, se te pondrá cara de tísica.

Pero cuando regresaba de tomarlo era mucho peor, porque se me había puesto cara de carámbano. Y a mí, la verdad, me parece más agradable la fiebrequilla que da la tisis que la heladura de la carambanosis.

Sin embargo, por obedecer a madre, me llegué aquella tarde a la plaza para ver si encontraba a alguna niña conocida. No había ninguna, porque sus madres eran menos higiénicas que la mía y no quisieron que sus crías se congelaran para conservar mejor la salud. Sólo encontré un perro desconocido, con el cual me entretuve un buen rato tirándole piedras.

No recuerdo cuánto tiempo me duró esta diversión ni sé tampoco quién se cansó primero: si el perro de recibir las piedras, o yo de tirárselas. El caso es que después seguí matando la tarde como pude: salté a la pata coja, di patadas a un bote vacío, grité ante los portalones abiertos para despertar al eco...

Recuerdo que también me detuve a la puerta de la taberna, cuyo propietario no discurrió mucho al bautizarla, porque se llamaba «Vinos» a secas. Allí pasé un buen rato observando a los hombres tristes que entraban y a los alegres que salían. Y cuando agoté el escaso repertorio de diversiones que la calle me ofrecía, volví a casa más fría y colorada que un helado de fresa.

Entré en casa procurando no hacer ruido, temerosa de que madre me viera y me regañara por haber regresado tan pronto. Pero ella no estaba en la cocina, de lo cual me alegré.

Poco después la oí hablar en las habitaciones interiores, porque nuestros tabiques tenían el grosor justito para que no lo atravesara la vista; pero bastaba que una mosca se posara en ellos para que en el cuarto de al lado se oyera el ruido de sus patas al andar sobre el yeso.

Y prestando un poco de atención, oí claramente que madre decía:

—No insista, don Julio. ¿Cuántas veces voy a tener que repetirle que es completamente imposible?

—No le pido que sea hoy mismo —decía el casero—. Pero dentro de algún tiempo...

—Me duele herir sus sentimientos —continuó ella—, porque es usted un hombre bueno y le aprecio. Además, siempre le estaré agradecida por lo bien que se ha portado con nosotros desde la muerte de mi difunto. Pero no puedo casarme con

usted.

—¿Por qué no?

—Porque yo soy lo que suele llamarse una viuda inconsolable. Mi marido dejó un hueco en mi corazón que nadie podrá llenar. ¡Si usted supiera cómo me quería y con cuánta abnegación luchó para sacarnos adelante! Mientras otros al salir de su trabajo se iban a la taberna a beberse parte del jornal, mi difunto venía directamente a casa con todas las perras que le había proporcionado la chapuza. Jamás bebió ni me pegó, costumbres muy frecuentes en las familias tan humildes como la nuestra. Y hasta ahorraba en secreto durante todo el año, para hacerme un modestísimo regalo el día de mi santo: un año me regalaba una media de seda, al año siguiente la otra...

—Yo podría regalarle todas las medias que usted quisiera —se apresuró a decir don Julio.

—Pero yo nunca se las agradecería tanto como aquella media suelta, que a mi difunto le costaba tantos sudores. Créame, don Julio: si yo me casara con otro, me parecería que estaba ofendiendo la memoria de mi marido.

—No veo la razón —dijo el casero.

—Porque una mujer no tiene más que un marido. Y si Dios se lo quita, no debe traicionarle casándose con otro. Quizás esta forma de pensar le parezca exagerada, pero yo soy así. Y prefiero no cambiar mi estado de viuda inconsolable.

—¿Piensa vivir el resto de su vida sólo de sus recuerdos?

—¿Por qué no? Los recuerdos no consuelan, pero ayudan a soportar el peso de la soledad. Y creo que a mi difunto le gustará que siga siendo, a los ojos de todos, la señora viuda del mejor chapucero que ha habido en el pueblo.

Pero la voz de don Julio no se resignaba, y oí que volvía a la carga diciendo:

—A su difunto, con todos los respetos, le importa ya un rábano lo que usted haga. Y en el caso improbable de que pueda verla desde el otro mundo, le parecerá muy bien que usted resuelva definitivamente su porvenir casándose como Dios manda.

—Dios no manda casarse dos veces —insistió madre—. Y menos aún si la gente puede interpretar que la segunda boda se hizo por interés. Porque mi difunto era muy pobre, y usted es un rico de órdago.

—Tanto como de órdago...

—¿Qué se imagina usted que pensaría todo el pueblo si se anunciara nuestra boda? Pues que soy una lagartona sin escrúpulos, que lo cacé para sacarle los cuartos. Y yo no paso por lagartona ante nadie, porque hasta ahora anduve siempre con la frente muy alta. No quiero que las víboras envenenen mi vida, que siempre fue pobre, pero en la que yo me cuidaré de que nadie pueda ver nunca ni una mancha. De manera, don Julio, que no vuelva a pedirme que me case con usted.

—Está bien, Ricarda —oí decir al casero con resignación.

—Es mejor que sigamos como hasta ahora, viviendo cada cual en su casa

respectiva, yo con mi viudedad y usted con su soltería. Así evitaremos murmuraciones. Y como es natural que usted venga a visitarme de vez en cuando, por ser mi casero y un buen amigo de esta casa, nadie podrá reprocharme que no guardo el respeto debido a la memoria de mi difunto. Dirán en cambio que soy una viuda irreprochable. ¿Estamos de acuerdo?

—¡Qué remedio! —dijo don Julio.

—En ese caso —concluyó madre—, levántese y vamos a vestirnos, que la niña llegará pronto de la calle y tengo que prepararle la cena.

## PEDAZO 6

ASÍ FUE COMO SUPE lo que el casero quería de mi madre. Entonces no lo comprendí bien, pues aún tenía la edad tan corta como el entendimiento. Pero ahora me explico que siguiéramos viviendo en aquella casa sin tener ni un real para pagarla, y que más de un día encontrara entre las patatas del puchero una buena tajada de tocino.

Aquel tocino procedía del cerdo de don Julio. A primera vista puede parecer que estoy insultando al señor Cabezón (o Cabezudo), pero no. Esto se debe a que yo en esto de la sintaxis ando flojucha, y a veces las cosas que digo no dicen lo que quiero decir. A ver si consigo aclararlo.

Cuando he escrito que el tocino que comíamos procedía del cerdo de don Julio, me refería a un cerdo de verdad que había comprado el casero para hacer frente a la escasez de víveres. Pagó por el animal una burrada, porque ya se sabe que, en tiempo de guerra, los cerdos resultan mucho más caros que los hombres. Lo cual es lógico teniendo en cuenta que los cerdos son cosas de comer, y los hombres sólo son cosas de matar.

Sería injusto que yo insultase a un señor tan generoso, que nos daba casa y tocino gratis, basándose en el trapicheo que se traía con mi madre. La vida me ha enseñado a tener una manga tan ancha que por ella puede pasar un camello con un beduino sentado encima de la joroba. Y yo me inclino a ser más tolerante cuando estos trapicheos no se hacen por capricho, sino para aliviar los agobios de la miseria.

Es más fácil ser decente cuando el que llama a la puerta es el chófer para decir a la señora que el «Cadillá» la espera para llevarla al «cótel», que cuando la llamada es del panadero para amenazar a una madre con la cárcel si no paga la cuenta del pan. Los ricos, como la pasan chachi, definen la vida así:

—Nacemos, vivimos y morimos.

Los pobres, en cambio, tenemos esta definición:

—Nos nacen, vamos tirando y descansamos.

Quizá yo sea una filósofa barata, pero los retortijones de hambre no permiten tener los sesos tranquilos y en condiciones de sacar de ellos filosofías más elevadas.

Cuando del cerdo de don Julio no quedó ni el rabo (fue lo último que nos comimos, fritito y churruscadito), empezamos de nuevo a pasarlas furcias. (¿Verdad que esta expresión tan típica resulta mucho más fina con el sinónimo?).

La guerra, de la que hasta entonces sólo nos habíamos enterado por el avión ruso que chafó a padre, empezó a acercarse a cañonazos agigantados. Y los garbanzos llegaron a pagarse a dos duros la unidad. Ni siquiera la fortuna del casero bastaba para llenar dos veces al día un pucherito de potaje.

Así como el zumbido del secador en la cabeza me despabiló el recuerdo del avión, los truenos de una tormenta me trajeron a la memoria aquellos cañonazos.

Tengo los pensamientos tan amodorrados, que necesito algún ruido muy fuerte para que se despierten. La cosa ocurrió así:

Hace unos días me encontré pachucha moralmente, porque el novio que yo tenía me dejó plantada para casarse con su novia. Andaba yo «wiskeando» más de la cuenta para matar el gusanillo del recuerdo, cuando ligué con un señor de Orense que había venido a Madrid a pedir algo a un Ministerio.

Por lo visto, todos los provincianos vienen a lo mismo. Yo supongo que los ministros, cuando ven a un señor con cara de forastero, se echan a temblar. ¡La de cosas que piden los tíos!

El orensano era rico, cosa que me extrañó, pues yo he observado que las fortunas en España son más bien fruto de la costa. Allí está Bilbao, sin ir más lejos, y Barcelona, alejándose un poco más. Tierra adentro, en cambio, sólo hay señoritos de secano, con alguna fabriquita de galletas para aprovechar la harina que queda después de machacar el trigo. Y señoritos andaluces, con cortijos que dan más hipotecas que aceitunas.

También es verdad que hay gallegos muy mañosos en el arte de ganar patacones, que es como ellos llaman a las perras. Y aquel señor debía ser de éstos, porque llevaba en un dedo un «solitario» al que me hubiera gustado hacer compañía. Esta sortija bastó para que me resultara simpático, pues yo soy muy sociable y cualquier detalle me basta para que la gente me caiga bien.

Tan bien me cayó el fulano, que aquella misma noche nos fuimos a pasar el fin de semana a El Escorial.

A mí ese pueblo me gusta. Si no fuera por ese monasterio tan grande y tan serrote, que le encoge a uno el alma, sería un pueblo bonito y alegre. Es probable que algún alcalde emprendedor se decida a derribar ese mastodonte, para hacer en ese sitio unos chalecitos con jardín. Y entonces El Escorial será una verdadera pocholada.

Al poco tiempo de llegar al hotel, donde nos dieron dos habitaciones comunicadas, porque el orensano era casado y no quería líos, se armó la tormenta cuyos truenos me recordaron los cañonazos de mi infancia. Y como a mí las tormentas no me asustan ni pizca, me asomé a la ventana para ver bien los relámpagos y oír mejor los truenos. Así estuve más de una hora, mientras el gallego aporreaba la puerta de comunicación sin que yo me diese cuenta, pues la tronada me impedía oír sus golpes.

Y vuelvo a coger el hilo de mi historia, porque si me entretengo mucho en divagaciones nunca terminaré de devanar la madeja de mi vida.

Aquellos cañonazos, lo mismo que los escopetazos hacen huir a los conejos en las cacerías, llenaron el pueblo de soldados que se retiraban a toda velocidad. Es increíble lo que puede correr un hombre, cargado como un mulo con la pesada impedimenta militar, cuando le achucha demasiado el enemigo. Oí decir a madre que

aquellos milicianos, aunque vestían uniformes azules, verdes, marrones y hasta amarillos, eran todos «rojos».

Aquello me pareció raro y pedí una aclaración a don Julio, el cual me explicó que ser rojo significa tener concomitancias con el partido comunista. Luego tuvo que explicarme qué quería decir eso de «concomitancias», y entonces empecé a orientarme.

—¿Y qué es el partido comunista? —seguí preguntando yo, que estaba completamente pez en triquiñuelas ideológicas.

—Una organización política en la cual todos sus miembros aspiran a repartirse entre ellos los bienes de los demás.

¡Mírales qué astutos! ¡Así cualquiera tiene concomitancias, caray!

El escaso desarrollo de mi intelecto me hacía imaginarme aquella guerra como una de esas películas del Oeste, en las que luchan los «buenos» contra los «malos». Pero en este caso la película era un poco más complicada de entender, pues entremedias de los «buenos» y los «malos» luchaban también los «regulares». Y no lo digo por chiste, sino porque de veras este tercer bando me hacía un lío y dificultaba mi comprensión de los acontecimientos.

Los cañonazos fueron acercándose cada vez más. Y un día se acercaron tantísimo, que la estatua de la plaza saltó hecha pedazos quedando en su lugar un agujero francamente gordo. Fue una lástima, porque era el único monumento que teníamos en el pueblo. Representaba un señor de piedra, con un plano en la mano. El señor era un ingeniero famoso en la provincia, por haber hecho en ella una obra pública muy importante. Nunca supe la clase de obra que hizo. Puede que un puente; o una carretera; o una tala de árboles. Lo que sí puedo asegurar es que no hizo una traída de aguas, porque si llega a hacerla, en vez de ponerle en la mano un plano, le habrían puesto un cubo. Vamos, creo yo.

El chupinazo que destrozó el pedrusco tallado en forma de ingeniero, hizo que desaparecieran del pueblo en un periquete todos aquellos «rojos» multicolores. Y la película de la guerra siguió pasando ante mis ojos asustados y mis oídos ensordecidos.

Cuando se fueron los «malos», llegaron primero los «regulares» y luego los «buenos». La gente del pueblo se puso muy contenta. Sobre todo cuando se fueron los «regulares» y se quedaron los «buenos». Porque los «regulares», sin ofender a nadie, no es que fueran negros; pero tenían un color café con leche muy desagradable. Color de mal café, mezclado con peor leche.

Los «buenos», en cambio, llevaban escapularios y cantaban jotas. Dos costumbres que en España siempre caen bien. Se les notaba cansados, porque habían venido andando desde Navarra. Y no hay nada que canse tanto como una caminata de mil kilómetros con un macuto detrás, un casco encima y un enemigo delante.

Como en este país son católicos hasta los ateos, todo el pueblo recibió muy bien a los vencedores. Incluso muchos que los habían llamado «facciosos», empezaron a llamarlos «nacionales» sin ninguna dificultad. Hasta el dueño de la taberna llamada «Vinos», que siempre fue más «rojo» que el tintorro que vendía, declaraba a los parroquianos:

—¿Sabéis por qué levantaba yo siempre el puño cerrado? Porque dentro de él llevaba esto que quería conservar a toda costa.

Y ante los ojos atónitos de toda la parroquia tabernaria, abría la mano y enseñaba una medalla de plata que apretaba dentro. Luego añadía:

—Es Santa Teresita del Niño Jesús. Porque yo siempre fui muy devoto de Santa Teresita.

Está visto que no hay nada como ganar una guerra para tener partidarios políticos. El sistema no se puede recomendar porque resulta un poco costoso, pero es indudablemente el más práctico.

## PEDAZO 7

CUANDO LOS SOLDADOS NACIONALES siguieron su caminata, pues aún les quedaba un buen trozo de mapa que recorrer, nos dejaron en el pueblo un nuevo alcalde, quince guardias civiles y dos curas de refuerzo. Con estas nuevas fuerzas vivas se nivelaron las vacantes que habían dejado en el censo algunos milicianos que se convirtieron en fuerzas muertas.

Madre andaba un poco alicaída por no tener noticias de mis hermanos. Esteban, tan despistado como siempre, luchaba en la zona de los que perdían. Y Felipe, tan despabilado como de costumbre, sólo Dios sabe a qué nueva cárcel habría ido a parar.

Candelaria tuvo que dejar la casa del médico; pues aunque ella había entrado allí para servir, el muy guarro del señorito pretendía que le sirviese para otra cosa. Pero volvió a colocarse en seguida con uno de los curas recién llegados. Y aunque en esta colocación ganaba menos sueldo que en la anterior, en otros aspectos la chica estaba muy tranquila.

Durante algún tiempo el tocino reapareció en nuestro puchero, y tanto madre como yo pudimos recuperar parte de las grasas perdidas. Como la intendencia de los nacionales estaba bien abastecida, a don Julio no le fue difícil comprar otro cerdo con su correspondiente cerda para fundar una familia de cerditos.

A pesar de que el dinero «nacional» tenía menos ceros que el «rojo», podían comprarse con él muchas más cosas. Rarezas de la economía que cualquiera entiende. Madre compró unos metros de percal con florecitas, y con ello hizo dos vestidos: uno para mí y otro para la «mesa-camilla». Ambas lo necesitábamos, aunque yo con más urgencia; pues aunque mal está que una mesa enseñe las patas dentro de casa, es mucho peor que una chica vaya enseñando el pompis por la calle.

Con mi traje nuevo, salía todas las tardes a la plaza. Desde que el chupinazo se cargó el monumento al ingeniero, los chiquillos del pueblo teníamos más espacio para jugar.

Muchas caras de aquella pandilla se me han borrado, pero recuerdo que tuve entonces tres amiguitas: Tere, Gaudencia y *la Chivata*. Los chicos nos llamaban «las tres mosqueteras», porque siempre íbamos juntas y éramos cuatro.

Tere parecía una niña «yanqui»: era más rubia que un real de estropajo, y tenía tantas pecas como si hubiera tomando el sol a través de un colador. Y no me lo explico. Porque además de que su madre era muy decente, los americanos no habían instalado aún sus bases en España. Algo mayor que yo y bastante más fresca, Tere llevaba la voz cantante del grupo.

A *la Chivata*, que en realidad se llamaba Demetria, la llamábamos así porque lo era: diablura que veía, chivatazo al canto. Las niñas del pueblo la odiaban por este motivo y ninguna quería juntarse con ella. Pero a nosotras nos prometió que no se

chivaría más, y con esa condición la admitimos como «mosquetera».

Gaudencia, la cuarta, era una chica fea tirando a rara. Mística por parte de padres, pues era hija de sacristán y beata, tenía la piel amarillenta como la cera de las velas que encendía su padre en la iglesia. Hablaba poco y estaba en general como ausente de nuestros juegos. En su casa la llamaban Gau. Y cuando su padre salía a la plaza llamándola a gritos, para que fuera a cenar, parecía que estaba ladrando un perro:

—¡Gau!... ¡Gau!... ¡Gau!...

Esta niña, además de dar pena a causa de lo canija que estaba, daba también un poco de miedo. Ella nos decía con voz misteriosa que de mayor quería estudiar para santa.

—¿Y dónde se estudia eso? —le preguntaba *la Chivata*, que era la más torpona.

—Pues, en un santoral —decía Gau muy seria.

También nos hablaba del infierno con tanto detalle, que nos hacía sudar la gota gorda en pleno mes de enero. La única que no sudaba era *la Chivata*, pues en su torpeza carecía de imaginación para imaginarse los suplicios descritos por Gaudencia.

—¿Cómo es posible —preguntaba aquella tontona— que los condenados puedan estar abrasándose toda la eternidad sin carbonizarse? Mi madre olvidó una vez un filete encima del fogón, y a las dos horas sólo quedaba de él un polvillo negruzco.

—Será que las llamas infernales son flojitas —insinué yo—, para que el suplicio dure más.

—No seáis herejes —se indignó Gaudencia, pasando a explicarnos a continuación —: Para que los condenados no se conviertan en chicharrones, el diablo los rocía constantemente con aceite.

—¿De oliva o de soja? —quiso saber *la Chivata*.

—¡De mierda! —se enfadó Gau creyendo que la otra se estaba burlando, pues para ella el infierno era sagrado.

Aquella chica, como ya dije, era francamente rara. Su rareza culminó un día, cuando dos pastores la encontraron arrodillada en el campo debajo de un árbol. Gaudencia tenía los ojos muy abiertos y temblaba de pies a cabeza.

—¡Lo he visto!... ¡Lo he visto!... —gritaba como una posesa.

Los pastores, que son bastante estrechos de cerebro y se figuran que en el mundo no hay más problemas que los suyos, pensaron que la chica había visto un lobo.

—¿Dónde lo has visto? —preguntaron a Gaudencia, preparando sus hondas y sus garrotes.

—¡Allí! —dijo ella.

Y señaló la copa del árbol bajo el cual se había arrodillado.

Los dos pastores miraron hacia arriba con extrañeza. Sabían que los lobos trepaban más bien poco, y menos todavía a un árbol de tronco tan alto y tan liso como aquél. Escrutaron con atención la copa, que no era muy frondosa, y no fueron capaces

de ver ningún lobo en ninguna rama. En no vista de lo cual, bajaron los ojos del árbol copudo y dijeron a Gaudencia con toda la finura de que eran capaces (que era poca):

—Pero, niña, ¿qué puñeta has visto?

Y la niña, redoblando sus temblores, exclamó santiguándose:

—¡A San Popelín! ¡Se me ha aparecido encima de aquella rama!

Los dos pastores se quedaron pasmados, pues el pasmo —según dicen— suele ser la reacción de los ignorantes frente a los fenómenos sobrenaturales.

Cuando al fin se despasmaron, el más viejo preguntó:

—¿Estás segura de que era un santo? ¿No sería una lechuza?

—No —insistió Gau—. Era San Popelín. Me lo dijo él mismo.

Tanto porfió mi amiga, que los pastores se quitaron las gorras con respeto y la llevaron a que la viesan los curas. Cuando estuvo en presencia de ellos, Gaudencia les contó la aparición que había visto. Lo contó con pelos y señales, pues el santo por lo visto tenía barba y dos cicatrices en la cara.

Pero los curas, que no se chupan el clero, bajaron los humos a aquella Bernadeta manchega:

—En primer lugar —le dijeron—, Popelín no es el nombre de un santo, sino de una tela. Es seguro que lo que viste en la rama no fue una aparición, pero es probable que fuera una camisa.

Supongo que no le dieron una azotaina porque eran curas, y a los curas no les está permitido poner las manos en los pompis de las niñas.

Así de rara era Gaudencia, que lo mismo que Tere y *la Chivata*, fue una de las mejores amigas de mi infancia. Yo creo que todos estos misticismos, como ella era tan enclenque, fueron fruto de su enclenquez. Conozco a más de varias que iban para monjas, y que después de treinta jeringazos de calcio se casaron con unos tiarrones y tuvieron un montón de críos.

## PEDAZO 8

DESPUÉS DE ANOTAR estos recuerdos, volvió a flaquearme la memoria. Pero como de costumbre, el chorro de un suceso cotidiano ha venido a refrescármela.

Esta mañana, al entrar en el cuarto de baño, observé que se había terminado el papel.

—Hasta que compres un rollo nuevo —le dije a la asistenta que me arreglaba mi pisito—, trae alguno de esos papeles que hay en el buró del saloncito.

Porque ahora tengo un saloncito con buró, como las señoras de las comedias de ambiente fino. Y además uso el buró para escribir estas memorias, lo cual me hace sentirme muy importante. Dentro del buró, que está lleno de cajoncitos y apartadijos, guardo todos los trastos para la escritura:

La goma para borrar las «uves» que me salen tan altas como «bes».

El lápiz para poner las «haches» que me faltan.

Y un secante que no uso, pues soy muy manazas para el manejo de la tinta y en cuanto abro un frasco se me llenan de manchas los brazos hasta el codo. Pero compré el secante porque era bonito, y porque me pareció que un secante siempre da empaque a un escritorio.

También guardo los bolígrafos, con los que escribo alternativamente, pues en cuanto se calienta uno cojo el otro.

Cuando la asistenta trajo los papeles que le pedí, se los quité de las manos horrorizada. ¡La muy bestia había cogido un montón de hojas de este manuscrito!

—Pero, bruta —la reñí, echando lumbre por los ojos—. ¿Cómo traes estas hojas? ¿No ves que están escritas por las dos carillas?

—Por eso mismo las traje —se disculpó ella—: porque vi que estaban usadas.

—¡Debiste traer de las que están completamente blancas! —seguí riñéndola.

—¿De las nuevas para el «váter»? —se extrañó la asistenta—. Me pareció más natural usar las viejas en ese menester.

Pensé entonces que yo, cuando era tan analfabeta como esta burra, creía también que todo papel manchado de letras era un papelejo viejo que sólo servía para tirarlo a la basura. Y esto me ayudó a recordar los sudores que pasé antiguamente para salir del analfabetismo.

Poco antes de terminar la guerra, las cosas andaban en el pueblo bastante normalizadas. Hay que reconocer que los nacionales eran unos tipos pipudos, pues al tiempo que zurraban la badana al enemigo en los frentes, se ocupaban de alimentar a la retaguardia en todos los aspectos: en el material, abasteciendo de víveres los mercados; y en el espiritual, suministrando maestros a las escuelas. Junto al trigo para el panecillo, llegaba a cada pueblo el maestrillo con su librilla. (¡Pero qué chistosa soy, jolín!)

Al nuestro llegó un tal don Lucas, que debía de ser bastante sabio porque tenía una calvota como don Julio. Era uno de esos tíos listos que les preguntas cuántos son siete por ocho, y te hacen la operación sin tirar de lápiz ni papel. Y en cuanto el «profe» quitó las telarañas y cascarrias de la escuela, que había servido durante la guerra como almacén de piensos para los milicianos, se puso a enseñar las letras a toda la chiquillería que quiso aprender.

Las madres de la localidad se pusieron muy contentas cuando se abrió este centro, que llamaban docente no sé por qué. Y no se alegraron al pensar que sus hijos iban a instruirse, pues a las madres en general la cultura les importa un pito, sino porque gracias a la escuela iban a librarse de sus pajoleros niños durante la jornada laboral.

Tere, Gaudencia, *la Chivata* y yo fuimos de las primeras en asistir a las clases. Yo iba muy contenta, porque ya empezaba a jeringarme un poco eso de ver un cartel por la calle y no saber lo que decía.

Nos dieron a cada una un librito muy majo, en el que estaban retratadas las letras que teníamos que aprender. Pero yo no pude aprenderlas todas, porque a los pocos meses me dijo mi madre:

—No puedes seguir yendo a la escuela, porque tenemos que mudarnos a otra casa que está lejos de aquí.

Me quedé más mustia que una flor en la solapa de un señorito, pues esta decisión echaba por tierra mis planes de instruirme. Luego, atando cabos, fui sabiendo argumentos del nuevo drama que ocurría en casa.

El primer cabo que até (¿se dice «até», o «atuve»? Bueno, como se diga) fue la desaparición del cerdo de don Julio en el puchero. Lentejas, garbanzos, alubias y toda clase de corpúsculos cocibles llegaban a la mesa con tan poca sustancia como en los peores tiempos.

Esta ausencia del representante del casero en nuestras comidas me dio mala espina. Y la mala espina se me hinchó profundamente cuando observé que, no sólo el cerdo no acudía a nuestro puchero, sino que tampoco don Julio visitaba nuestra casa. Con lo cual la cerdada que le hicieron a madre fue por partida doble.

Entre lo poco que ella me dijo y lo mucho que dijeron las cotillas del lugar, supe el motivo de esta cerdada y lo cuento en el párrafo de abajo.

Cuando los «rojos» chaquetearon y el pueblo pasó a ser nacional, llegó de Pamplona una hermana de don Julio a pasar una temporada con él. Bastaba verla para darse cuenta de que aquel escuerzo, flaco y reconcomido, no había visto un hombre en toda su vida ni por el forro. Parecía la caricatura andante de las beatas solteronas que publican los periódicos de risa.

(Es asombroso que en el suelo pamplonica, tan rico en diversiones durante las fiestas de San Fermín, puedan crecer estas zarzas humanas. Quizá convendría repetir los sanfermines con más frecuencia a lo largo del año, para que las pisotearan los

mozos y los toros. He tenido la desgracia de tropezar en la vida con varias, y todas me hicieron daño con sus espinas. Ninguna me echó una mano. Todas me pincharon en la mano que yo les tendía. Pero ya hablaré más adelante, si me acuerdo, de esas tiparracas).

La hermana de don Julio atendía por Consuelo, porque la vida es una irónica imponente. ¿A quién podía consolar semejante espantajo? El caso es que la muy beatona metió a su hermano en un puño, y le hizo ver al muy calzonazos que era un pecador de siete suelas.

Le diría, supongo, que su amistad con aquella inquilina era indecorosa; y que si patatín, que si patatán... Todos esos patatines y patatanes hicieron mella en el casero. Y la mella se notó en que el tío fue espaciando, no sólo sus visitas, sino también las de su tocino. Hasta que dejamos de ver por completo a los dos.

Yo lo sentí, sobre todo por el tocino. A madre le dolió más, porque estaba encariñada con don Julio. Pero como no quiso casarse con él porque era una viuda inconsolable, que quería permanecer fiel a la memoria de su dichoso difunto, tuvo que chincharse cuando él la abandonó.

Lo malo fue que la hermana de aquel blandengue, cuyos pechos de virgen forzosa debían de estar llenos de leche en malas condiciones, no se conformó con separar a la pareja. Fue más lejos aún. De su boca continuaron saliendo sapos para convencer a su hermanito de que debía cortar todo contacto con el pecado que había hecho. Y la forma mejor de cortarlo, era echarnos de la casa que ocupábamos.

No sé el tiempo que tardó aquella bruja en convencerle para que hiciera esa charranada. Supongo que poco. Porque don Julio, por encima de todo, era casero. Y madre, a pesar de todo también, era una inquilina que no pagaba el alquiler. Y los caseros necesitan muy poca coacción para practicar una obra de misericordia que no viene en los catecismos: desahuciar al que no paga.

Total: que un mal día nos echaron a la calle. Vinieron unos tipejos del Juzgado con un papelón. Como madre no entendía nada de letras, y sólo había estudiado hasta la «pe», nos resumieron el papelón en una palabra:

—Lárguense.

El recuerdo de este día lo tengo un poco turbio, porque al oír aquello me eché a llorar. Y todo lo que pasó a mi alrededor llegó a mi entendimiento deformado por la cortina de lágrimas que caía ante mis ojos.

También madre, en esto del lagrimeo, se despachó a gusto coreada por algunas vecinas. Porque los pobres, a falta de otras riquezas, tienen una que no se paga con todo el oro del mundo: la solidaridad con la desgracia ajena. Cuando a un pobre le duele algo, toda la pobretería sufre con él.

Dentro de la charranada que nos hizo, pinchado por la beatona de su hermana, el asqueroso de don Julio se portó bastante bien. La ley le autorizaba a embargarnos

para cobrarse los alquileres atrasados, y no lo hizo. Nos dejó marchar con nuestros cuatro trastos: que en realidad no eran cuatro, sino siete: tres sillas, dos jergones, una mesa y un palanganero con su correspondiente palangana.

En el carrito del trapero Gumersindo, tirado por él mismo, pues el borrico que tenía para su negocio le sacó buen rendimiento durante la guerra transformándolo en «bocatos di cardinale», hicimos la mudanza al nuevo domicilio que madre había buscado.

—Allí estaremos mucho mejor —me mintió ella para consolarme, viendo que yo no paraba de hipar y de sorberme los mocos—. Viviremos en uno de esos chalecitos con jardín que los extranjeros llaman «bungalós». Verás como te gusta.

El trapero Gumersindo, como animal de tiro, era bastante mediocre. Avanzaba muy despacio, pero no nos atrevíamos a decirle «¡arre!» para que corriera más, por miedo a que se ofendiese.

Cuando llegamos a las últimas casas del pueblo, pregunté:

—¿Falta mucho todavía?

—Está a un tiro de cañón —dijo Gumersindo, que desde el principio de la guerra hablaba siempre en términos militares.

—Los «bungalós» están siempre en las afueras —se justificó madre—. Los barrios residenciales más elegantes se construyen siempre en el quinto pino.

Y seguimos andando por un descampado. El trapero Gumersindo acertó al decir que la casa estaba a un tiro de cañón, porque no dijo el calibre del cañón. Y aquel cañonazo, a juzgar por la distancia que recorrimos, debía ser de artillería gorda.

Tuve que resignarme a seguir siendo ignorante, porque desde allí no me era posible ir a la escuela todos los días. Y lloré (¿Se dice «lloré», o «lloruve»? Consultaré con la redicha de Nati).

## PEDAZO 9

LLORE (ya he consultado con Nati), porque desde tan lejos no podía ir a la escuela. Y llore también de la pena que me entró al ver el «bungaló».

¡Pobre madre! ¡Menudo cuento le echó la infeliz al asunto, para consolarme de nuestra desgracia! Porque el tan cacareado «chalecito con jardín» era un chamizo hecho con láminas de lata roñosa, rodeado de un solar tan árido como la calva de don Julio; o más, porque en la calva de aquel charrán puede que creciese alguna pelusilla; y en el solar abortaban hasta los cardos borriqueros.

—Aquí, por lo menos, se respira —dijo madre con fingida satisfacción, llenándose de aire los pulmones.

Allí, en realidad, se respiraba como en todas partes. Porque yo no he visto a que nadie aguante más de tres minutos en los sitios donde no se puede respirar. Debajo del agua, por ejemplo. Pero esa tontería la dice todo el mundo en cuanto asoma el morro al campo. Cualquiera diría que en las ciudades nos cubren la boca con una mordaza y nos cierran las narices con una pinza, para que no podamos respirar. Pero todo esto me lo callé para no jeringar a madre, que trataba de dorarme aquella píldora de lata roñosa.

Nuestro chamizo no era el único que había en aquel descampado. Se veían varios más tirados por allí sin orden ni concierto, formando lo que con mucha buena voluntad podríamos llamar una «colonia». Con muchísima buena voluntad, pues el nombre de «colonia» sugiere buen olor. Y allí olía fatal por haber en las inmediaciones un estercolero, del que una fabriquita de productos químicos sacaba ácidos, fosfatos, y porquerías así.

(¡Menuda astuta es la química! ¡Hay que ver el beneficio que saca la tía de la mismísima mierda!)

En aquel «barrio de latas» vivían, entre otros, el trapero Gumersindo con su prole; un pobre bastante rico que tenía la exclusiva de pedir a la puerta de la iglesia; y varias familias que, por apostar a los rojos en la carrera de la guerra civil, perdieron todo lo que tenían. Bien empleado les estuvo, por jugar con las cosas de matar.

En alguna de las parcelas peladas que nuestros vecinos llamaban «jardines» con conmovedora desfachatez, había unos bichos esqueléticos hechos con todas las partes de la gallina que se tiran a la basura porque no se pueden aprovechar: plumas, pellejo, huesos y pescuezo. Tan escuchimizadas estaban aquellas pobres avícolas, que ponían los huevos podridos. Y menos mal que estos huevos tenían un aprovechamiento, pues la fabriquita de productos químicos los compraba. ¡La muy puerca! Por lo visto, sacaba de ellos ese ácido que llaman «sulfídrico» (con una «hache» intercalada no se dónde) y que huele tan asquerosamente como ellos.

Al poco tiempo de estar instaladas en aquella birria de «bungaló», madre me dijo,

con el corazón en un puño:

—Sintiéndolo mucho, Mapi, tienes que ponerte a trabajar. La venta de tapetitos que yo bordo, no cubre nuestras necesidades. Es necesario, pues, que tú eches una mano para redondear el presupuesto.

Entonces fui yo, y dije:

—¿Qué clase de trabajo puede hacer una niña como yo?

Entonces fue madre, y me explicó:

—Eres tan niña, en efecto, que todavía no sirves para nada. Pero gracias al cura en cuya casa sirve tu hermana Candelaria, te he encontrado una colocación: trabajarás en la iglesia, como monaguillo.

Entonces fui yo, y me quedé perpleja.

—Es el único oficio que pueden desempeñar los chiquillos a tu edad —siguió explicándome madre—. Monaguillo, o «botones». Pero como aquí en el pueblo no hay oficinas...

Entonces fui yo, e insistí:

—Pero yo soy chica, madre.

—¿Crees que no lo sé, si fui yo quien te parió? Pero las niñas no rinden hasta que son adultas. Por eso tuve que decirle una mentirijilla al cura, que Dios me perdonará: no le dije que eras hermana de Candelaria, sino su hermanito menor. Te cortaré el pelo a lo «garsón», y te pondrás unos pantalones arreglados de tu hermano Felipe. Luego, con el faldellín colorado de monaguillo y el blusón de encaje, nadie podrá reconocerte y pasarás por un chico de verdad.

Todo se hizo como madre dijo. Y en cuanto estuvo terminado mí disfraz, me presenté en la sacristía de la iglesia al cura de mi hermana Candelaria. (Le llamó así porque no recuerdo su nombre).

—¿Cómo te llamas, chaval? —me preguntó él, cuando le dije que venía de parte de doña Ricarda.

«¡Arrea! —pensé—. ¡En ese detalle de mi disfraz no había pensado madre!»

Hice como que no había oído bien, para que me diera tiempo a pensar algo, y cuando repitió la pregunta, le contesté:

—Me llamo...

En aquel momento me entraron ganas de estornudar, y acabé la frase así:

—... ¡Chús!

Mira por dónde aquel estornudo fue providencial, pues me proporcionó el nombre que yo necesitaba y que no se me ocurría: Chus, diminutivo cariñoso de Jesús.

—Pues bien, Chus —me dijo el cura—. Desde el próximo domingo, mientras el otro monaguillo ayuda a misa, tú pasarás el cepillo. Ven a las seis de la mañana y preséntate al sacristán.

Nunca he comprendido por qué se dicen misas a esas horas de la madrugada,

cuando los fieles que asisten están medio atontados por el sueño y apenas se dan cuenta de lo que ocurre en el altar. Supongo que la abundancia de sacerdotes en algunas iglesias será la causa de estos madrugones, pues sólo empezando muy temprano hay tiempo para que todos digan su misa correspondiente. Pero en mi pueblo, donde el clero sólo tenía dos elementos, bien podían haber empezado un poco más tarde. Pues no: cuando aún era de noche, las campanas empezaban con sus «¡tolones!» y sus «¡talanes!», y ya no había quien pegara un ojo en medio kilómetro a la redonda. Y no había forma de evitarlo, porque cuando al clero se le mete algo entre teja y teja...

Por este motivo, cuando aún no había terminado la noche del sábado al domingo, ya estaba yo en camino con mis calzones para recorrer el largo trecho que separaba el «bungaló» de la iglesia.

Cuando me presenté al sacristán, que era padre de mi amiga Gaudencia (la visionaria que descubrió a San Popelín en la copa de un alcornoque), el individuo se me quedó mirando de norte a sur y me dijo:

—Creo que te conozco de algo, chico. ¿Dónde nos hemos visto antes?

—En ninguna parte —mentí yo—, porque soy nuevo en esta plaza.

El sacristán, después de mirarme otro rato, acabó encogiéndose de hombros. Y mientras encendía una mecha agarrada a la punta de un palo muy largo, para prender las velas de la primera misa, me ordenó que me pusiera los ropones colorados que colgaban de un clavo.

El uniforme de monaguillo me estaba grande, como a todos los monaguillos del mundo. Por lo visto, los monaguillos antiguos, para los cuales se hicieron estas ropas que han ido heredando varias generaciones, eran mucho mayores y bastante más gordos que los de ahora. (Puede que antiguamente la fe fuera mayor, y que las limosnas permitiesen tener mejor nutrido al personal eclesiástico subalterno).

Cuando estuve vestida, llegó el otro monaguillo, que se llamaba Bonifacio y conocía todos los trucos del oficio.

—Cuando veas que la gente se sienta después del Evangelio —me explicó Boni—, sales con la hucha a pedir. Antes se pedía con una bandeja, pero el párroco sospechó que yo metía mano en la recaudación y compró esta hucha con candado. Ya sabes cómo son los curas: lo quieren todo para ellos.

A mí me pareció muy natural que el dinero de las colectas fuese íntegro a las manos del párroco, sin las mermas que imponía la mangancia del Boni. Pero no dije nada, para no enemistarme con mi compañero de trabajo. Y le dije que siguiera explicándome.

—Como la gente es muy roñosa, no tienes que limitarte a pasar entre ella con la hucha. Así no sacarías nada, porque casi todos los feligreses se hacen los distraídos y miran para otro lado a la hora de soltar perras. Debes detenerte ante cada feligrés, y

agitar la hucha delante de sus narices hasta que afloje la mosca. Es conveniente que hagas el recorrido con la máxima rapidez, pues la mayoría de los domingos tendrás que hacer en cada misa tres colectas distintas: una para la parroquia, otra para las misiones y otra para motivos diversos.

Seguía las instrucciones de Bonifacio, y mis rondas petitorias fueron fructíferas. Ante los fieles más reacios me detenía agitando la hucha como un cencerro, y todos acababan por echar mano al bolsillo para librarse de la cencerrada que los ponía en evidencia. Muchos días vi a don Julio dándose golpes de pecho junto al espantajo de su hermana, pero nunca me reconoció. Lo que menos podía figurarse nadie era que aquel monaguillo fuese una monaguilla.

Todo fue bien durante una temporada. Me hice muy *amigo* del Boni, que repartía conmigo las perras que él lograba sacar de la hucha metiendo una tarjeta por la ranura. También sacábamos un sobresuelo vendiendo los cabos de las velas que se gastaban en los altares, y los paraguas olvidados en la iglesia que la gente no reclamaba.

Por desgracia, durante el verano siguiente las cosas se complicaron. Boni, con los calores, insistía en que fuéramos a bañarnos a un río con poca agua que pasaba cerca del pueblo.

—No tengo traje de baño —me disculpaba yo.

—¿Y qué falta te hace —me decía él—, si allí todos los chicos nos bañamos en pelota?

Me disculpé también diciéndole que no sabía nadar, y él rebatió mi disculpa echándose a reír:

—¡Undá! ¡Qué más quisiera ese riachuelo que se pudiera nadar en él! A donde te llega en lo más profundo es a la rodilla.

Tanto insistió, que empecé a sospechar que yo le gustaba a Boni, y que quería llevarme al río para verme en pelota. Puede que el muchacho, a fuerza de llevar las faldas de monaguillo, se hubiera vuelto un poco marica; aunque en este caso, sin que él lo supiese, la inclinación que sentía hacia mí era completamente normal.

Mis sospechas se confirmaron cuando Boni, en broma, empezó a darme azotitos y a provocarme para que luchara con él, con intención de meterme mano mientras nos revolcábamos por el suelo. Yo rehuía estas peleas, pero temí que en uno de estos magreos el muchacho descubriera mi secreto. Conté a madre mis temores, y ella quedó cavilosa antes de decidir:

—Es mejor que dejes el empleo antes de que la mano de Boni llegue demasiado lejos y se arme un escándalo en el pueblo.

Así fue como dejé de ser monaguillo, para dedicarme a otras labores más propias de mi sexo.

## PEDAZO 10

PASARON MESES. No recuerdo cuántos, pero bastantes. El pelo me volvió a crecer, y me convertí en un guayabo bastante potable. Porque al mismo tiempo que el pelo, aunque no con tanta rapidez, me habían ido creciendo otras cosas. Hasta el punto de que poniéndome un «jersey» medianamente ceñido, ni un cegato me hubiera tomado por un monaguillo. Pero aparte de este par de desarrollos en la proa, andaba yo algo esmirriada en lo referente a popa.

—Lo que necesita la Mapi —decían a madre las vecindonas—, son comidas de mucho alimento. Como está dando el estirón...

¿Y de dónde iba a sacar mi pobre madre esas comidas substanciosas, si yo estaba sin trabajo y ella no lograba vender ni un cochino tapetito?

—Si seguimos así —suspiraba la que me parió—, acabaremos las dos tan en paz descanse como tu pobre padre.

Por suerte, a una tal Engracia le dio un vómito de sangre y eso nos salvó. Dicho así parece una burrada, pero hay que tener en cuenta que las posguerras en general, y sobre todo las civiles, vuelven a la gente bastante bruta. Los sentimientos se endurecen con las atrocidades oídas o presenciadas, y cada cual sólo piensa en resolver los problemas propios, aunque sea a costa de las desgracias ajenas.

¿A quién puede importarle un simple vómito, cuando la sangre ha corrido hasta formar verdaderos ríos? Engracia era una chavala bastante maja, a cuyo padre le zumbaron en la frente por asomar la chola fuera del parapeto. Por lo menos así contaba ella la hazaña paterna. Era sobrina de una tal Carmela, que habitaba un «bungaló» en nuestra «colonia».

—Pues más que su tía —comentaba la gente—, parece su tiorra.

Porque en el barrio se hablaba mucho de la reputación de Carmela. Decían que ella tenía mucho de reputación, pero despojando a la palabra de sus sílabas adicionales y dejándola reducida a las dos de su cogollo.

(Se nota que, a fuerza de menear la pluma, voy cogiendo práctica y ya sé decir barbaridades con cierta finura).

Pero a mí lo que decían de ella me tenía sin cuidado, porque cada cual es dueña de colocar sus negocios en los sitios que más rentas le produzcan. Y como además la tal Carmela se portaba bien con nosotras, prestándonos algo de azúcar e incluso algunos chorreones de aceite cuando pasábamos mucha necesidad, madre y yo la defendíamos. Y la defensa nos valió que al ponerse su sobrina con el vómito, la Carmela viniera a decirnos:

—Mientras la Engracia no eche fuera la tisis, que me imagino que será como una solitaria mucho más larga, la tendré en mi casa sin trabajar. ¿Por qué no coge Mapi la colocación que ella ha dejado?

La idea nos pareció de rechupete, pues eso de comer un día sí y cuatro no es un régimen alimenticio que no lo aguanta ni un caballo. Y así, de la noche a la mañana, entré a servir en la tienda del señor Aniceto sustituyendo a Engracia.

Mira por dónde, como dije al principio, su vómito me vino de perillas. Aunque tuve que trabajar como un mulo, porque aquel tendero era un gandul que descargaba toda la faena en su mujer y su sirvienta. Comprendí entonces que una chica enclenque como Engracia acabara echando sangre por la boca, pues yo en más de una ocasión estuve a punto de echar los hígados. Que por ser sólidos, cuesta más esfuerzo.

A pesar de todo me sentía contenta, porque ganaba un buen sueldo y tenía un cuarto muy bonito para mí sola en la buhardilla de la casa. El ventanuco era pequeño, pero subiéndome en un taburete y metiendo la cabeza por el agujero con el cuello un poco retorcido, veía un pedazo de calle «18 de Julio» (antes «14 de Abril»). También podía ver la torre chata del Ayuntamiento, y una franja de campo a lo lejos.

Sólo por la vista valía la pena aguantar al holgazán del dueño. Porque ¡menudo vago era el tío, como explicaré a continuación!

¡Cómo le cansaba al señor Aniceto aquella lección de gimnasia que daba la radio todas las mañanas! Y eso que él la oía desde la cama, sin moverse, haciendo mentalmente los movimientos que indicaba el locutor. Pero él, sólo de imaginarse aquellas flexiones y aquel ajeteo, sudaba la gota gorda.

Yo se la vi muchas veces —la gota gorda—, cuando le entraba a las ocho y media el desayuno. Le salía un chorro de sudor por cada poro, y un gran jadeo le agitaba la panza debajo de las sábanas. Como si acabase de correr un maratón de ésos. Yo le desconectaba la radio diciéndole que se estaba matando con aquellas gimnacias tan violentas. Y el muy cínico, secándose el sudor con la manga del camisón, me decía suspirando:

—No hay más remedio que hacer ejercicio para conservar la agilidad.

Entonces se incorporaba un poco en la cama. Lo suficiente para zamparse su desayuno sin renunciar a su cómoda postura. Y muchos días, después de apiporrarse bien apiporrado de tostadas con manteca, volvía a tumbarse diciéndome:

—Descansaré un rato más, porque ayer me acosté tarde. Y yo, para estar como nuevo, necesito mis once horitas de sueño.

El señor Aniceto estaba casado, pero se había separado de su mujer. La separación no la hizo un abogado con un legajo de documentos, sino un albañil con un tabique de ladrillos. El tabique fue levantado en la alcoba del matrimonio, partiéndola en dos. Y aunque el tendero se llevaba muy bien con su mujer, dormían separados porque ella roncaba mucho. ¡Qué ronquidos soltaba doña Rosa! Hasta yo los oía desde la buhardilla. Se comprende que un marido tan comodón como el suyo no la soportara. ¿Cómo iba a poder dormir el señor Aniceto sus indispensables once horitas, acostado junto a una locomotora en marcha?

Cuando iba a entrarle el desayuno al dueño, a servidora le dolían ya los pies de estar levantada. Lo primero que hacía al saltar de la cama era bajar a darle un repaso a la tienda. Tenía que hacer esta limpieza con luz artificial; pues en mi pueblo, como pilla muy a desmano de las carreteras importantes, los amaneceres llegan siempre con retraso.

Fregaba primero el suelo de baldosín, para arrancarle las costras de barro que la parroquia del día anterior trajo pegadas al calzado, y lo secaba después con un escobón viejo que tenía el cabezón cubierto por una bayeta. Luego metía por los rincones un plumero calvo y muy feo, para espantar el polvo, y terminaba pasando un trapo húmedo por el mostrador.

En esta faena tenía que invertir casi una hora, pues doña Rosa pasaba una inspección muy minuciosa antes de levantar los cierres de la tienda. Y cascarria que ella viera, bronca que yo ganaba.

Terminado el adecentamiento de la tienda, me metía en la cocina a encender el fogón y a preparar los desayunos. En esta última faena estaba presente doña Rosa, para evitar que yo metiese mano en los víveres en provecho de mis hambres. ¿Querrán creer que en aquella cocina todo tenía cerraduras, cuyas llaves transportaba la señora en un llavero muy gordo? ¡Hasta el cuecelech y el bote de la sal estaban cerrados con pequeños candaditos, que sólo doña Rosa podía abrir! La muy avara me sacaba de la despensa los dos huevos del señor Aniceto para que yo los escalfara, la leche para que yo la cociera, y el pan de los picatostes para que yo los carbonizara.

El control de aquella miserable era tan severo, que incluso ponía candado en la tapa del horno mientras se asaba algún pollo o se doraba algún pastel. Cualquier criada con menos necesidad que yo y más amor propio, la habría mandado a que se friera ella misma sus propios espárragos. Pero mi situación no me permitía andar con tiquismiquis, porque ya lo dice el refrán: «A buena hambre, la cebada al rabo». (O algo parecido, porque los refranes son otra de las materias en las que ando bastante pez).

Después de subirle el desayuno al vago del dueño, me ponía a barrer la casa. Doña Rosa, para sacarme bien el jugo, pretendía también que cosiera, lavara y planchara. Pero yo de eso, ni papa. Y en cuanto le hice un cosicajo monstruoso para arreglar un roto, y le quemé con la plancha la culera de unos calzoncillos, aquella marimandona renunció a que hiciera esas faenas domésticas.

En los ratos que me dejaban libre mis restregones y fregoteos caseros, tenía que ir a la tienda para ayudar a despachar. Yo siempre estaba deseando que llegaran aquellos ratos, porque detrás del mostrador me lo pasaba bomba. Tan sumamente bomba, que allí conocí al primer amor de mi vida. Así como suena.

Después de pensarlo mucho, lo que más me repugnaba de la tienda eran los tarros de cristal con pepinillos en vinagre; tan verdes, pequeños y deformes, parecían fetos

de hombrecillos marcianos conservados en alcohol. No comprendo cómo hay fulanos con agallas suficientes para zamparse esas guarrerías.

No necesito pensar nada, en cambio, para acordarme de que lo que más me gustaba de la tienda era el dependiente.

Pero esto, creo yo, merece un pedazo aparte.

## PEDAZO 11

EL DEPENDIENTE se llamaba Afrodisio, y tenía una verruga en el cogote. Pero la verruga sólo se le veía mirándole de espaldas. Y de espaldas los hombres, para las mujeres, no valen nada. Aunque no tengan verrugas.

De frente, en cambio, Afrodisio era muy majo. Tenía el pelo moreno peinado con alboroto, los ojos grandes como dos castañas, y un amago de bigote cuyo crecimiento él fomentaba dándole tironcitos de los pelines. El mozo no había entrado en quintas porque tenía los pies completamente planos. Pero este defecto, más que pena, da risa y no quita la majeza al individuo que lo padece.

A mí, la verdad, me chifló desde que me lo eché a la cara. Tampoco al Afrodisio le pasé yo inadvertida, pues en cuanto me miraba se ponía tan colorado como los tomates que estaba pesando; y los nervios se le excitaban tantísimo, que hasta echaba en el peso algún tomate de más.

Mi ayuda consistía en prepararle los cucuruchos de papel para envolver las cosas, en sustituirle despachando cuando él se iba en el triciclo de reparto a entregar algún pedido, y en barrer del suelo de la tienda los bichos que salían de los sacos de lentejas. Pero aparte del intercambio de miradas, no me era posible intimar de palabra con Afrodisio, porque doña Rosa no me quitaba ojo en todo el santo día. En la tienda ella atendía la caja, que en realidad era un cajón del mostrador con una llave muy gorda, y desde allí me daba órdenes sin parar:

—Mapi, envuelve a esa señora estas lentejas con bicho, y cóbraselas como si no lo tuvieran.

—¿Cómo? —decía la señora—. ¿Va a cobrarme lo mismo por unas lentejas con bicho?

—Sí —explicaba doña Rosa, astuta—. Deberían tener algún recargo. Pero como es usted una buena parroquiana, el bicho es regalo de la casa.

Con lo cual doña Rosa alardeaba de generosidad, pues en aquellos momentos de posguerra todos los comestibles alcanzaban unos precios bárbaros. Y regalar cualquier bicho cocinable, por pequeño que fuese, no dejaba de ser un detalle generoso.

Cuando yo terminaba de despachar las lentejas, doña Rosa volvía a decirme:

—Mapi, acerca la escalera y baja del último estante dos botes de pimientos.

Al subirme a la escalera, Afrodisio se las apañaba para pasar por debajo varias veces con el fin de contemplarme las piernas. A mí me halagaban estas contemplaciones, en las que yo no veía ninguna malicia, pues ya dije que el mozo me había hecho tilín. Y tardaba un rato en bajar los dos botes de pimientos.

Dicho así puede parecer que yo era una fresca, y que la vida no ha hecho más que darme lo que yo me merecía. Pero no. Mi frescura de entonces era pura ingenuidad e

ignorancia, debido a que nadie me había inculcado principios de ninguna clase. Mis pobres padres anduvieron siempre tan afanados en ganar una mísera perra gorda, que no tuvieron ninguno de los tres elementos necesarios para educarme: tiempo, dinero y cultura. Y ya se sabe que las analfabetas, sobre todo si son monas, resultan más propensas a hacer picardías que las alfabetas cultas.

Con estas ojeadas a hurtadillas, debajo de la escalera, lo único que conseguía Afrodisio era ponerse más nervioso que un flan. Conseguía también algún chichón porque yo, para castigar su curiosidad, fingía que se me escapaba de las manos un bote de pimientos y se lo dejaba caer desde las alturas encima de la cabeza.

—Ten cuidado, Mapi —me reñía doña Rosa al oír el grito que daba Afrodisio—, que vas a romper los botes de pimientos.

Porque, a ella, la cabeza de su dependiente le importaba menos que un rábano.

Así, entre vistazos y chichones, pasamos unas semanas sin podernos hablar. La vieja no nos quitaba ojo ni oreja. Por la noche, después de «hacer la caja» (operación que consistía en contar el dinero del cajón), Afrodisio echaba el cierre de la tienda y se iba. Porque él no vivía allí. Montaba en el triciclo de reparto y repartía los pedidos antes de ir a su casa, donde vivía con una madre completa y tres cuartos de padre. (Digo tres cuartos, porque al buen señor le había quitado la dichosa guerra un brazo y casi toda una pierna).

Por suerte doña Rosa pescó no sé dónde unas paperas, y tuvo que guardar cama. Las paperas son una enfermedad de críos que ataca rara vez a los adultos. Pero como la buena señora era una roñosa que todo lo quería para ella, se quedó con aquellas paperas que no le correspondían. Lo que a ella le interesaba era tener de todo. Incluso paperas. Yo creo que si llega a haber una epidemia de peste, o de cólera, las hubiera cogido también.

Mientras estuvo en cama con la cara hinchada como una perra pachona, su marido no tuvo más remedio que acortar sus once horitas de sueño y acudir a la tienda para sustituirla en la vigilancia. Pero como acudía medio dormido, no tardaba en volver a dormirse en su silla, colocada junto al cajón del dinero.

Por fin, gracias a esto, Afrodisio y yo pudimos hablar.

—Ya era hora de que pudiera soltarte cuatro frescas —me dijo, pues resultó ser un chuleta con mucha labia—. Porque si mis ojos tuvieran dientes en lugar de pestañas, estarías cubierta de mordiscos.

Algo canibalesco resultó el piropo, pero lo recuerdo bien porque fue el primero que me dirigió un sujeto del sexo contrario. Y las mujeres nunca olvidamos estas experiencias: el primer chicoleo, el primer beso, el primer etcétera...

Total: que si Afrodisio al principio me hizo tilín, cuando empezamos a hablar el tilín se transformó en un tolón mucho más fuerte. Y como yo libraba los domingos por la tarde, él me propuso el sábado:

—¿Quieres que salgamos juntos mañana?

—Tengo que ir a visitar a mi madre —dije yo—. Y como vive tan lejos, echo toda la tarde en ir y volver.

—Yo te llevaré, no te preocupes —respondió él.

Y el domingo por la tarde se presentó en la esquina donde habíamos quedado, pedaleando en el triciclo de reparto.

—Monta —me dijo señalándome el cajón donde se llevan las mercancías, dentro del cual había puesto un cojín.

Me hizo ilusión montar, porque era la primera vez en mi vida que iba a trasladarme de un punto a otro en un vehículo con ruedas. Me acomodé bastante bien, porque el cojín era gordo y blandito. Y Afrodisio puso en marcha los motores de sus piernas. Yo estaba encantada, pero al poco tiempo de iniciado el pedaleo se me encogió de miedo el corazón.

—¿Y si nos ve el señor Aniceto paseando en su triciclo? —le dije a Afrodisio, asustada.

—No nos verá, descuida —me tranquilizó él—. Ya sabes que los domingos los dedica a descansar y ni siquiera se levanta de la cama. Además, como vamos al campo, no hay peligro de que nos vea la clientela de la tienda.

En las cuestas abajo el triciclo se embalaba, y la velocidad me hacía dar los mismos grititos que doy ahora cuando salgo con algún juerguista en un coche deportivo.

Merendamos en el camino un chorizo, una lata de sardinas y varias galletas que Afrodisio había ido mangando en la tienda durante el sesteo del señor Aniceto.

Madre se puso muy contenta de verme llegar en un vehículo, y presumió ante todo el vecindario de que su hija no fuera peatona. Porque aquel triciclo en nuestro «barrio de las latas», equivalía a un «Cadillá» en los «bungalós» de «Holigú».

Las excursiones en el triciclo de reparto se repitieron algunos domingos más. Afrodisio terminaba la jornada agotado y con las piernas llenas de agujetas, pero yo me lo pasaba como una señorona en su automóvil con chófer. Cuando él empezaba a echar los bofes después de subir una cuesta, parábamos debajo de un árbol a descansar. Y como Afrodisio estaba hecho trizas de tanto pedaleo, apenas tenía ganas de meter mano. De lo cual me alegraba, pues aunque yo sabía que servidora estaba en posesión de ese atractivo que los políglotas llaman «sexapil», me daba miedo el asunto sexual.

Conocía de este asuntejo la mecánica, porque los perros callejeros de los pueblos son muy descarados, pero me imaginaba que en las personas era más grave y de mayor responsabilidad.

En uno de aquellos paseos, Afrodisio me propuso que nos hiciéramos novios.

—¿Formales, o como casi todos los del pueblo? —quise concretar.

—Como los del pueblo. Al fin y al cabo los dos hemos nacido aquí, y hay que respetar las costumbres de la patria chica.

—Pues que las respete tu tía —fue mi respuesta—. Porque una servidora, por ahora, sólo está dispuesta a echar barriga a base de comer galletas.

Dije aquella barbaridad porque me constaba que muchas mozas de nuestro término municipal estaban engordando a ojos vistas.

Afrodisio me preguntó rompiendo a reír:

—¿Y tú crees que engordan porque se echaron novio?

—Sí —afirmé yo—. Porque se lo echaron por encima.

Y como Afrodisio se percató con aquella conversación de que no me chupaba ninguno de mis dedos, aceptó resignado un noviazgo a base de formalidad. Tomada esta decisión, montamos en el triciclo de reparto mientras él murmuraba:

—Si fuéramos menos formales, no tendría que dar tanto a los pedales.

## PEDAZO 12

ME HE PASADO varios días sin escribir, porque mi amiga Nati ha caído enferma de botellazo. Una enfermedad que ataca a la cabeza cuando se interviene en broncas nocturnas con americanos borrachos.

Como Nati es tan fina, en lugar de ir a un hospital para que le diesen siete puntos en el cuero cabelludo, prefirió quedarse en su apartamento y avisar a uno de esos cirujanos que van a coser a las casas.

—Además de que estos cirujanitos salen más baratos —me explicó cuando fui a visitarla—, cosen mucho mejor.

Pero como a Nati le van las cosas peor que a mí, porque es más talluda que yo y no tiene tanto éxito, carece de servidumbre. Y los días que pasó en cama con una venda a la cabeza, tan aparatosa como el turbante de un indio, tuve que quedarme con ella para darle de comer y de charlar.

Por suerte, Nati tiene buena encarnadura y se repone pronto de estos accidentes. Vuelvo por lo tanto a coger los trastos de escribir, pues esta pausa me ha servido para acumular un buen montón de recuerdos. Y como Nati es tan sabihonda, puede que en mis chácharas con ella se me haya pegado algo de su sabihondez en beneficio de mi estilo literario.

En fin, a ver cómo vuelvo a coger el hilo.

Por aquellos meses, mientras yo paseaba con Afrodisio en el triciclo de reparto, mi hermana se metió monja. Es natural. Después de servir tantos meses en casa de un cura, acabó por contagiarse y tener los mismos gustos que su señorito.

Yo me alegré, porque las monjas siempre me han inspirado mucho respeto por su abnegación. Sobre todo en verano, cuando se achicharran sin rechistar bajo ese montón de gruesos hábitos y agobiantes tocas. A madre, en cambio, le entró una llorera de seis litros de lágrimas por metro cuadrado.

—¡Ya no la veré más! —gimoteaba ante las comadres a la puerta de su «bungaló».

Porque a Candelaria le había dado tan fuerte el arrechucho de la vocación, que entró en un convento de clausura. De esos en los que para hablar con alguna miembro de la orden, hay que hacerlo a través de una reja tapada con una cortina.

—Allí no se manchará con todas las basuras de este puerco mundo —filosofó el trapero Gumersindo para consolar a madre—. Porque todos los seres humanos tienen que ensuciarse tanto para poder vivir, que cuando mueren debería yo llevarlos a un vertedero en mi carrito.

Pero la tristeza de madre por el ingreso de Candelaria en el monjato, quedó compensada con su alegría por la salida de Felipe de la cárcel. Le había tocado al chico una de esas amnistías que conceden los gobiernos cuando están contentos por

algo gordo. En este caso, la alegría se la produjo a los gobernantes un aniversario de la Victoria. No recuerdo cuál, pero ¡qué más da! Todas estas fiestas vienen a ser iguales: unos discursos, unas condecoraciones, algunos cohetes, y para de contar.

Yo, la verdad, aunque en aquella ocasión me alegré de que soltaran a mi hermano, siempre he pensado que estas amnistías son la mayor monstruosidad legal que puede cometer la justicia de un país.

No veo la razón de que para festejar el triunfo en una batalla, o el nombramiento de un Papa nuevo, o la subida al trono de un rey, se abran las cárceles para dar suelta a una pandilla de mangantes. Con esto sólo se consigue que las calles se llenen de carteristas y rateros, que echen a perder el jolgorio de la fiesta desvalijando a la muchedumbre enfervorizada.

Esta forma de alegría me parece tan absurda como si, para festejar la llegada de la paz, salieran los soldados a la calle disparando con sus fusiles contra la gente. Pero puede que yo esté equivocada.

No recuerdo de qué cárcel salió Felipe ni por qué delito había entrado en ella. El muchacho siempre fue muy reservado para sus negocios. Lo único que sé es que él escribió una carta a madre contando que estaba en libertad, y que madre lloró de alegría al leerla. Bueno: más propio sería decir que a él le escribieron la carta, y que a madre se la leyeron. Porque a mi familia, quitando a Esteban, a analfabeta no la ganaba nadie.

Aparte de estos cambios en el estado civil de mis hermanos (Candelaria de soltera a monja, y Felipe de preso a libre), no hubo en aquellos meses grandes acontecimientos familiares. De Esteban no teníamos noticias. Y cuando madre se preocupaba porque no escribía, yo la tranquilizaba diciendo:

—Pensará que como nosotros no sabemos leer, ¿para qué va a molestarse en escribir?

Mi noviazgo con Afrodisio cambió de cariz cuando a doña Rosa le fueron con el cuento de que usábamos el triciclo de la tienda para nuestros garbeos dominicales. ¡Cómo se enfureció la muy bruja! Echó tantas chispas por los ojos, que casi se le quemaron las pestañas. Y no nos puso de patitas en la calle porque el servicio doméstico ya empezaba a escasear. No era fácil encontrar una criada tan trabajadora como yo, ni un dependiente con los pies tan planos como Afrodisio. (Gracias a este defecto del muchacho, que era joven y fuerte, seguía librándose de la «mili» y podía rendir en la tienda mucho más que un dependiente viejo).

Al quedarnos sin triciclo y cesar el pedaleo, mi novio dejó de echar los bofes en nuestras excursiones. Cuando llegábamos al campo estaba lleno de vitalidad y fresco como una lechuga. Demasiado fresco. Su frescura me daba a mí muchos sofocos, pues yo estaba decidida a ser mocita hasta que pudiera casarme como Dios manda.

—¡Pues claro que nos casaremos! —decía él, para que yo le dejara llegar hasta

donde nadie había llegado nunca.

—¿Cuándo? —preguntaba yo, escapando de sus achuchones.

Y él me prometía:

—Cuando tú seas algo mejor y lo tengamos todo: el ajuar, el piso...

—... y el niño, ¿verdad? ¡Nanai!

Afrodisio se enfadaba, pero yo corría más que él. Y hasta que no me juraba por la salud de su padre que se limitaría a unas caricias decentes, no le dejaba arrimarse.

A pesar de estas limitaciones, no lo pasábamos mal. Un domingo, por ejemplo, subíamos a una colina que llamaban «la calva de don Joaquín», porque sólo tenía tres arbolitos en la coronilla como los tres únicos pelos que lucía el alcalde en su cabeza. Otro domingo bajábamos al riachuelo donde años atrás el monaguillo Bonifacio pretendió que me bañara con él. Otro, asistíamos en el «barrio de las latas» a algún acontecimiento social: la puesta de pañales a un recién nacido; la puesta de mortaja a un recién fallecido...

Entre estos últimos festejos macabros, que yo recuerde, el más interesante fue el de Nicolasón. Y voy a contarlo, porque tiene su miga:

Nicolasón, como su nombre indica, era un Nicolás grande y gordo. Este nombre es elástico, y puede estirarse o encogerse para dar la dimensión física exacta de quien lo lleva. Desde Colasillo, que se aplica al Nicolás más chiquitajo de todos, el nombrecito pasa por varias fases de engorde sucesivo, según el tamaño de los Nicolases. Hasta llegar a Nicolasón, que viene a ser una especie de Supernicolás.

El que cascó en el «barrio de las latas» pesaba por lo menos cien kilos en vivo. En muerto supongo que bastante menos, pues en cuanto la sangre cuaja y se evapora toda el agua que tenemos en el cuerpo, nos quedamos tan tiesos y ligeros como la mojama. Así se quedó Nicolasón, después de la peritonitis que se lo llevó al otro mundo.

Años atrás, durante la guerra, este fulanote había trabajado en la intendencia de las milicias «rojas». Supongo que su trabajo consistiría en probar todos los ranchos que se daban a la tropa, pues sólo así se explica que un individuo consiguiera estar tan gordo cuando toda la población civil estaba flaca como una escuerza. Por eso, cuando la guerra acabó con la victoria de los nacionales por una guerra a cero, a Nicolasón le fueron echando de todas partes, hasta que fue a parar a las afueras de nuestro pueblo. Al morir dejó tres hijos y compañera. No se puede llamar viuda a la mujer que vivía con él pues no estaban casados por un cura católico, sino arrejuntados por un comisario político.

Tuvimos la suerte de que Nicolasón muriese un sábado por la noche. Gracias a eso el domingo, que en el «barrio de las latas» era tan aburrido por no haber cines, teatros ni bailongos, hubo espectáculo gratuito en el «bungaló» que él ocupaba: verle de cuerpo presente. Todo el vecindario desfiló por allí, con el pretexto de dar el pésame a la familia. Pero a lo que iban en realidad era a echarle un vistazo al muerto,

porque la gente es una morbosa imponente.

Afrodisio y yo fuimos acompañando a madre, porque ella siempre había sido muy amiga de la mujer.

—¡Qué cadáver tan hermoso! —elogiaban los visitantes al entrar en la choza mortuoria.

—Ya, ya —decían otros—. Da pena enterrarle.

Porque como Nicolasón era laico, no le hicieron capilla ardiente; y lo exhibían sentado en una silla, en una postura muy natural. Su compañera siempre fue muy mañosa, y le había sujetado la cabeza al respaldo con unos alambres.

—Da pena enterrarle —insistían los visitantes, admirados ante aquel gigantesco cadaverote—. ¿Por qué no se lo vende al peso a la fábrica de productos químicos? A lo mejor se lo pagaban bien, para sacar de él un buen montón de abono.

A la compañera de Nicolasón le pareció una buena idea, porque cuando se anda mal de cuartos no deben desperdiciarse las cosas enterrándolas así como así. Pero no sé si la fábrica aceptaría su oferta.

## PEDAZO 13

SIEMPRE QUE BEBO VINO tinto me acuerdo de la noche en que dejé de ser mocita. En cambio, cuando bebo vino blanco, no. Por eso siempre procuro beber vino blanco. Porque me da rabia recordar aquello.

Pero ayer salí con un chico que es escritor, y que tiene, por lo tanto, poco dinero. Y cuando se sale con uno de esos fulanos que viven del cuento, ya se sabe: juerga baratita, a base de tascas y tintorro. Yo me conozco y sé que a la segunda frasquilla me da llorona, pues me viene a la memoria ese momento tan importante en la vida de toda mujer.

Fue un par de años después de lo que he contado en el pedazo anterior. Entre aquella época y lo que voy a contar, pasaron solamente dos cosas importantes.

La primera, que mi madre se echó novio; la segunda, que yo me quedé sin el mío.

El novio de madre era un señor del estilo de don Julio. No cabe duda de que cada mujer siente inclinación por determinado tipo de individuo. La nueva conquista maternal tenía más pelo que nuestro antiguo casero, pero menos dinero.

Madre lo conoció por chiripa, cuando llamó a la puerta de su «bungaló» para venderle una escoba. Cuando ella le dijo que ya tenía escoba, el señor quiso venderle sucesivamente una sartén, una palmeta y un estropajo. Porque el señor representaba a un fabricante de artículos domésticos, y recorría la provincia en una furgoneta vendiendo sus productos.

A madre le dio vergüenza no comprar nada a aquel señor tan fino, que echaba tanta literatura a sus escobas como si fueran aspiradoras eléctricas, y le compró un estropajo.

En las novelas cursis, los amoríos suelen empezar con el intercambio de flores. En la vida real, empiezan a veces con un estropajo. O con unos mocos, que la mujer coqueta tira al suelo pegados en un pañuelito, para entablar conversación con el tipo que recoge el pañuelito y se lo devuelve.

Madre se sentía muy sola en su casa, y el señor volvió muchas veces en la furgoneta a hacerle compañía. Pero cuando yo supe aquel tonto y visiteo que se traía, ella me tranquilizó:

—No temas, Mapi: no me casaré con él. Ya sabes que yo continúo fiel a la memoria de tu padre, debido a que soy una viuda inconsolable.

Yo, en cambio, perdí a mi novio, porque Afrodisio tuvo que hacer por fin la dichosa «mili». Resultó que en la revisión médica que le hacían anualmente, la planicie de sus pies se fue corrigiendo a fuerza de darle a los pedales del triciclo. Y en cuanto dejaron de ser planos, le engancharon.

Tuvo que irse a una de esas colonias desérticas que teníamos en África, con tres moros y seis chumberas, que sólo servían para hacer la cusqui a las novias de los

guripas. Con lo cual nuestro noviazgo se fue a hacer gárgaras. La distancia por un lado y nuestro analfabetismo por otro lo echaron a rodar, pues ninguno de los dos éramos capaces de alimentar el fuego amoroso echándole el combustible de las cartas. Y me quedé sin chico que me paseara ni mano que me metiera.

Al Afrodisio le substituyó en la tienda otro muchacho inútil para el servicio militar. El defecto que le libró a éste fue que en el reconocimiento no dio el perímetro torácico. Y no era probable que lo diese nunca, porque tenía el tórax más raquítrico que el tubo de una estufa. Casi parecía imposible que pudiera respirar. Debía de tener los pulmones como dos salchichas.

A la primera ojeada comprendí que este canijo, que además tenía las orejas de soplillo y los dientes con musgo, no podría ser el sustituto de Afrodisio. Y la tienda dejó de interesarme.

Aquella fue, sin duda, la época más aburrida de mi vida. Doña Rosa estaba más chinche que nunca, y el señor Aniceto apenas se levantaba de la cama. Vino a verle un médico y le dijo que la holgazanería se le estaba transformando en «paralís».

Recibí dos o tres cartas que algún sargento culto le había escrito al Afrodisio, pero las rompí sin enterarme de lo que decían porque me daba vergüenza dárselas a alguien para que me las leyera. Siempre fui una analfabeta muy orgullosa.

A falta de novio, empecé a salir los domingos con algunas amigas de la infancia. Sobre todo con Gaudencia, aquella mística que creyó ver en la rama de un árbol la aparición de San Popelín. Los misticismos se le pasaron al dar el estirón, y se había convertido en una moza frescachona en todos los sentidos: la frescura de sus carnes era tanta como la frescura de sus costumbres. Ya no buscaba santos en las ramas, sino mozos en las eras. Y su padre, el sacristán, la dejó por imposible, pues de nada sirvieron sus sermones ni sus palizas para que no se saliera del buen camino.

Como yo me aburría horrores, Gaudencia se propuso enseñarme a pasarlo bien.

—Tú eres tonta —se burló cuando le dije que entre Afrodisio y yo sólo hubo un toqueteo muy decente.

Y me contaba lo bien que ella lo había pasado en todas sus experiencias amorosas. Aquella tiparraca salía entonces con un tal Juanón, que se la beneficiaba por las noches en un pradillo situado junto a la tapia del cementerio. Y para que yo no me aburriera, le pidió al Juanón aquel que me presentara a algún amigo suyo.

Al domingo siguiente, el Juanón de la Gaudencia se presentó con un chico llamado Ignacio. Al presentármelo me puse algo colorada, pues el chico era muy alto y a su lado yo parecía una retaca. Pero a él no le importó y estuvo muy simpático conmigo durante todo el paseo.

Mientras paseábamos, lo primero que me dijo fue que su padre era vasco, cosa que a mí me importaba un pepino. Pero luego comprendí que me lo decía para justificar su estatura. Porque todo el mundo sabe que los vascos, como en el Norte

llueve tanto, tienen mejor riego y crecen más. También me contó que su madre había muerto de unas calenturas, y yo le acompañé en el sentimiento.

Como era verano, fuimos los cuatro a un merendero al aire libre de las afueras, en el que comimos bastantes rodajas de chorizo. Los demás pidieron vino. Pero como yo era novata en esto del bebercio, sólo bebí gaseosa.

Ignacio andaba bien de labia y siguió contándome que él vivía en Madrid, pero que había venido a pasar las vacaciones en casa de su padre. Porque el vasco que le dio la vida y la estatura, era el director de la fábrica de productos químicos. También Ignacio trabajaba para la misma empresa, en las oficinas de la capital. Y eso me gustó, porque yo nunca había alternado con un señorito madrileño.

¡Menuda diferencia había entre aquel pollo tan fino, con su buena corbata alrededor del cuello, y los despechugados mozos de la región llenos de ordinarièces! Por lo pronto, a pesar de habernos invitado él a la merienda, ni siquiera pretendió cobrarse parte del convite echándome mano a un muslo. No sólo me respetó el primer día, sino que me hizo olvidar mi condición de pobre criada para todo. Me sentí a su lado más ser humano y menos bestia de carga.

En cambio, Gaudencia y su amigo, que era muy besucón, reforzaron el chorizo de la merienda con varias raciones de filete. ¡Los muy ordinarios!

A las diez, hora tope que doña Rosa me fijó para que estuviera en casa, nos separamos las dos parejas. Ignacio me acompañó hasta la puerta, y Gaudencia se fue con Juanón a divertirse a la tapia del cementerio.

—He tenido mucho gusto —me dijo Ignacio al despedirse.

Y yo, que oía por vez primera esta fórmula de cortesía, pensé: «No sé cómo ha podido tener mucho gusto, si ni siquiera me ha tocado. A lo mejor este tío es un cerebral, de esos que se corren las grandes juergas en el pensamiento».

Pero no dije nada, pues cuando no estoy segura de una cosa prefiero callarme. La prudencia disimula mucho la ignorancia. A continuación, Ignacio me preguntó si quería salir con él al domingo siguiente, y yo acepté.

Salimos varios domingos en plan pacífico, hasta que llegaron las fiestas de la vendimia. Entonces se armó la gorda.

## PEDAZO 14

EN MI PUEBLO, como en todos los de España mientras no se demuestre lo contrario, se criaba vino. Raro es el lugar de nuestro territorio donde no crezcan algunas viñas, cepas o ceporros. Alguna ventaja tenía que tener este solazo abrasador, que sólo sirve para que las uvas se pongan maduras y para que los turistas se pongan como cangrejos.

Por muy pobretona que sea una aldea, siempre suele presumir de «su vinillo»; aunque la totalidad de su cosecha quepa en media docena de botellas.

El de mi pueblo no era vinillo, sino vinazo. No sé por qué, pues el vino manchego es en general más bien clarito, tirando a flojo. No lo sé, repito, ni me importa. El caso es que a nosotros nos sale un vinazo espeso, casi negro, muy codiciado por los taberneros porque traga muchísima agua sin cambiar de color. Tiene, en fin, una propiedad parecida a la de la leche de cabra, que puede aguararse mucho más que la de vaca. Puede que sea porque el sol nos pega en los viñedos más de plano, o quizá porque tengamos mala uva. En concreto, no lo sé.

Sea por lo que sea, siempre hemos estado orgullosos de nuestro vino. Tan orgullosos que al alcalde don Joaquín, para no ser menos que Jerez y la Rioja, se le ocurrió organizar unas fiestas de la vendimia. Duraban tres días en total: dos de festejos, y uno de «resaca». Supongo que ahora durarán más, porque mi pueblo ha ido creciendo hasta convertirse en una pequeña ciudad. Y la borrachera colectiva, al ser más numerosa y estrepitosa, producirá una resaca mayor que necesitará más tiempo para serenarse.

Aquel año la juega empezó el 3 de septiembre, debido a que las fiestas eran movibles por estar supeditadas a que la uva estuviese en sazón. Recuerdo que era domingo, porque no tuve que bajar a hacer la limpieza de la tienda.

Asomándome por el ventanuco de mi cuarto con el cuello retorcido, pude ver la torre chata del Ayuntamiento llena de banderas; y la calle «18 de Julio» (antes «14 de Abril»), engalanada también. Hacía poco que el sol había salido, pero ya se notaba que salió con ganas de chincar: los tres geranios que yo criaba en el ventanuco, y que regué abundantemente la noche anterior, estaban más secos que cactus en el desierto. Era evidente que, a pesar de lo avanzado de la estación, íbamos a tener uno de los días más calurosos del año.

Empecé a arreglarme desde muy temprano porque doña Rosa, en un alarde de generosidad muy raro en ella, me dio permiso para que saliera desde por la mañana.

—Disfruta de la fiesta —me dijo—, pero no te emborraches como todo el mundo. A las diez en punto quiero verte aquí.

—Descuide, señora —prometí—: yo sólo bebo gaseosa.

Me puse muy peripuesta. Cuando acabé de periponerme, bajé a la esquina, donde

me esperaba Ignacio. También él se peripuso, poniéndose uno de esos trajes blancos de tela finurris que se usan en los achicharraderos tropicales. Con aquella ropa, parecía más alto y más moreno.

También yo parecía más alta, aunque no más morena, porque me calcé unos zapatos de tacón que había comprado en un saldo para salir con aquel grandullón. Mi traje era de un color rojo rabioso, con la rabia atenuada por unas estampaciones en amarillo. Si llegan a colgarme de un palo, me hubieran confundido con una bandera más de las muchas que adornaban los centros oficiales.

Yo, acostumbrada a la alpargata llana de las faenas domésticas, andaba sobre mis tacones como un artista de circo sobre unos zancos. Ignacio se dio cuenta. Y como era un tío delicado, me cogió del brazo para evitar que me cayera en un traspíe. Era la primera vez que me ponía la mano encima y no me desagradó. Le dejé que me sujetara lamentando que hiciese tanto calor, pues yo tenía todo el brazo sudado, desde el codo al sobaco, y le estaba mojando los dedos. Pero él no protestó por la humedad.

Así, cogiditos del brazo, nos fuimos a la plaza, donde ya había muchísimo personal. No quiero decir que no cabía un alfiler, porque esa frase me parece una exageración estúpida. Un alfiler cabe siempre, por llenos que estén los sitios. Tampoco diré que no se podía dar un paso porque dimos bastantes, acompañados de codazos, hasta colocarnos en buen sitio para ver las ceremonias inaugurales de las fiestas.

Las ceremonias fueron las mismas que en años anteriores.

En el centro de la plaza se instaló un lagar, en el que unas mozas vestidas de manchegas fueron vaciando unos cestones que contenían los primeros racimos de la cosecha.

Después, los mozos que iban a pisar la uva se descalzaron. Y en unas jofainas, a la vista del público, se lavaron los pies con agua y jabón. (Esta ceremonia era nueva. Hubo que añadirla porque la gente se quejaba de que los pisadores del año anterior tenían los pies muy guarros, y le dieron al vino el saborcillo de otro producto manchego también muy famoso: el queso).

Cuando los pies estuvieron bien limpios, el párroco echó mano de una porrita dorada (que se llama isótopo o algo así) y lo bendijo todo: las uvas, el lagar, las autoridades y los pies.

Terminada la bendición, una banda de música prorrumpió en un pasodoble. Entonces los pisadores saltaron sobre los racimos, y al ritmo de la pieza empezaron su tarea. ¡Lástima que todavía no se hubiera inventado el *twist*, en el que parece que los bailarines están triturando uvas hasta sacarles la última gota de zumo! (Supongo que en las vendimias actuales la banda tocará un *twist*, con cuyos movimientos los pisadores obtendrán mucho más mosto).

A cada pisotón de los mozos, salía por un canuto un liquidillo blancuzco que iba a

parar a una tinaja. Junto a la tinaja había varios fulanos provistos de cucharones, con los cuales daban a probar el mosto a todo el que se acercaba.

Y se acercó el pueblo entero, porque ¡menuda gorróna es la gente! En cuanto regalan algo, no falla nadie y hay bofetadas para coger lo que sea. Aunque lo que regalen sea, como en el caso aquel, un buche de un liquidillo calentorro y dulzarrón, mezclado con las babas de todos los que chuparon los cucharones anteriormente. La palabra «gratis» es un «sésamo» que abre todas las bocas para meter en ellas cualquier marranada.

Ignacio y yo, siguiendo el ejemplo de los demás, nos pusimos en la cola de los probadores. Pero cuando nos llegó el turno y me alargaron el cacillo babeante rezumando mosto, me entraron unas náuseas tan fuertes que estuve a punto de añadir a la tinaja un ingrediente imprevisto.

El calor del día, las apreturas de la plaza y las babas del cucharón hicieron que me pusiera a parir a pesar de mi virginidad. Menos mal que Ignacio, que además de alto era fuertote, me sacó de allí levantándome casi en vilo por el brazo que me tenía cogido. Y para que me repusiera del mareo, me obligó a atizarme dos latigazos de vino tinto en uno de los muchos puestos de bebidas que se habían montado para las fiestas.

El estómago se me enderezó con aquellos tragos, pero en cambio se me torció la cabeza. ¡Pajolera gaita de todos los tratamientos! Lo que le sienta bien a una parte del cuerpo, le cae como un rayo a otra. Yo entonces no tenía costumbre de pimplar, y al tragarme el pimple noté una quemazón muy suave en el tubo que tenemos para comer. Después los ojos se me llenaron de chispitas, y fui notando por dentro unas cosquillas muy agradables que me daban ciertas ganas de reír. No es que estuviera piripi, ni mucho menos, pero estaba empezando a empiriparme.

La fiesta, de golpe y porrazo, empezó a parecerme maravillosa. El polvo que levantaba la gente con sus pies, al mezclarse con el sol, se convertía a mis ojos en oro molido. Mis paisanos me parecían más guapos y mi pueblo más bonito.

—¡Qué bien lo estoy pasando, jolines! —le dije a Ignacio, riendo, dándole codazos en los ijares.

Él se reía también, y me hizo recorrer muchos tenderetes invitándome a vasitos de tinto con algunas pijaditas. Fue un alegre «vía crucis» de copas y tapas. La banda tocaba lo que quería, y la gente bailaba donde le daba la gana. El aire, como en todos los festejos populares, estaba impregnado de olor a churros. No sé qué diablos tendrá un churro, pero su pestecilla picante predomina siempre en todas las fritangas.

La gente bebía mucho, sin duda para matar las arcadas producidas por la probatura del mosto templadejo. El polvo, al mezclarse con el sudor, cubría todas las frentes de un barrillo grisáceo.

También Ignacio y yo nos pusimos a dar brincos al compás de la música. Así,

brincando y haciendo chaladuras, matamos el tiempo hasta la hora de ir a los toros.

Más que una becerrada, lo que vimos fue una gamberrada. Aunque yo confieso que no la vi muy bien, porque estaba tan borracha como el resto del público. Por arte de birlibirloque apareció una bota de vino en manos de Ignacio, que como buen hijo de vasco trincaba lo suyo. Y como a mí se me había calentado la boca con el copeo matinal, me empeñé en aprender a beber del chorrito. Al principio no atinaba, y el vino se me caía por la barbilla y el cuello hasta mojar me la ropa interior. Pero poco a poco fui cogiendo el tranquillo, y llegó un momento en que no desperdiciaba ni gota.

De la corrida sólo recuerdo que el ruedo se había improvisado en una explanada de las afueras, colocando muchos carros hasta formar un redondel. Parecía una película de vaqueros, cuando la caravana de colonos que va hacia el Oeste se dispone a rechazar un ataque de los indios.

Dentro de ese redondel, un torero viejo metido en carnes, en colaboración con otro esquelético metido en pellejos, despacharon dos becerros gordos y mansurroneos. El público se puso furioso al ver que los bichos no embestían, y empezó a cagarse en la madre que los parió; pero estos insultos no aumentaron su bravura. ¿Cómo iban a embestir los pobrecitos, si no procedían de una ganadería de reses bravas?

Según dijeron los vecinos bien informados, las arcas municipales andaban flojas de pasta. Y para que las fiestas resultasen más baratas, el alcalde organizó la corrida con dos reses del matadero y dos matarifes vestidos de toreros. Puede que fuera verdad, porque yo nunca he visto unos matadores como aquéllos que, mientras uno se arremangaba antes de entrar a matar, el otro le sujetaba el toro agarrándole por los cuernos.

El caso es que se armó un alboroto de mil pares de demonios, y el ruedo fue llenándose de todas las armas arrojadas que el respetable —es un decir— tenía a mano. Hasta yo misma, contagiada de la euforia general, arrojé una botella de gaseosa que Ignacio me proporcionó y que estuvo a punto de descalabrar a un monosabio.

Al terminar el festival taurino fue cuando se vio que era una auténtica corrida, pues intervino la guardia civil y todo el público salió corriendo.

A partir de aquel momento, mis recuerdos de aquel día son confusos. El chorrito morado de la bota me refrescaba la lengua, pero me embotaba el seso. Con gran esfuerzo creo recordar el estampido de unos cohetes; y la luz temblona de unos farolillos bajo un cielo estrellado; y el sofoco que sentí cuando Ignacio tapó mi boca con la suya...

¿Por qué me apretaba entre sus brazos como si quisiera ahogarme, y luego me desabrochaba el vestido para que pudiese respirar?

Ése fue el último pensamiento que tuve antes de caer en un sueño tan negro y absoluto, que se parecía a la muerte.

¡Cómo siento no ser un escritor con toda la barba, para transmitir las emociones que sentí al despertar de aquella borrachera! Porque de eso sí me acuerdo con todo detalle y no lo olvidaré mientras viva.

Me acuerdo de que abrí los ojos al sentir unos pinchacitos en la cara.

Y al abrirlos me di cuenta de que estaba dentro de un pajar, tumbada encima de un montón de paja.

Justo encima de mí, en el techo, había un tragaluz que se tragaba el sol a raudales.

La cabeza me pesaba y me sonaba, al moverla, como si la tuviese llena de perdigones.

Noté en las piernas los mismos pinchacitos de las pajas que había notado en la cara, y al notarlos me di cuenta de que tenía la falda del vestido subida hasta la cintura.

Estaba, en fin, con todo al aire, porque mis bragas habían bajado misteriosamente hasta quedar enredadas en mis tobillos.

No entro en más detalles, porque hasta el más lerdo se habrá dado cuenta de lo que me había pasado.

Volví a cerrar los ojos, deseando con toda mi alma que todo lo que había visto al abrirlos fuera una pesadilla de mi borrachera.

Pero los cañotos de las pajas siguieron pinchándome en la cara y en los muslos, haciéndome comprender que estaba despierta y que todo había sucedido de verdad.

Entonces quise llorar, y no pude.

Quise morirme, y tampoco lo conseguí.

Lo que no quería de ningún modo era moverme, porque estaba llena de náuseas y me daba miedo revolver toda la basura que tenía dentro.

Además, lo mismo que ese pajarraco grande cree que nadie le ve cuando esconde la cabeza, a mí me parecía que el mundo y el tiempo se pararían mientras yo estuviera quieta.

No sé cuánto tiempo estuve sin cambiar de postura, jadeante y ensangrentada como una coneja herida de un escopetazo.

El silencio a mi alrededor era tan absoluto como el de la muerte que deseaba para mí. Estaba completamente sola.

Ignacio, el muy cobarde, había desaparecido sin dejar más huella que la de mi vergüenza.

## PEDAZO 15

ESTOY BASTANTE SATISFECHA del pedazo anterior, en el que cuento cómo dejé de ser mocita. A una principiante como yo, que sólo ha leído tres novelas flacuchas de la colección rosa y seis revistas atrasadas en la antesala del dentista, no se le puede pedir más. Por lo menos el relato es sincero, pues juro que todo pasó como queda escrito.

Tampoco le viene mal al relato esa miaja de emoción que le he echado, pues ese momento debe de ser el más importante en la vida de una chica. Digo debe de ser, porque yo lo pasé sin enterarme de lo que pasaba cuando pasó. Por eso no puedo meterme en honduras psicológicas contando lo que sentí, como podría hacer cualquier señora que haya atravesado por ese trance bien despabilada, y con los ojos tan abiertos como las piernas.

Eso saldrán ganando los que algún día lean estos papeles, pues en materia de violaciones se ha escrito ya tantísimo, que el tema resulta tan gastado como contar un paseo por el parque o cualquier pamema por el estilo.

Es indudable, sin embargo, que el modo como cada cual pierde el virgo, influye decisivamente en el resto de su vida. Sobre todo en países tan desconfiados como el nuestro, en los que se da mucha importancia a los precintos de garantía.

He podido comprobar que casi todas mis compañeras de promoción en este negocio que podríamos llamar carnal, fueron desprecintadas por alguna de estas tres razones: el engaño, la fuerza o la miseria. Puede que si nuestra sociedad fuese menos severa y más caritativa con estos accidentes iniciales, muchas de nosotras habríamos vuelto al buen camino y hoy no seríamos lo que somos. Si las puertas no se nos cerraran en las narices después del primer desliz, en el que casi siempre desempeñamos el papel de víctimas, no nos veríamos obligadas a buscarnos la vida en mitad del arroyo.

Porque a esta profesión nadie llega por gusto, sino por asco. No sentimos por los hombres amor y deseo, sino odio y desprecio.

Detrás de cada fulana que sonrío, hubo una muchacha que lloró. Una muchacha tan decente como la que más, a la que un sinvergüenza hizo una charranada.

A mí me la hizo Ignacio emborrachándome. A otras se la hacen emborrachándolas de palabras y promesas. Como a Nati, por ejemplo, que estudió piano y cultura general porque quería ser señora, y no pudo terminar la carrera por culpa de un mangante que la cameló, la convenció y la embarazó.

Digo todo esto, aunque no venga demasiado a cuento, porque los años transcurridos desde que me hicieron aquella faena no han logrado sofocar la tristeza que siento al recordarla. Los ojos se me llenan de lágrimas, pues no es fácil que nadie haya sufrido tanto como yo durante aquella temporada. Pido que se me perdone este

desahogo, y vuelvo a coger el hilo de mi historia, que solté hace varios párrafos.

Como ya dije, estuve mucho rato tirada en el pajar. Hasta que oí voces fuera. Y temiendo que me descubriesen allí, me levanté dispuesta a esconderme si alguien entraba. Pero las voces se alejaron.

Entonces, dominando los mareos que sentía, me arreglé las ropas interiores y me sacudí todas las pajas que tenía pegadas al vestido. Después abrí la puerta y escapé del pajar casi corriendo.

Me pareció que el pueblo estaba desierto, porque era la hora de la siesta y todos los habitantes dormían la «mona» que agarraron la noche anterior. Se notaba que era lunes, pues el sol, con ser el mismo, no resultaba tan alegre y luminoso como el domingo. En la plaza Mayor, e incluso en las plazas más pequeñas, se veían restos abandonados de la fiesta.

El lagar vacío, en el que enjambres de moscas se ponían como unas pepas chupando el azúcar de las uvas machacadas que habían quedado pegadas al fondo.

El tablado de la banda, con las sillas que habían soportado las nalgas de los músicos hasta la madrugada.

Los farolillos de papel, apagados y rotos, bajo los cuales bailé en la noche caliente con Ignacio.

Manchas pardas que dejaron los borrachos en el suelo, al devolver masticado a la tierra lo que la tierra les había dado sin masticar.

No me atreví a entrar de cara en la tienda, y di la vuelta para subir a mi cuarto a cambiarme por la puerta de atrás. Pero aunque subí la escalera de puntillas, en el primer descansillo me sorprendió doña Rosa.

—¡Miren a qué horas vuelve esta perdida! —empezó a gritar—. ¡Y qué pinta trae! ¿Dónde has estado revolcándote para traer la ropa así?... ¡Cochina!... ¡Te di permiso para que salieras ayer hasta las diez de la noche, y te atreves a presentarte hoy a las cinco de la tarde!... ¿Crees que voy a tener en mi casa a una golfa como tú?... ¡A saber dónde y con quién habrás dormido!... ¡Fuera de aquí, puerca! ¡Vete a golpear a la calle!

Todas estas barbaridades, y muchas más por el estilo, me soltó de sopetón aquella bruja. Tambaleándome, subí a mi cuarto a recoger mis cosas, y me marché aquella misma tarde.

Antes de marcharme, la bruja me pagó lo que me correspondía y registró mi maleta por si había robado algo. Se llevó un gran chasco, porque en el registro sólo pudo incautarse de seis latas de sardinas que mangué en la tienda para conservarlas como recuerdo, dos sábanas, cinco pañuelos y unos calzoncillos largos del señor Aniceto que cogí para teñirlos de colorado y hacerme un «leotardo». Total, nada.

Aligerado el peso de mi equipaje con aquella incautación, me fui a casa de madre. Por el camino fui pensando en lo caras que me estaban saliendo aquellas fiestas de la

vendimia, pues hasta entonces no sólo me habían costado el virgo, sino también la colocación.

Pero aún no había terminado de pagar las dichas fiestecitas: también me costaron el cariño de madre, la cual me hizo una escena parecida a la de doña Rosa cuando le conté todo lo que me había sucedido. En el rapapolvo que me echó tampoco escasearon lindezas tales como «golfa» y «perdida», pues el vocabulario que se emplea para vapulear a las deshonradas es bastante escaso. La única diferencia entre las broncas que me echaron la tendera y madre, fue que doña Rosa me insultó llena de furia, y doña Ricarda lo hizo llena de lágrimas.

—¡Vete de mi vista! —concluyó madre—. ¡Y no vuelvas a poner los pies en esta choza!

Y me señaló la puerta con un dedo.

Recuerdo que cuando ya salía me llamó también «réproba», cosa que me extrañó porque madre no había usado jamás una palabra tan rara. Sin duda la aprendió del viajante de la furgoneta, que como viajaba tanto se traía pegadas en la lengua palabrejas de sitios lejanos y cultos.

Volví de nuevo al pueblo, sin saber qué hacer ni adónde ir. Busqué a Gaudencia y le conté todo lo que me había pasado.

—Pues si el marrano de Ignacio te hizo esa jugada —me aconsejó ella—, recurre a él. Tiene la obligación de ayudarte.

—¿Tú crees que se casará conmigo? —dije, pues aquél era el primer palo que me pegaban y yo seguía siendo más tonta que una mata de habas.

—Tanto como eso, no creo. Pero te echará una mano.

—¡Como me eche otra mano, le mato! —protesté yo—. Bastante daño me hizo anoche echándome las dos.

Gaudencia me aclaró lo que había querido decir, y me propuso que fuese a ver a Ignacio inmediatamente.

—Pero si ni siquiera sé dónde vive —confesé yo, compungidísima.

—¿No te dijo que vino a pasar las vacaciones con su padre? Pues llama por teléfono a la fábrica de productos químicos. Allí te darán razón.

Así lo hice. Y la razón que me dieron cuando llamé, estuvo a punto de hacerme perder la mía: Ignacio había volado. Aquella misma mañana se fue en el coche de línea a coger el tren para Madrid.

Me quedé pálida y con la boca abierta, porque era la primera vez que veía volar a un marrano.

## PEDAZO 16

GAUDENCIA fue la que me aconsejó el viaje a Madrid, para exigir a Ignacio que reparase su marranada.

—Puesto que esa clase de diversiones no te gusta y lo tomas por la tremenda, es la única solución que te queda —me aseguró—. Si no tienes madera de golfa, es mejor que te largues. Porque aquí, con tu madre y la tendera en contra tuya, no tienes nada que hacer. Pronto sabrá todo el mundo lo que te ha pasado, y no podrás entrar a servir en ninguna casa de personas decentes. O que presuman de serlo, aunque en el fondo hayan hecho muchas más sinvergonzonerías que tú. Tampoco podrás echarte novio de los que se casan, porque todo el que se te arrime lo hará para abusar de ti pensando que eres facilona.

—¿Tú crees? —me asusté.

—Naturalmente. Las mujeres en España somos como las botellas: a los hombres les gusta echar un trago de una botella abierta por otro. Pero cuando compran una para llevársela a su casa, prefieren que esté sin abrir. Hazme caso y márchate a Madrid. Cuando Ignacio vea que vas a ajustarle las cuentas, te pagará la deuda que tiene contigo.

—¿Y si se niega? —pregunté.

—No se negará si le amenazas con denunciarle. A ningún señorito le gusta el escándalo que supone ser denunciado por haber deshonrado a una menor.

Con estos consejos y mi maleta de cartón, me vine a Madrid. Gaudencia, que se consideraba un poco culpable de lo que me había pasado (ella y su amigo Juanón me presentaron a Ignacio), me prestó algún dinero y me dio las señas de Tere.

—¿Te acuerdas de Tere? —me dijo para refrescarme la memoria—. Era aquella niña rubiaja y pecosa, de la pandilla que formábamos con *la Chivata*. Se fue a Madrid el año pasado, y ahora trabaja de manicura.

Al decirme que Tere vivía en el valle del Sombrerete, pensé que Gau se estaba burlando de mí. Pero ella me juró que era cierto, explicándome que los madrileños estaban siempre de cachondeo y les divertía tener calles con nombres así de graciosos.

—También tienen —me dijo— una calle muy castiza que llaman de Embajadores, en la que no vive ningún diplomático; y una plaza muy chula que llaman de la Cebada, en la que no pasta ninguna mula.

El saber que los madrileños eran chistosos y dicharacheros, me animó definitivamente a emprender el viaje. Aunque la verdad es que desde el principio estuve animada, pues a los pueblerinos les chifla venir a Madrid. Prueba de ello es que todos se vienen al menor pretexto. (Yo creo que dentro de algunos años Madrid tendrá treinta millones de habitantes, y habrá que contratar obreros alemanes para que

vengan a ocuparse de las faenas agrícolas en los pueblos vacíos. Y si no, al tiempo).

Ahora, siempre que algún tipo me invita a ir en coche cama a San Sebastián, o a cualquier otro sitio pero, me acuerdo de aquel primer viaje que hice en «tercerola». Tomé billete de tercera clase, por aquello de que «a la tercera va la vencida». Y no lo digo por chiste, sino porque es verdad: a los vagones de tercera van a parar las personas vencidas por la vida, que huyen de unas miserias para caer en otras. Por lo menos eso me pareció a mí, a la vista de mis compañeros de viaje.

Puede que fuera el efecto de las bombillas mortecinas que alumbraban el vagón, pero todas las caras me resultaron tristonas y macilentas. Hasta los gordos sonrientes, a aquella luz, resultaban flacos y llorosos. En fin, una pena.

El tren salía de noche, como todos los de aquella época, porque la Renfe no había renovado aún su material y le daba vergüenza lucir en pleno día aquellos convoyes cochambrosos.

Nuestro vagón era muy parecido a los que se empleaban para transportar ganado, sólo que más incómodo todavía. Porque el nuestro estaba lleno de bancos de madera, en los que se desmontaban las rabadillas. Y los de ganado, como a los caballos y a las vacas les gusta poco sentarse, carecen de estos chismes de tortura y tienen en cambio blandos montones de paja en los que pueden tumbarse tan ricamente.

Como yo era joven e inexperta, luché a brazo partido hasta conseguir sentarme junto a una ventanilla para ver el paisaje. El paisaje no lo vi, porque la noche era más negra que la conciencia de aquel apóstol que salió rana. (Nati me ha recordado que se llamaba Judas). Pero en cambio pesqué un hermoso catarrazo, porque por la ventanilla entraba un chiflón como un vendaval, que para tapanlo necesitaba un burlete tan gordo como una manguera.

A mi lado se sentó una campesina gorda, que llevaba en brazos un bebé envuelto en muchos pañales, toquillas y toda clase de trapos. El bebé, que era muy voluminoso, no paraba de gruñir.

Frente a la madre se sentó un viejo, que tenía cara de ser bastante verde. El muy puerco miraba golosamente el busto de la campesina, esperando que al nene le llegara la hora de mamar. Tan impaciente estaba por ver la teta de la señora, que se movía inquieto en su asiento y se relamía de antemano. Cuando ya no pudo contenerse, empezó a lanzar indirectas a la propietaria del chaval.

—Parece que el nene tiene hambre —insinuó—. Esos gruñiditos que lanza son muy significativos.

—Todavía no le toca —dijo la campesina hoscamente.

—Le advierto que los viajes abren mucho el apetito. Sobre todo a los niños como el suyo, que están en la edad de crecer.

—¿Usted cree? —dijo la madre.

—Estoy seguro —insistió el viejo—. El traqueteo del tren es una gimnasia que

debilita mucho. Yo, sin ir más lejos, me bebería ahora un buen vaso de leche.

—Es que temo que se empache.

—¿Quién? ¿Yo?

—No, mi nene.

—¡Qué se va a empachar, mujer! —siguió animándola el rijoso—. Lo que puede ocurrirle, en cambio, es que se maree por tener el estómago vacío. En los viajes, conviene tener llena la andorga. ¿Verdad, señores —añadió buscando el apoyo de los demás viajeros—, que para no marearse viajando hay que tener llena la andorga?

Los demás viajeros no dijeron ni que sí ni que no, pero la madre empezó a dudar.

—No sé, no sé... —dijo mirando al bulto de ropas que envolvían al niño.

—¡Pero si el angelito lo está pidiendo a gritos! —insistió el vejete—. Esos gruñidos son de hambre. Se lo digo yo, que entiendo mucho de eso.

—¿Tiene usted niños?

—Lo que tengo es tanta hambre como el nene.

Poco a poco, la campesina fue cediendo hasta dejarse convencer.

—Está bien —dijo por fin—: le daré un poco.

Pero en vez de desabrocharse la ropa para sacar una teta, abrió un capacho y sacó un biberón.

El viejo se llevó un chasco tremendo, y yo me llevé un susto espantoso. Porque como la campesina estaba a mi lado, cuando apartó la toquilla que cubría el bulto para darle el biberón, no vi la cara de un niño sino el hocico de un cerdo.

Luego he sabido que muchos campesinos, como en los trenes no permiten viajar con animales, recurren a estos trucos para camuflarlos. Lo que sigo sin comprender es por qué la Renfe de entonces no permitía viajar a los cerdos, cuando casi todos sus vagones eran auténticas pocilgas.

No es raro que de aquel viaje saque algunos recuerdillos rebañando en mi sesera, pues fue el primero que hice en toda mi vida. Y cuando se viaja por vez primera, se tienen emociones tan inmensas como las que debió tener Colón cuando salió de Europa para descubrir el área del dólar.

También recuerdo que, sentada en el banco de enfrente, a pocos culos de distancia del viejo verde, viajaba una moza relativamente frescachona. A su lado, achuchándola con la cadera por falta de espacio, iba un soldado. El traqueteo del tren hizo que la moribunda luz del vagón, en varias ocasiones, se muriera del todo. Y en una de esas oscuridades, se oyó la voz de la moza que decía muy acalorada:

—¡Eh, oiga! ¿Adónde va usted?

—A Madrid —respondió el soldado—. Me han dado permiso.

—Para eso, no —replicó la moza, mientras sonaba un cachete en las tinieblas—. De manera que quite esa mano de ahí.

Unos kilómetros más tarde, cuando la madrugada se nos echó encima, todos los

viajeros se pusieron a dormir. Sus cabezas, con el vaivén, se movían muertas de un lado para otro, como las de los muñecos de guiñol cuando el guiñolista saca la mano que las mueve.

## PEDAZO 17

LLEGAMOS A MADRID poco después del amanecer, en esas horas que sólo se ven los pobres cuando empiezan a trabajar, o los ricos cuando terminan de divertirse.

Al pisar el andén y ver la bóveda de la estación, no comprendí por qué la habían hecho tan ancha y alta, siendo los trenes tan estrechos y bajitos. Eso, la verdad, tampoco lo comprendo ahora. ¿Por qué harán las estaciones tan grandotas, como si en vez de meter en ellas ferrocarriles fuesen hangares para guardar «zepelines»?

Cuando salí a la calle, el aspecto de Madrid me decepcionó.

«¡Pues vaya una birria de capital! —fue mi primer comentario—. Sólo hay obreros, lecheros y traperos».

Preguntando a unos y otros, llegué a la pensión de la calle del Sombrerete donde vivía Tere. En este primer paseo la gran ciudad no me impresionó, pues como las calles estaban casi desiertas y sólo circulaban por ellas los carros de los traperos, las encontré muy parecidas a las de mi pueblo. Algo más altas y más anchas, pero casi iguales.

Cuando llegué a la casa donde estaba la pensión, subí andando hasta el tercer piso. No me atreví a meterme en el ascensor, pues aunque conocía por referencias la existencia de esos aparatos, desconocía su manejo.

Me abrió la puerta una mujerona en bata y zapatillas, con la cara brillante de crema y la cabeza cubierta de mariposas blancas. Lo que me parecieron mariposas eran, en realidad, papelillos que se había puesto para rizotearse los pelos. Al verme con la maleta me dijo con malos modos que no admitía más huéspedes. Pero cuando expliqué que iba a ver a Tere, apartó sus carnazas de la puerta y me dejó entrar.

El cuarto de Tere estaba al fondo de un pasillo y tenía un balcón a la calle. Ella, que aún estaba en la cama cuando llegué, se puso muy contenta al verme. Yo la encontré más pecosa que nunca y tan rubia como siempre. Cuando supo que no me había desayunado, abrió la trampilla de la mesa de noche donde antiguamente se guardaba un orinal y sacó de allí unas manzanas.

Mientras comíamos las manzanas, le conté todo lo que me había pasado y ella prometió ayudarme. Lo primero que hizo fue hablar con la mujerona, que era la dueña de la pensión, para que pudiese quedarme a vivir allí. La mujerona gruñó un poco. Pero como en el cuarto de Tere quedaba bastante sitio entre el palanganero y el balcón, accedió a ponerme un catre en aquel hueco. Y ése fue el primer domicilio que tuve en Madrid.

Tere trabajaba de manicura en una peluquería de caballeros. Cuando me lo dijo, creí que se estaba cachondeando, pero luego resultó que era verdad.

—¿Es posible que haya tíos tan maricas? —me asombré.

—No son maricas —negó ella.

—Mucho has cambiado tú desde que estás en los Madriles —dije yo—. ¿Qué habrías hecho si en el pueblo hubieras visto al Damián, o al Bernardo, o a cualquier otro mozo, con las uñas pintadas de colorado?

—En primer lugar —me explicó Tere—, las uñas no se las pintan: lo único que hacen es quitarse los pellejos y padrastrós que tienen alrededor. Y en segundo, no puedes comparar a los gañanes del pueblo con los señoritos de Madrid.

—Ya veo que se diferencian bastante.

—Pero no porque a los señoritos les falte hombría, sino porque a los gañanes les sobra guarrería. Aquí no es elegante llevar las uñas negras y llenas de colgajos pellejudos. Cuestión de higiene, ¿sabes?

Me di cuenta de que tendría que amoldarme a muchas costumbres sorprendentes para poder vivir en la capital.

Cuando Tere me preguntó qué planes tenía, contesté que todo dependía de la actitud que adoptara mi violador. ¿Y si Ignacio decidía casarse conmigo? Tan inocente y estúpida era yo entonces, que no había desechado del todo esa posibilidad. Tere me aconsejó que fuera a verle cuanto antes, para tomar una determinación.

—Porque si te manda a paseo —me dijo—, tendrás que buscar trabajo.

—¿Cómo me va a mandar a paseo después de lo que me hizo? —protesté.

—Después de hacer eso precisamente es cuando los hombres suelen mandarnos a pasear.

El miedo que empecé a sentir de que eso ocurriera, hizo que retrasara algunos días mi desagradable visita a Ignacio. Durante este tiempo, salí poco de la pensión. También Madrid me asustaba un poco y no podía habituarme de golpe a su barullo. Lo que más me chocó en mis primeras salidas de exploración por los alrededores del barrio, fue lo fuerte que hablaba la gente y el follón que armaba el tráfico.

¡Qué mareo, jopé! ¡Y cuánto anuncio luminoso que se encendía y se apagaba a cada momento, como si las bombillas estuvieran flojas, o como si la instalación estuviese averiada!

Volvía siempre a casa con la cabeza como una jaula de grillos, de tanto jaleo.

En la pensión cabían cómodamente siete huéspedes. Pero como éramos más de doce, la comodidad se había ido a hacer gárgaras. Apenas recuerdo a mis compañeros de hospedaje, porque yo salía poco de la habitación que compartía con Tere.

Creo recordar que uno de ellos tenía una pierna ortopédica, de aluminio o algo así; y la dejaba por las noches a la puerta de su cuarto, igual que los demás dejaban sus zapatos, para que se la limpiase la criada con los polvos de dar brillo a los metales.

Creo recordar también, aunque no estoy muy segura, que en el cuarto de al lado vivía un músico que tocaba en la orquesta de un teatro. Eso de músico es un decir, porque sólo tocaba el tambor. Y poca música hay que saber, me parece a mí, para dar

golpes con dos palos en una membrana redonda. No obstante (como diría Nati), el tipejo practicaba lo suyo. Y más de una noche nos desveló con sus rataplanes.

He olvidado el nombre de la dueña de la pensión, pero no su cara. Aquella mujerona era tan chata y tenía una pinta de bruja, que daba la sensación de haber sido boxeadora en su juventud. No se comprendía de dónde sacaba las fuerzas para mover con tanta agilidad sus pesadas tetorras y su inmenso culazo. Prácticamente, ella hacía todo el trabajo de la casa: guisaba nuestros condumios, arreglaba las habitaciones y llevaba la contabilidad del negocio en un cuaderno con las tapas de hule.

Tenía una criada para ayudarla; pero, en realidad, esta chica la ayudaba poquísimo porque era pequeña, debilucha y sonrosadita. Más que una criada, parecía una criadilla.

Lo curioso es que la dueña, aquella mujerona tan activa, era una «clase pasiva». Por lo visto, en sus buenos tiempos había tenido un marido que papeleaba en un Ministerio, papeleo que al morir él seguía produciendo a la viuda algunos duros mensuales. Pero como con una pensión del Estado no hay quien coma, la viuda montó su pensión particular para comer ella a cambio de que no comiéramos nosotros. Porque yo, la verdad, pocas veces me he metido entre pecho y espalda unas aguas tan mal disfrazadas de sopas, y unos filetes que casi daban saltos en el plato de los nervios que tenían.

—Estos filetes —me decía Tere a las horas de comer— son tan repelentes y poco nutritivos como los pellejos que yo corto en los dedos de mis clientes.

Y a mí, la verdad, estas comparaciones de mi amiga la manicura me daban tales náuseas, que muchas veces tenía que levantarme de la mesa y acabar las comidas en el «váter».

—¡Huy, huy! —me decía Tere al verme tan mareada—. ¿A ver si el tal Ignacio te ha dejado de recuerdo un Ignacito? Yo que tú, iría a verle cuanto antes.

Y eso fue lo que hice. No sólo por si las moscas, sino también por si los nenes.

## PEDAZO 18

LA REPRESENTACIÓN en Madrid de la fábrica de productos químicos, donde se había enchufado Ignacio gracias a su padre, estaba en una calle con nombre de santo. En las ciudades españolas, ya se sabe: la nomenclatura de todo el casco urbano se la reparten entre los santos, los pintores y los militares.

Las señas me las averiguó Tere consultando la guía telefónica. Puede que el santo fuese San Apapurcio, o alguno así de insignificante, porque la calle era bastante estrecha y corta. Las oficinas estaban en un primer piso, debido a que la planta baja se usaba como almacén de todas las cochinaditas que producía la fábrica. Recuerdo que en la escalera había un desagradable olor a medicinas, como en la alcoba de un moribundo. También las oficinas olían a lo mismo, pero no tanto.

Pregunté por Ignacio a un ordenanza que estaba tirado en una butaca del vestíbulo, y el hombre se levantó rompiendo la envoltura de telarañas que se le había formado alrededor a fuerza de no moverse.

—Voy a avisarle —dijo.

Y se alejó por un pasillo gruñendo:

—Está visto que no le dejan a uno dormir tranquilo durante sus horas de trabajo.

Esperé en el vestíbulo con el corazón dándome golpes dentro del pecho izquierdo, pues yo no tenía ni la menor idea de lo que iba a decirle al fulano cuando lo tuviera delante. Mi obligación era estar furiosa por lo que me hizo; pero la furia se me disolvía para transformarse en vergüenza cuando pensaba que me vería obligada a hablar con él de lo que pasó en el pajar entre nosotros. Tener que sacar a relucir aquellos detalles íntimos, me ponía más colorada que un pimiento.

En vista de lo cual decidí esperar a que entrase en el ruedo aquel cornúpeto, sin decidir de antemano cómo iba a torearle. Seguí en esto el ejemplo de los buenos toreros, que tampoco deciden la faena que harán hasta no ver las intenciones que trae el bicho.

Cuando el bicho que yo esperaba entró en el vestíbulo, se detuvo en seco al verme. Claro: como no di mi nombre al ordenanza, el bicho había salido de su chiquero sin saber lo que le esperaba.

—¡Tú! —exclamó, lo mismo que en esas novelas escritas hace una porrada de años.

—Sí, yo —remaché, para que no hubiera dudas sobre mi identidad.

Tuve la sensación de que al bicho se le doblaban las patas, como si acabase de recibir un puyazo en todo lo alto. Me pareció que, a pesar de su elevada estatura, el susto le había empuqueñecido. Estaba rajado, vamos.

Pero como yo entonces no tenía ninguna experiencia en manejar a los machos, por muy cabríos que fuesen, no supe aprovechar su rajamiento. Y en vez de sacarle

partido a su minuto de debilidad, le di tiempo para que se rehiciera.

—Me alegro mucho de verte —mintió el morlaco cuando se rehízo—. Pero será mejor que nos veamos en otra parte. Aquí no podríamos hablar con tranquilidad. ¿Quieres esperarme en un café que hay en la esquina? Bajaré en seguida.

Ahora comprendo que hice mal en aceptar, y que debí amenazarle con ponerme a dar gritos allí mismo para que se enteraran todos sus compañeros de oficina. Pero como yo estaba pasando tan mal rato como él, le dije que bueno y me fui a esperarle en el café. Culpa de la cochina vergüenza que aún me quedaba entonces. Porque si un becerro me hiciese hoy una charranada así, ¡a buena hora iba a dejarle que eligiera él mismo el terreno para la embestida!

El café era viejo, sucio y abandonado. Se notaba que nadie se ocupaba de él, porque sus dueños sabían que estaba condenado a convertirse en banco, como todos los locales situados en las esquinas madrileñas.

Recuerdo que pedí un tazón de café con leche, y un chusco para migarlo y hacer sopas. El camarero me dijo que no tenían tazones ni chuscos; y me trajo un vaso con el líquido, acompañado de una rebanadita de pan que daba risa.

Ignacio llegó mucho rato después, cuando ya no me quedaba ni gota en el vaso ni miga en el plato. Llegó tranquilo, pues había tenido tiempo de serenarse y de pensar lo que me iba a decir.

—¡Vaya, Mapi, vaya! —empezó, sentándose a mi lado—. ¿Cuándo llegaste del pueblo?

—Hace unos días.

—¿Y dónde vives?

—En una pensión. —Y para no perder el tiempo en prólogos tontainas, pues yo quería ir al grano cuanto antes, concreté—: Calle del Sombrerete, número diecisiete.

—Cae en verso —rió él—. ¿Y qué haces tú por Madrid?

—He venido a verte —contesté con bastante sequedad.

—¿Sólo a eso? —añadió haciéndose el perplejo—. ¿Y a qué debo el honor de tu visita?

Hablaba con tanta tranquilidad, que empecé a sentir rabia.

—Lo sabes muy bien —dije mirándole tan seriamente que las cejas se me llenaron de frunces.

—¿Yo? No tengo ni idea. Pero si quieres explicármelo y puedo servirte en algo, lo haré con mucho gusto.

Noté que la rabia me empezaba a trepar por esos tubos que tenemos dentro, con intención de subírseme a la cabeza.

—¿Vas a decir que no te acuerdas de las fiestas de la vendimia? —dije levantando la voz.

—¡Claro que me acuerdo! —dijo él sin levantar la suya.

Y después de tomar un sorbo de una copa que había pedido, añadió sin inmutarse:

—Sentí por cierto que me llamaran urgentemente de Madrid y no poder quedarme hasta el final. Porque lo pasamos muy bien, ¿verdad?

—Sobre todo tú —le solté, cada vez más indignada.

—¿Tú no? —siguió haciéndose el tonto—. Bueno, claro: te emborrachaste de tal modo, que no te acordarás de nada. ¡Menuda cogorza tenías! Tan mala te pusiste a última hora, que ni siquiera podías tenerte en pie. Y cuando fuimos a ver los fuegos artificiales...

—¿Qué fuegos artificiales?

—Los que echaron en las afueras a medianoche. ¿Ves como no te acuerdas de nada? Te empeñaste en que fuéramos. Y tan mala te pusiste, que a la vuelta tuve que dejarte en un pajar para que durmieras la mona.

—¡Ahí quería yo ir a parar! —salté yo.

—¿Adónde?

—Al pajar.

Si yo no llego a saber que él sabía lo que sabíamos los dos, me hubiera despistado la cara de extrañeza que puso. Porque le echó tanta inocencia al rostro, que no parecía un hijo de ingeniero químico, sino una hija de María.

—No sé lo que te pasaría en el pajar —me dijo encogiéndose de hombros—, porque me fui en cuanto te dejé dormida sobre un montón de paja.

—¿No me hiciste nada? —pregunté haciendo un esfuerzo para vencer la vergüenza que se me mezclaba con la rabia.

—Sí —reconoció Ignacio—: te puse un haz de paja bajo la cabeza, para que te sirviera de almohada.

Debí preguntarle si a continuación no me puso algo más en otro sitio, pero no me atreví. La cara me ardía. Tuve que sujetarme la mano derecha con la izquierda para contener el tembleque que me entró.

El muy cerdo había decidido negarlo todo, aprovechándose de la timidez que me impedía llamar a las cosas por su nombre: al pan pan, y al virgo virgo.

Tanta congoja sentí al ver la actitud de aquel canalla, que los ojos se me llenaron de lágrimas y la vista se me nubló. Comprendí que en estas condiciones, temblorosa y cegata, no podía continuar aquella escena. Estaba haciendo el ridículo, pues yo entonces era muy jovencilla y me faltaba coraje para hacer lo que aquel gorrino se merecía: estamparle en la cabezota la jarra de agua que había encima del velador.

—Pero ¿qué te pasa, Mapi? —me preguntó con su asquerosa hipocresía, al ver que me levantaba y me iba—. ¿Adónde vas?

Llegué a la pensión llorosa y avergonzada. Aquella noche no quise cenar, ni tampoco pude dormir. Tere trató de consolarme diciéndome que los cerdos, comparados con los hombres, eran unos animales muy finos, educados y limpios.

—¡Si oyeras las proposiciones que me hacen en la peluquería, mientras les arreglo las uñas y los pellejos! —me contó—. Hay veces que me dan ganas de coger los alicates y cortarles un dedo.

A la mañana siguiente, la dueña me dio un sobre que un «botones» había traído para mí. Ponía lo siguiente:

*Señorita Mapi: Pensión Sombrerete, 17. - E.P.M.*

Tere no sabía que estas letras finales significaban «en propia mano». Y yo, que estaba muy deprimida y pesimista, pensé que querrían decir «en paz se muera», o algo así. Dentro del sobre encontré un billete de quinientas pesetas, doblado dentro de una nota sin firma que sólo decía:

«Perdóname».

Pero como el papel de la nota despedía un olorcillo a farmacia y cosa química, supe en seguida quién me había hecho el envío.

Mi primera reacción fue de rabia mezclada con asco. ¿Creía aquel canalla que por quinientas miserables pesetas iba a perdonarle la gorrinada que me hizo en el pajar, y lo que sufrí cuando lo negó en el café?

Tan furiosa me puse, que rompí el billete en pedazos. En pocos pedazos, afortunadamente, gracias a lo cual pude pegarlos cuando la furia se me pasó y la dueña me recordó que ya le debía una semana de pensión completa.

Aquel dinero, fruto de mi primer contacto con el sexo contrario, marcó la línea que seguiría mi destino en los contactos que iba a tener en el futuro. Mejor habría sido que Ignacio, en vez de quinientas pesetas, me hubiera mandado una docena de rosas. Puede que así yo hubiera sido siempre, en los asuntos amorosos, más romántica y menos materialista.

Estoy convencida de que el destino de una mujer cambia completamente si, en el preludio de su vida sentimental, recibe la caricia de unas flores en vez del puñetazo de unas monedas.

## PEDAZO 19

UNOS DÍAS DESPUÉS de todo aquel follón, sentí mis habituales dolores de riñones. Y comprobé con alivio que mis mareos y náuseas a las horas de comer obedecían únicamente a la pésima calidad de la cocina que padecíamos en la pensión. En medio de la desgracia hubo suertecilla, porque nada me hubiese repugnado tanto como haber tenido un cabrito de aquel etcétera.

Aunque en aquellos años medio billete de mil valía el triple que ahora, no era una cantidad capaz de resolver el porvenir de nadie. Y como a pesar de lo ocurrido yo seguía siendo una chica decente, tuve que buscar trabajo.

Tere se ofreció a enseñarme su oficio de manicura, para que me colocase en la peluquería donde ella despellejaba los dedos a los señores. Y yo acepté. Por las noches, después de la bazofia que la dueña llamaba cena, Tere me daba lecciones.

Poco a poco, fui aprendiendo el manejo de las limas, lijas, tijeras y vaselinas que llenaban su estuche de instrumental. Advertí a Tere que nunca fui mañosa, y le conté que mi madre me prohibió que pelara patatas porque me llevaba casi toda la carne adherida a la monda. Tere me tranquilizó explicándome que los dedos humanos son más duros que las patatas, y que no era fácil pelar carne junto con los pellejos hasta dejar los huesecillos al aire.

Esta explicación me dio confianza en el manejo de todos los chirimbolos, desde el palitroque para empujar las pieles hasta los alicates para cortarlas.

Tardé poco en aprender las lecciones teóricas. Para las prácticas, pedimos al huésped cojo que hiciera de conejo de Indias. Sospecho que el hombre aceptó con malas intenciones, confiando que su sacrificio le valdría sacar plan con alguna de nosotras. Pero lo único que sacó fue unas cortaduras en los dedos que le hicieron sangrar de lo lindo.

El abnegado cojo aguantó los sufrimientos todo lo que pudo. Hasta que mis tajos fueron tan sangrantes y numerosos, que se negó a seguir sometiendo sus manos a mis torturas. Al final me dijo que siguiera practicando en los dedos de su pierna ortopédica.

—No te preocupes —me consoló Tere—. Ya has practicado bastante. Ayer hablé con el encargado de la peluquería, y está de acuerdo en que empieces a trabajar mañana mismo. Te darán un estuche de herramientas como el mío, y una bata blanca como la que uso yo.

Me sentía tan acobardada como un novillero que, sin más experiencia que la de haber toreado malamente una única vaquilla coja, tuviese que lidiar pronto torazos de verdad.

—Vamos, no te amilanes —me animaba Tere—. Tú procura no salirte de la uña y los pellejos, y verás qué bien te va.

La peluquería era grande y céntrica. Había en ella más de una docena de sillones en los cuales ponían guapos a los señores ricos. Unos iban a que les quitaran los pelos sobrantes, y otros a que les masajearan las calvas para recobrar los pelos faltantes. A los que iban a afeitarse les ponían unas grandes barbas de jabón, al estilo de Papá Noel, con las que estaban preciosísimos.

Además del estuche y la bata, me dieron también un taburete para que me sentara al lado del cliente que reclamase mis servicios.

Lo malo fue que un infeliz los reclamó en seguida. Y yo, temblando como un flan, fui a sentarme con mi taburete junto a su sillón. El señor era muy gordo, como la mayoría de los ricos, y el volumen de su barrigota le obligaba a sentarse espatarrado. No le vi la cara, porque la tenía envuelta en un paño caliente que le puso el peluquero. Pero me tendió una de sus zarpas, que parecían un manojo de cinco morcillas unidas a un morcillón central.

Las uñas de aquellos dedazos eran chatas y mucho más duras que el celuloide. Desde el nacimiento de cada uña, una marea de pellejo había ido subiendo hasta cubrirlas casi por completo. Allí había faena para una cuadrilla de manicuras expertas, trabajando todas a la vez.

Lo primero que hice fue cocer aquellas morcillas en un cacharro de agua caliente, para ablandarlas. El gordinflas se resistió un poco a meter la mano en el agua, pues el cacharro humeaba como la chimenea de un barco. Al fin le convencí y tuve su zarpa en remojo unos minutos, como me había enseñado Tere.

No ocurrió nada de particular hasta el momento de meter la tijera. Por lo visto los nervios me hicieron meterla con demasiada profundidad en esa zona tan sensible que hay entre la carne y el nacimiento de la uña, y el gordinflas lanzó un alarido que puso de punta todos los pelos de la peluquería.

El «chin-chín» metálico del tijereteo cesó bruscamente, mientras todos los ojos fueron a clavarse en el cliente que yo había torturado. Me puse tan colorada como la sangre que salía del dedo herido, y no sé cómo me las apañé para emprender la retirada, abandonando en el campo de batalla, las armas del estuche y el bagaje del taburete.

A Tere, por ser manicura y por haberme recomendado, estuvieron a punto de ponerla de manitas en la calle. Menos mal que ella logró conservar su colocación, prometiéndole al encargado que se dejaría invitar por él a la última fila de un cine oscuro.

Total: que la sangre no llegó al río, porque el cliente que yo agujereé se puso una venda en la punta del dedo. Y yo me dediqué a buscar trabajo en esos anuncios chiquirritajos que trae la prensa.

—«Necesito con urgencia chica para todo» —me leía Tere.

—¡Huy, no! —me asustaba yo—. Debe de ser uno de esos maniáticos sexuales,

que se vuelven locos cuando llevan un rato sin tener una chica puesta.

Entre otros, Tere me leyó éste:

—«Busco señorita para niños».

—¿Para hacerlos? —me informé, desconfiada.

—No, mujer: para acompañarlos. —Y me explicó—: Es un empleo que se ofrece mucho aquí. A los madrileños pudientes les gusta tener niños; pero luego no saben qué hacer con ellos, y pagan bien a las personas que están dispuestas a soportarlos. El trabajo es sencillo: consiste en sacar a los críos de paseo, como si fueran perritos, y en echarles un vistazo mientras juegan, para que no se hagan demasiadas pupas.

—¿Eso es todo?

—También hay que vestirlos por las mañanas con todos sus trapos, baberos y refajos, y desnudarlos por las noches para que descansen de todas las burradas que hicieron durante el día.

—Es una colocación muy buena para mí —opiné.

—Desde luego. Pero puesto que eres tan poco mañosa, elige una casa donde haya muchos niños.

—¿Por qué?

—Porque así, si alguno se te mata en un descuido, no lo echarán tanto de menos.

## PEDAZO 20

SIGUIENDO LOS CONSEJOS de Tere, que en cuestiones de sensatez era una tía pipuda, me coloqué de chacha para nenes. Hay cursis que se hacen llamar «señoritas de compañía», pero la verdad es que son tan chachas como las que guisan o friegan los retretes.

Los señores que me admitieron no se molestaron en pedirme informes, porque yo era la sexta candidata que ocupaba el puesto en menos de tres meses. Ninguna de mis antecesoras había resistido más de dos semanas, cosa que me sorprendió porque los señores parecían simpáticos. El señor era un pedazo de pan, y la señora una pedaza de lo mismo.

También los niños eran unos pedazos; pero no de pan, sino de bestias. Al conocerlos, dejó de sorprenderme la procesión de cuidadoras que había desfilado por la casa, y me extrañó en cambio que no hubieran puesto en la puerta un cartel con esta advertencia: «Cuidado con el Paco».

Porque el Paco era mucho más feroz que un perro. Había vecinos que llevaban un tobillo vendado, debido a que Paco les tiró un mordisco cuando bajaban por la escalera; y proveedores con brazos escayolados, porque Paco les puso una zancadilla.

Si alguien lee algún día estos papeles, pensará: «¡Qué poco discurría esa gente! Si el tal Paco era tan bestia y peligroso, ¿por qué no le cogían y le daban unos buenos palizones para que dejase de incordiar?»

Y yo contesto: porque no era tan fácil, ¡mira qué gracia! Paco tenía un hermano gemelo, que se llamaba Pepe. Y cuando alguien quería coger a Paco para zurrarle por alguna diablura, siempre se equivocaba y cogía a Pepe.

—¡Suéltame, que yo soy Pepe! —suplicaba el gemelo echándose a llorar.

Y como todo el mundo sabía que Pepe era un santo comparado con Paco, le soltaba sin hacerle ningún daño. A mí, la verdad, me parecía demasiada coincidencia que siempre que buscaban a Paco atrapasen a Pepe. Pero como los dos hermanos eran idénticos, resultaba imposible demostrar el truco que se traían para hacer lo que les diese la gana. Porque yo estoy segura de que Paco pasaba por Pepe, y Pepe por viceversa, según de donde soplasen las bofetadas. Pero siempre tuve que callarme por falta de pruebas.

Además de este golfillo repetido, que me daba muchos dolores de cabeza, había en la casa otro bichito que cuidar: un tarugo al que llamábamos «la nena», que se pasaba el día llorando y diciendo que sus hermanos le habían pegado.

Aquel oficio de cuidar bestezuelas no se me dio del todo mal. Cometí algunos errores, claro está, porque una no es infalible. Pero fueron errorcillos de poco bulto. Recuerdo, por ejemplo, lo que me ocurrió cuando la nena tuvo aquellas anginas flemonosas que la tuvieron en un grito.

—Mapi —me dijo la madre—. ¿Puso usted ya a la nena los supositorios que le recetó el doctor?

—Sí —contesté yo—. Ya le puse los dos.

—Pues no lo entiendo —comentó la señora—. Porque le han hecho un efecto rarísimo: en lugar de curarle las anginas, la han dejado completamente sorda.

—A mí, en cambio, no me extraña —dije yo—. ¿Cómo no va a quedarse sorda, con los tapones de unos supositorios tan gordos?

—¡Pero, mujer! —se horrorizó la madre—. ¿Dónde le puso usted los supositorios?

—Pues uno en cada oreja. Como me pareció que tenían forma de tapón...

Recuerdo que en otra ocasión me confundí también, y le puse a la nena por el pompis unas gotas nasales. El asunto orificios del cuerpo yo no lo dominaba mucho, y confundía su situación geográfica con mucha frecuencia.

Aparte de estas pequeñas pifias, no llegué a hacer ninguna trastada grave en aquella casa. Siento haber olvidado el apellido de aquellos señores, porque eran muy majos. Y aprovechando que ahora vivo como una señora, aunque en el fondo no lo soy, les mandaré por Navidad un «crisma» de esos con mucho pegote dorado. Creo acordarme de que tenían un nombre vasco, de esos muy largos que suenan a ingredientes de medicamento: Arreguigiotipirina, Acetilsalicigoitia o Antiparraguirre. Algo así, pero no atino con la fórmula en la que intervienen a partes iguales la química y el vascuence.

No importa demasiado, porque después del tiempo transcurrido los padres de la nena y los gemelos ya no me recordarán. La verdad es que me veían poco, pues formaban uno de esos matrimonios que sólo paran en casa los minutos precisos para hacer un niño; pero no las horas que se necesitan para ocuparse de él. Tampoco yo podía reprochárselo, porque para eso me emplearon.

Mi trabajo se limitaba a evitar que los hijos se mataran mientras sus padres se divertían. Es posible que yo sola hubiese fracasado, porque ya dije que los gemelos eran unos cabroncetes en el buen sentido de la palabra. Pero me ayudaban en la tarea una cocinera, una doncella, un profesor particular y una mujer ya mayor a la que llamaban «cuerpo de casa» (sin duda porque era la más gorda de toda la servidumbre). Gracias a la alianza de todas estas fuerzas domésticas, no se producían bajas definitivas en la prole de aquella familia.

Debo reconocer que quien más me ayudó en aquella colocación, fue el profesor particular que les habían puesto a los niños para irles quitando la burricie. El profesor iba a casa todos los días a las siete de la tarde, y se estaba dos horas dale que te pego, tratando de meter alguna enseñanza en las molleras de los chavales.

—¡Escucha al «profe», bruta! —decía yo pegando un capón a la nena, que era muy propensa a pasarse la clase dando manotazos a las moscas—. ¡A ver si

despabilas con las cosas tan curiosas que cuenta este señor!

Porque el individuo era un culto de tomo y lomo, que lo mismo te hablaba de un rey godo llamado Ataúlfo que de un cucarachón llamado coleóptero.

Parecía mentira que a un hombre tan joven le cupiesen tantas sabidurías entre la frente y la nuca. Pues aunque todos le llamábamos profesor, era en realidad un estudiante que se iba costeando su carrera dando clases de cosas facilonas que él sabía de memoria.

—Hoy —decía a los niños al empezar la clase—, os hablaré de las fanerógamas.

—¡Bravo! —gritaban los niños con falso entusiasmo; pues a ellos, como nunca escuchaban, les importaba un pito que les hablasen de las fanerógamas o de las musarañas.

Y el profesor empezaba a hablar de las fanerógamas. Hablaba bien de ellas, que conste, porque era un hombre muy correcto y nunca criticaba a nadie. Tenía una voz agradable, tirando a ronquilla, y yo le escuchaba con gusto, aunque sin entender ni papa de lo que decía sobre estambres, pistilos y otras hilachas que tienen los floripondios.

—Hoy —decía otra tarde—, os hablaré de los renacuajos.

¡Hasta de los renacuajos, madre mía, a pesar de lo asquerosos que son, hablaba bien aquel bendito!

Y cuando hablaba, se ponía hasta guapo. Porque el «profe» no era tipo galán de cine que gusta a las chicas, sino más bien tipo sabio que no tiene ni pum de éxito con el mujerío. Y el caso es que no era cheposo, ni calvo, ni usaba gafas. Pero se notaba que era un intelectual en que tenía el pecho hundido, sabía versos y trataba a las mujeres con buena educación.

A mí, la verdad, me fue gustando poco a poco, pues yo estaba en esa edad tonta en que las chicas se pirran por todos los pantalones con algo dentro que pasan por delante de sus narices. Y cuando supe que el tío se llamaba Rodolfo, mucho más. Porque Rodolfo siempre ha sido un nombre de novela que chorroa romanticismo como una esponja. Y a mí las novelas, aunque nunca tengo tiempo de leerlas, me chiflan.

Así, en un ambiente culto lleno de fanerógamas y renacuajos, comenzó el amorío más bonito que tuve en mi vida.

## PEDAZO 21

ADEMÁS DE BONITO, el amorío fue práctico; porque Rodolfo me enseñó a leer y a escribir. Como a él le pagaban las lecciones que los niños no querían escuchar, decidió dárme las a mí.

—¿Cómo adivinaste que yo era analfabeta? —le pregunté algún tiempo después, cuando tuve más confianza.

—Porque muchas tardes, cuando entrábamos en el cuarto de los niños a dar la clase, Paco había escrito en la pizarra una palabrota que empieza por «co» y termina por «ño». Y observé que tú, al verla, no te ponías colorada. Deduje, por lo tanto, que no sabías leer.

El tipo, como puede verse, era astuto. Demostró su astucia más aún enseñándome los trucos de la lectura y escritura en muy pocos meses.

Nuestros primeros diálogos de amor fueron bastante curiosos:

—¿La «p» con la «i»? —me preguntaba él, con arrobó.

—Pi —respondía yo, bajando los ojos con recato.

—¿Y si a «pi» le añades la «t» con la «o»? —insistía Rodolfo, mirándome con intensidad.

—Pito —suspiraba yo, con rubores por todas partes.

Así nos pasábamos mucho rato todos los días diciéndonos dulces palabritas, que no eran de amor, pero que a mí me lo parecían. Porque ya digo que aquel enamoramiento me dio empalagoso. Todas las muchachas, creo yo, han tenido algún amorcijo romántico. Es una enfermedad juvenil que conviene pasar cuanto antes; cuando aún no se piensa seriamente en el porvenir. Porque ¡aviada estaría una si pretendiese resolver su vida a base de profesorcillos o de poetas!

Rodolfo tardó bastante tiempo en darse cuenta de que estaba colado por mí. Claro: como era un intelectual, resultaba más bien frígido para captar las llamadas de su libido. Así al menos es como se ha explicado Nati la tardanza del gachó en darse cuenta de sus sentimientos hacia mí.

Por lo visto, esto de manejar demasiado el intelecto es peligroso, pues hay tíos que se abstraen tanto en sus pensamientos, que no se fijan por dónde andan y van a parar sin darse cuenta a la acera de enfrente.

Rodolfo, gracias a Dios, nunca llegó a tanto. Pero, como todas las personas con mucha vida interior, era tímido y sensible. A veces, en mis ejercicios de lectura, aparecía en el libro que empleábamos una estatua tetuda, con todo al aire. Pues en vez de sonreír él mientras yo me ponía colorada, ocurría la viceversa: me reía yo y se ponía colorado él.

Estas timideces, que ahora me parecerían ridículas en cualquier fulano, me enternecían en Rodolfo. ¡Lo que es el enamoramiento, caramba! También él tenía

atenciones conmigo, y me recitaba unos versos la mar de bonitos que poseían una cualidad muy curiosa: la última sílaba de una línea sí y otra no, eran iguales. Bonita coincidencia, ¿verdad? Pondré un ejemplo para que se entienda mejor:

Si por ejemplo el segundo verso acababa en la palabra «vaca», el autor tenía que ingeniárselas para ponerse furioso en seguida con la vaca; y así podía pegarle al final del verso cuarto con una «estaca». Ingenioso, ¿no?

¡Qué memoria tenía Rodolfo, jolín! Era capaz de estarse recitando versos distintos, sin parar, durante dos horas consecutivas. A mí me gustaba oír su voz ronquilla soltando esas letanías de palabras bonitas, que lo mismo acababan en «aca» (como «vaca» y «estaca») que en «ón» (como «pasión» y «mamón»).

A lo tonto, a lo tonto, fui aprendiendo a leer. Por las mañanas, cuando salía de paseo con los niños, practicaba leyendo los letreros de las tiendas: «Perfumería», «Zapatería», «Pescadería»...

«¡Qué útil es saber lectura! —filosofaba yo dándome palmadas en la frente—. Gracias a ella, sé de antemano en qué tienda tengo que entrar para adquirir lo que necesite. Si no supiera leer, entraría a comprar pescado en la zapatería y perfume en la pescadería».

Algunas mañanas, aprovechando que el sol invernal lograba hacer un roto en las nubes que cubrían el cielo, llevaba a los niños al parque del Retiro. Y allí se presentaba Rodolfo, haciéndose el encontradizo. Y mientras los gemelos zurraban a la nena, o se mordían los cogotes respectivos, el profesor me llenaba de poemas las orejas.

Un día, cuando andábamos los dos pringados en aquel espeso jarabe romántico, Rodolfo me dijo ruborizándose:

—Tengo que hacerte una confesión.

Me eché a temblar temiendo que me dijese que era impotente, o de la piompa, o algo raro. Y le rogué que se apresurara a desembuchar.

—Debo confesarte —me dijo entonces— que me apellido Pellejo.

Puse tal cara de boba al oír aquello, que Rodolfo me dio toda clase de explicaciones:

—Comprendo que debí decírtelo hace tiempo, para evitarte una desilusión. Pero temí que no pudieras resistirlo y que te negaras a seguir saliendo conmigo. No tuve valor para confesarte la vergüenza que pesa sobre mí desde que vine al mundo, y de la que no podré librarme mientras viva. ¡Soy un Pellejo! Junto a mi nombre, que rezuma romanticismo, aparece siempre este apellido ordinario, feo y brutal como una bofetada.

Así, más o menos, habló el infeliz. Y me dijo para terminar:

—Sé que es pedir demasiado, pero te suplico de todo corazón que me perdones por apellidarme Pellejo.

Yo le perdoné, naturalmente, pues a mí la desgracia del «profe» no me pareció tan grave. Me di cuenta, desde luego, de que aquel Pellejo basto y vulgar se despegaba mucho de ese Rodolfo sugeridor y suspirante. Pero tampoco era para ponerse así.

—En mi pueblo —le dije para consolarle—, había un señor que no sólo se apellidaba Cabrito, sino que además lo era. Y vivía tan feliz.

—No es lo mismo, Mapi —negó él tristemente—. Porque tú conoces mi manera de ser y la delicadeza de mis sentimientos. Para un bruto cualquiera, no tiene importancia apellidarse Pellejo, Marrano o Nalgudo. Pero cuando se es un romántico como yo, que no sólo se sabe de memoria los versos ajenos, sino que además escribe por su cuenta los suyos propios...

—Si tanto te duele tu apellido —le sugerí—, ¿por qué no te quitas el Pellejo de tu padre y usas el de tu madre?

—Porque eso sería salir de Málaga para entrar en Malagón —suspiró Rodolfo—. Mi madre, por si no tuviera yo bastante con el Pellejo de papá, se apellida Raboso. ¿Crees que mi triste situación se aliviaría si cambiase la ordinariéz del pellejo por la ridiculez de un rabo?

El poético chico, lo reconozco, no había tenido demasiada suerte con la nomenclatura de su parentela. Pero como yo no di demasiada importancia al asunto, nuestro idilio siguió corriendo tan dulce como un regato de almíbar.

## PEDAZO 22

DESPUÉS DE UN TONTEO que duró no sé cuántas semanas, vino la historia de nuestra fuga. En realidad, no había ninguna razón para que nos fugáramos, porque nadie se oponía a que hiciésemos lo que nos diera la gana: yo estaba sola en Madrid, y Rodolfo también. Pero le habíamos echado tanto «romance» a nuestro amorío, que la fuga era el broche final para darle más aliciente.

Han pasado bastantes años desde todo aquello, pero aún lo recuerdo con cierta emoción. Y a veces, cuando he tomado algunas copas de más, hasta lloro al recordarlo. Porque es posible que aquél fuera el gran amor de mi vida. Por lo menos, de eso sí que estoy bien segura, fue por mi parte el más sincero y desinteresado.

Tanto a Rodolfo como a mí, el corazón nos latía con fuerza mientras íbamos haciendo los preparativos para la gran aventura.

—Nadie podrá oponerse a que nos amemos —me susurraba él en la oreja.

—Nadie —repetía yo, que estaba tan tarumba como él.

—Viviremos nuestra gran pasión a la orilla del mar —seguía susurrándome al oído.

Eso me emocionaba también, porque yo nunca había visto el mar. Y la verdad es que sentía bastante curiosidad por ver ese montón de agua, lleno de barcos por fuera y de peces por dentro.

Es indudable que les amores ilusionan más cuando hay en ellos algún estímulo de tipo turístico. Porque el besuqueo, el toqueteo y todo lo demás, es divertido pero dura poco. Por ese motivo, creo yo, se hacen los viajes de boda.

Estoy convencida de que muchas novias no se casarían a palo seco. Quiero decir si todo se redujera a acostarse con un señor, y ¡cataplum! Pero el cebo de ver Mallorca, hace picar a muchas. Porque a las señoritas que siempre han vivido tierra adentro, sin ver más agua que la del grifo de su bidé, les hace una ilusión bárbara ver una isla rodeada de Mediterráneo por todas partes. Ese aliciente ayuda mucho a tomar la decisión de soportar a un hombre dentro de la propia cama, que no para de molestar durante toda la noche: cuando está despierto, soba; y cuando está dormido, ronca.

A mí, no lo niego, la posibilidad de echar un vistazo al mar me animó mucho a fugarme con Rodolfo.

Recuerdo muy bien el día de nuestra fuga, porque tuve que levantarme a las seis de la mañana. El cielo de Madrid empezaba a mancharse con la asquerosa luz del amanecer.

(Asquerosa, sí. Nunca he comprendido por qué la aurora, esa grosera que nos enciende el día en las narices para que no podamos seguir durmiendo, tiene tan buena prensa. Todos los poetas hablan bien de ella, como si fuera una tía guapa. Yo, que

debido a las actividades que ejerzo me he visto obligada a presenciar muchos amaneceres, considero que es un espectáculo desagradable y repugnante).

Rodolfo se disculpó por haber organizado la fuga tan temprano, pues el índice de romanticismo que se tiene a las seis de la mañana es bajísimo: a esa hora toda la gente está adormilada, y lo único que se puede sacar de ella es bostezos redondos como rosquillas.

—Ya sé —me dijo apenado cuando me reuní con él en el portal donde nos citamos— que la hora ideal para fugarse es la medianoche. Y si hay luna, mucho mejor. Pero a veces la situación económica de los fugados obliga a introducir modificaciones en el horario. Cuando el presupuesto no alcanza para pagar los billetes en un lujoso expreso nocturno, hay que atizarse un madrugón de bigote para economizar en un transporte diurno.

—Eso es lo de menos —dije yo mirándole con unos ojos tan cargados de amor como de sueño.

—Tienes razón, vida mía —sonrió él—. Aunque nosotros tuviéramos que viajar en una lentísima carreta, lo importante es que nuestros corazones vuelan ya raudos hacia la felicidad.

Por suerte no hicimos el viaje en una carreta, como temí cuando Rodolfo la mencionó; pero tampoco tomamos ningún avión, con el cual no nos habríamos distanciado de nuestros corazones, que volaban por su cuenta. Ni lo uno, ni lo otro: fuimos en un camión.

Al montar en él recibí un anticipo olfativo del mar, pues toda su estructura apestaba a marisco. Aquel armatoste se dedicaba al transporte de gambas entre Málaga y Madrid.

Nos acomodamos en la cabina junto al conductor, que era gordo y malagueño, colocándome yo en medio: entre él y Rodolfo. El camión no llevaba radio, pero el chófer la suplía canturreando sin parar coplas de su tierra. Eran unas coplas muy tristes, en las que siempre había alguien que tenía siete puñales clavados en alguna parte por culpita del «queré». Oyendo a aquel tipo se tenía la impresión de que en España, de Despeñaperros para abajo, toda la gente estaba patas arriba cosida a puñaladas.

—«Utede» a lo suyo —nos dijo al arrancar en Madrid guiñándonos un ojo—. Como sí yo no existiera. Porque el «queré» es lo primero. Y yo ni oigo ni miro.

Con lo cual quería decir que podíamos arrullarnos con entera libertad, sin que él protestase ni se escandalizara. Nosotros se lo agradecemos, porque cuando una pareja se fuga no lo hace para estarse sentadita y con las manos quietas.

Al llegar a Aranjuez, Rodolfo y yo cambiamos de sitio. El conductor nos dijo que no miraba ni oía, pero sí tocaba. Y cada vez que manipulaba la palanca del cambio de velocidades, se le iba la mano a mi pierna izquierda, que le quedaba muy cerca.

—«Uté» perdone —se excusó al ver que cambiábamos de sitio—. Como la rodilla de la señorita es tan redondita como la bola de la palanquita...

Cuando entramos en el desierto manchego me acordé de mi pueblo, que estaba por allí, tirado en algún rincón de aquella tierra chata y pobre. La verdad es que me acordé poco, porque el pedazo de vida que pasé en él fue bastante asqueroso.

Rodolfo aprovechó la ocasión para hablarme de un tipo flaquirucho, que andó o anduvo (táchese la palabra que no convenga) por esos andurriales. Aquel flaco, según me dijo, estaba mal de la azotea y se hizo bastante popular con el remoquete de «Quijote». Por lo visto al tío le dio por recorrer la Mancha montado en penco, haciendo tonterías y disparates para divertir a la gente de los pueblos. Lo mismo que un payaso, sólo que vestido de hojalata y sin pintarse la nariz de colorado.

Debió de ser, por lo que me contó Rodolfo, una especie de saltimbanqui muy famoso, pues todavía se habla de él. ¡Qué tiparracos más pintorescos aparecen a veces en el mundo!

Un escritor mutilado —no recuerdo bien si manco o cojo— escribió las andanzas del tipo ese en un tomo muy gordo. Y se forró. Otros escritores, en cambio, eligen protagonistas menos chalados y más importantes, y no sacan ni para pagar a la patrona. Así de injusta es la vida.

Cerca de Valdepeñas tuvimos un pinchazo. Aunque se dice así en lenguaje corriente, es fácil de comprender que quien pinchó fue el camión. La reacción del conductor fue muy poco romántica, pues por su boca salieron borbotones de palabrotas: empezó por cagarse en la madre del camión, que era la General Motors Corporation. Y después de pringar bien a la General Motors, demostrando una extraordinaria capacidad intestinal, continuó repartiendo basura sobre muchas cosas más. Pero sus barbaridades no herían nuestros oídos, porque las decía con acento malagueño. Y ya se sabe que los «tacos» se suavizan hasta perder todas sus aristas cuando se pronuncian en andaluz.

Como nosotros éramos pasajeros que habíamos pagado, nos fuimos a comer a una taberna que había cerca de allí, al borde de la carretera, dejando al conductor que luchara solo con el pinchazo.

Rodolfo, mientras comíamos queso manchego y unos filetes manchegos también, me habló de los caballeros andantes y de una moza muy maja llamada Dulcinea. A mí todo lo que él decía me sonaba bonito, lo mismo que a él le entusiasmaba todo lo que decía yo.

Por lo embobados que estábamos, parecíamos una de esas parejas antiguas que se hicieron famosas por lo bien que se llevaban: Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa, Adán y Eva, Ciriaco y Quincoces...

Cuando tuvimos la andorga llena y la rueda reparada, continuamos el viaje. El calorcillo del mediodía despabiló la peste a marisco podrido que tenía el camión. Este

olor, unido a las curvas de Despeñaperros, hizo que me mareara como una borrega.

Antes de que el conductor tuviera tiempo de frenar, el bolo alimenticio de productos manchegos que comí en la taberna fue a caer graciosamente sobre la ropa de Rodolfo. Digo graciosamente —aunque a él no debió de hacerle ninguna gracia— porque su camisa blanca y su corbata lisa se cubrieron de lunares de un color bastante feo. Aparte de estas salpicaduras, mi bolo suministró material suficiente para teñirle de aquel mismo color media americana y una pernera del pantalón.

A otro cualquiera, la faena del bolo le hubiera sentado lo mismo que una perdigonada en un riñón. Pero Rodolfo me quería demasiado para enfadarse, y siguió contándome cosas bonitas durante todo el viaje como si no hubiera pasado nada.

—Este pueblo —me dijo cuando pasamos por Bailén— es muy famoso. ¿No te suena el nombre?

—¡Claro que sí! —dije yo haciéndome la culta—. ¿No fue aquí donde nació Jesucristo?

—No, mujer —me corrigió él con dulzura—. Tú te confundes con Belén.

Me explicó que Bailén era célebre porque cerca de allí tuvo lugar una batalla muy gorda.

—No te extrañe que no lo sepa —me excusé poniéndome colorada por mi ignorancia—. Como yo era tan pequeña cuando estalló el Movimiento...

## PEDAZO 23

LLEGAMOS A MÁLAGA muy de noche. De la última parte del viaje no me acuerdo, debido a que la hice dormida sobre el hombro de Rodolfo.

El conductor se puso muy contento al llegar a su tierra, y me despertó cantando unas malagueñas atronadoras. Al despertarme vi que había en el cielo, colgada sobre el mar, una luna redonda y amarilla como un queso manchego en aceite.

Nos hospedamos en una fonda cercana al puerto, que también olía a gambas como el camión. No sé cómo se las arregló Rodolfo para conseguir que nos admitieran sin presentar documentos que probasen que estábamos casados, porque en aquella época Málaga era una ciudad tan severa como Pamplona.

Los turistas no habían venido todavía a ponernos las costumbres en «bikini», y Torremolinos era casi un barrio modesto donde sólo se hablaba en andaluz. Por eso, cuando una pareja de sexo contrario pretendía entrar en un hotel, los hoteleros enseñaban los dientes y el gobernador mandaba a los guardias.

Nunca he comprendido por qué en un país como el nuestro, que tiene tanta fama de ardiente, el amor ha estado siempre tan mal visto. Quizá sea por envidia de los que por sus cargos o por sus taras no pueden pasarlo bien. O vaya usted a saber.

Repito que no sé cómo se las arregló Rodolfo, pero el caso es que nos dieron una habitación con una cama de dos plazas y que tenía un balconcillo desde el que se veían unos pocos litros de mar. Muy pocos, porque entre el balconcillo y el mar había una casa enfrente que lo tapaba casi todo. Pero a mí aquel cachito de agua me bastó para emocionarme. Y aunque llegué bastante pachucha por el mareo y el traqueteo del viaje, me sentía feliz.

Rodolfo, siempre tan romántico, mandó que nos subieran una botella de champaña y unas anchoas con alcaparras para celebrar nuestra primera noche juntos. Yo bebí varios lingotazos, porque estaba muy nerviosa pensando en lo que se me venía encima. Y aunque él me tranquilizaba diciéndome cosas tiernas, mis nervios seguían de punta y notaba el estómago revuelto.

—Te encontrarás mejor cuando estés en la cama —me sugirió él, que también había bebido y me miraba echando chispas por ambos ojos—. Mientras te acuestas, yo saldré a dar un paseo. Volveré dentro de un cuarto de hora.

Fue éste un rasgo de delicadeza que le agradecí, pues yo temía que pretendiese que me desnudara en su presencia. Sólo los hombres románticos, y los recién casados con chicas decentes, se ausentan de la alcoba mientras su mujer se prepara para hacer la entrega de sí misma. Mi experiencia posterior me ha demostrado que los hombres en su mayoría son unos groseros, que no apartan los ojos de una mientras una se quita la ropa. Y los hay tan impacientes que pretenden ayudarnos con sus manazas, rompiéndonos a veces algún tirante o arrancándonos algún botoncillo.

Empecé a desnudarme en cuanto Rodolfo salió de la habitación. Pero lo malo fue que cuando él volvió al cuarto de hora justo, me encontró tumbada en la cama... completamente vestida. No vi la cara que puso, porque yo tenía los ojos cerrados debido a que me había puesto malísima.

—¿Qué te pasa? —me preguntó contrariado, pues él venía a lo suyo lleno de ilusión.

Se lo expliqué. No había hecho más que dar un tironcito para abrir la cremallera de la falda, cuando todo empezó a darme vueltas. Las anchoas se pusieron a dar saltos en mi estómago, como si lucharan para no ahogarse en el champaña. Unos dolores muy raros me recorrieron el interior en todas direcciones, mientras una tiritona muy fuerte me sacudía desde la raíz del pelo hasta las uñas de los pies.

—¿Hablas en serio? —desconfió Rodolfo, pensando que todo era un truco mío para no acostarme con él.

Porque el tío, aunque romántico, no era estúpido. Y sabía que muchas mujeres, que al principio parecen dispuestas a todo, se rajan a la orilla de la cama cuando llega el momento de zambullirse en el colchón.

Pero comprendió que yo no mentía al fijarse en mi cara, que se había teñido de un color intermedio entre el amarillo limón y el verde rana. Me puso la mano en la frente con cierta aprensión, y la retiró mojada en un sudor frío nada agradable al tacto. Yo me fui poniendo peor, y hasta creo que los dientes empezaron a castañetearme. También los dientes de Rodolfo debieron de castañetear, pero no a causa de la fiebre como los míos, sino del miedo. Porque mi aspecto, poco a poco, llegó a ser alarmante.

—¿Qué es lo que sientes, amor mío? —me preguntaba preocupado.

—Algo así como un colicazo fenomenal —le decía yo con voz temblona.

—¡Qué fastidio, mi tesoro! —rezongaba él cogiéndome una mano—. ¿Y no se te pasa?

Yo negaba con la cabeza, continuando mis retorcimientos a consecuencia de unos retortijones muy desagradables.

—Si sigues así —dijo Rodolfo—, habrá que llamar a un médico.

Pero se notaba que la idea no le seducía mucho, y no se lo reproché. Era natural que, dada nuestra situación de pareja soltera, le disgustara la idea de armar un escándalo en la fonda a aquellas horas llamando a un médico. También yo lo comprendí y me esforcé en aguantar mi colicazo lo más posible.

Unas horas después, cuando empezaron a ensuciarse de luz los cristales del balcón, me quedé algo más tranquila y bastante amodorrada. Rodolfo, que seguramente no había pasado en su vida una noche tan fatal, se amodorró también en una butaca. Pero nuestro amodorramiento no duró mucho, porque un gallo puñetero que había en el patio de la fonda, al ver el sol, empezó a quiquiriquear. (No sé si

existe este verbo; pero a mí me parece, por el sonido, que si las gallinas cacarean, los gallos quiquiriquean). Aquellos «quiquiriquís» despertaron no sólo a mí, sino a todos los dolores que yo tenía dentro.

—¡Ay! —volví a gemir, espoleada por los retortijones.

—¿Te duele? —me preguntó Rodolfo, que tenía casi tan mala cara como yo por no haber dormido.

—¡Claro! —gruñí—. No creerás que digo «¡ay!» porque estoy cantando flamenco.

El romántico muchacho no tuvo más remedio que ir a buscar un médico. Le costó bastante trabajo encontrarlo, porque era muy temprano y en Málaga es casi pecado madrugar. Pero al fin consiguió traer a uno que ya estaba despierto porque se había caído de la cama.

El médico era un hombre gordo y chaparrete, con una papada como un neumático, que le daba la vuelta a la cabeza. Nos dijo que el día anterior le habían robado en una taberna el maletín con sus aparatejos profesionales, en vista de lo cual tuvo que escucharme el corazón apoyando la oreja en mi pecho izquierdo.

Yo creo que el tío se había hecho médico para meter mano impunemente, pues con el cuento de la medicina estuvo palpándome la tripa un rato largo. Luego se puso a darme papirotazos en distintos sitios, para ver dónde me dolía.

Cuando tuvo localizado el dolor, dijo muy contento:

—¡Lo que yo me figuraba! ¡Tiene lo mismo que mi tía Fuencisla!

—¿Y qué es lo que tiene su tía Fuencisla, si no es indiscreción? —le preguntó Rodolfo.

—¡Unos coliquitos hepáticos de rechupete! ¡Qué contenta se pondrá cuando se lo cuente! Porque a la pobre le gusta saber que no es ella la única que padece esos arrechuchos. «Mal de muchos, consuelo de tía Fuencisla». De todas formas, para tener la seguridad de que no me equivoco, conviene que la señora se haga un análisis.

—¿Qué señora? —preguntó Rodolfo, extrañado—. ¿Su tía?

—No, hombre: ésta —dijo el doctor, señalándome—. Porque ustedes serán recién casados, ¿verdad?

—¡Ay! —me quejé yo para desviar la conversación. Mi amor me agradeció la interrupción porque se había puesto coloradísimo.

—¿Qué análisis tiene que hacerse? —preguntó al médico.

—De orina —respondió él, con esa naturalidad que tienen los médicos para hablar de las cosas más sucias. Y sacando una tarjeta del bolsillo, añadió—: En cuanto ella tenga ganas de orinar, recoja una muestra en un frasco y llévesela a este laboratorio. No puedo confirmar mi diagnóstico sin haber visto el resultado del análisis.

Y el doctor se marchó a visitar a su tía Fuencisla, para darle la buena noticia de

que había encontrado otra persona que padecía su misma pachuchez.

## PEDAZO 24

HAN PASADO BASTANTES AÑOS desde aquel día; pero aún hoy, siempre que me pongo enferma, recuerdo esas horas de tristeza y angustia que pasé en la fonda malagueña.

Cuando el médico se marchó, Rodolfo tuvo que vaciar en el lavabo un frasco de colonia que traía en su maleta, para recoger en él la muestrecita que era necesario analizar. El hombre no decía nada, pero yo le notaba molesto y alicaído.

Y es natural. A un amor tan romántico como el nuestro, alimentado con versos, suspiros y una fuga a orillas del mar, aquella situación tan prosaica le hacía muchísimo daño. ¿Qué enamorado, capaz de recitar parrafadas completas de Campoamor, Espronceda y tipos así, no se desinfla después de pasar la primera noche de amor en una butaca, mientras su amada se retuerce con retortijones en las tripas?

El romanticismo admite, e incluso aconseja, que las amadas estén finamente pochadas. Un poco de sufrimiento le quita al amor su ordinariedad animal y lo convierte en un sentimiento sublime.

Ahí está por ejemplo Margarita Gautier, que tenía los pulmones hechos virutas, lo cual era uno de sus principales encantos para traer de coronilla a todos los parisienses. Pero la tos que da la tisis es elegante; y los retortijones que dan los cólicos hepáticos, son una grosería.

También tosía aquel músico llamado Chopin. Y no creo que hoy le recordara todo el mundo como un romántico de campeonato si, en lugar de tisis, hubiese tenido colitis. Vamos, creo yo.

Para colmo, Rodolfo tuvo que afrontar el nada poético problema del análisis. Sentado a los pies de la cama, con el frasco en la mano, observé que hacía un gran esfuerzo para preguntarme:

—¿Tienes ganas?

—Todavía no —contesté yo, poniéndome bastante encarnada.

Y nos quedamos los dos muy azorados, sin saber qué decirnos.

Aquella meadita fue como un chorro de agua fría que apagó la llama de nuestro amor. Rodolfo tenía un espíritu demasiado delicado para resistir ese feo bofetón fisiológico. Hay demasiada diferencia de altura entre la poesía de la luna y la realidad de un orinal, para que no se mate un amor que cae desde la primera al segundo.

Cuando al fin solté ese condenado pipí, el propio Rodolfo se ocupó de llevar el frasco al analista. ¡Cuánto debió de sufrir en el trayecto, con esa carga tan ordinaria!

Mientras esperábamos el resultado del análisis, yo seguí metida en la cama, tan mareada como un pato. Ese resultado tardó bastante, porque en Málaga se toma todo con mucha calma. Incluso la orina.

Mientras tanto, Rodolfo se aburría como un camello. Estaba horas y horas con la frente pegada al cristal del balconcillo, mirando ese pedacito de mar que dejaba al

descubierto la casa de enfrente.

—¿Por qué no sales un poco? —le sugería yo.

—¡Qué disparate! —se enfadaba él—. ¿Cómo quieres que te deje sola estando tan mala como estás? Mi deber es hacerte compañía.

Y cuando se cansaba de tamborear en el cristal, se paseaba por la habitación como una fiera enjaulada.

—La verdad es que hemos tenido mala suerte —solía murmurar con cierta rabia.

—Sobre todo, yo —le replicaba con mi voz dolorida.

—Desde luego, amorcito —decía él, arrepintiéndose de su egoísmo.

Pero aquel «amorcito» no tenía el calor de los piropos que me había dedicado anteriormente. Sonaba a esas palabras amables que se dicen por costumbre, cuando la ilusión ha muerto ya.

—¿Y cuánto tiempo calculas tú que te durará ese colicazo? —me preguntó cuando el hormigueo de la impaciencia le cosquilleaba por todo el cuerpo.

—Creo que mañana estaré bien —calculé.

—¿Cómo vas a estar bien mañana —saltó furioso él—, si estás todavía más amarilla que una pequinosa?

En eso tenía razón, y el médico se la dio cuando vino con el resultado del análisis:

—Tendrá que quedarse en la cama unos días más, a dieta y tranquila —diagnosticó.

Y al decir «tranquila» miro a Rodolfo, para darle a entender que no pretendiera intranquilizarme acostándose conmigo.

Aquella misma noche, Rodolfo me abandonó. Me dijo que salía un momento a estirar las piernas, y aún debe de estar estirándolas por alguna parte. Porque yo, desde entonces, no he vuelto a verle el pelo rizado de su melena romántica.

A la mañana siguiente, la camarera me trajo una carta de él que había dejado antes de marcharse. Decía así; poco más o menos:

«Mapi adorada: ¿Tú crees que un amor tan poético como el nuestro puede resistir unos versos así?»

Y dentro del mismo sobre me mandaba la «poesía» compuesta por el laboratorio, cuyos renglones decían textualmente:

#### *ANÁLISIS DE ORINA*

*Bastantes sedimentos y en nube.*

*Densidad, uno cero trece.*

*Elementos anormales:*

*Albúmina, positiva.*

*Urobilina, negativa.*

*Sales biliares, indicios.*

*Acetona, negativa.*

*Glucosa, indicios.*

*Examen microscópico de sedimentos:*

*Células renales, aisladas y en colgajo.*

*Precipitado de sulfato cálcico.*

*Células vaginales en colgajo.*

*Cilindros granulados y células redondas.*

Comprendo que este poema, dados los gustos estéticos de Rodolfo, le sentara como un puñetazo en la nariz. Al lado de Bécquer y Núñez de Arce, aquello parecía un engendro vanguardista de mal gusto.

No le reproché que se fuera por no poder resistir la ordinariez de mi enfermedad, pero lo sentí y estuve llorando mucho rato. Porque yo, a pesar de lo exageradamente cursi que había sido nuestro amor, estaba loca por él. Tan loca que no vacilé en abandonar Madrid, donde ya había conseguido colocarme, para fugarme con él a Málaga en un camión que apestaba a gambas.

Cuando derramé un buen chorreón de lágrimas, me puse a pensar en mi porvenir, que se presentaba más negro que el luto por la muerte de un padre.

Por segunda vez en mi todavía corta vida, un hombre me hacía la charranada de darse el bote después de camelarme. De nuevo me encontraba en una ciudad desconocida, sin más fortuna que cuatro trapos en la maleta y tres perras en el bolso.

«Si no escarmientas —me dije—, recorrerás todas las capitales del país de charrán en charrán».

Y escarmenté, pues aquella fue la última vez que un fulano consiguió sacarme de mis casillas para hacerme la pascua.

Desde entonces, siempre que viajo, exijo a mi acompañante que me pague un anticipo antes de salir y que me tome un billete de vuelta, por si a él le da por chaquetear. Algunos ponen mala cara cuando les hago esta petición. Pero como yo les digo que si no aflojan la mosca, nanai, se resignan y pasan por el aro.

## PEDAZO 25

UN DETALLE PARECIDO al que tuvo el cerdo de Ignacio enviándome quinientas pesetas, lo tuvo el exquisito de Rodolfo al dejarme pagada la fonda durante los días que duró mi enfermedad. Pagó también al médico, y al laboratorio autor del análisis nefasto que motivó nuestra ruptura.

«Está visto —pensé— que no tengo madera de mujer fatal. No se puede decir que los hombres se arruinen por mi culpa. Hasta ahora, todos los que pasaron por mi vida se deshicieron de mí por medio billete de los grandes».

Los años transcurridos desde entonces me han confirmado aquel pensamiento, pues nunca he logrado sacar a un tipo cantidades exorbitantes. Mis precios, además, nunca han sido abusivos. Y nadie ha hecho grandes locuras por mi culpa.

Mi amiga Nati, en cambio, tuvo una época en que fue una fatalona de bandera. El piso que ahora tiene se lo compró un comandante de Intendencia, que quitaba el pienso de la boca a las mulas del ejército para dárselo a ella.

El comandante vivió con Nati una temporada. Hasta que un general, al darse cuenta de que las mulas se estaban quedando flaquísimas y no podían con su alma, ordenó al comandante que se mudara a un castillo. Yo creo que el comandante encontró ventajosa la mudanza, pues los castillos son mucho más suntuosos que los pisos. Por eso sin duda sigue viviendo allí, y no ha vuelto todavía al pisito de Nati.

Cuento esto para que se vea que mi amiga era fatalísima, hasta el punto de lograr que le regalasen pisos. Yo, en cambio, el regalo más valioso que conseguí en mi vida fue una sortija con un brillantito. Y recuerdo que tuve que devolverla, porque el señor que me la regaló era casado y se la había robado a su mujer.

Pero vuelvo con mi historia, porque observo que me estoy yendo por esos cerros que llaman de doña Úbeda.

Cuando se me pasó el colicazo, me marché de la fonda. No quise seguir allí porque calculé que aquella habitación, que hasta tenía un lavabo con un grifo del que salía agua siempre que uno lo deseaba, debía de ser carísima. Además, el personal no me ponía buenos ojos, pues la marcha de Rodolfo me dejó en una situación muy desairada, haciéndoles sospechar la verdad: que no éramos matrimonio, sino lío.

Lo primero que hice al salir de la fonda fue ir a ver el mar de cerca. Y, la verdad, no me gustó. A pesar de toda la sal que tiene, lo encontré soso. Mucha agua y pocas nueces. ¡Qué monotonía, Jesús! Quitando algunas olitas que rizan un poco su superficie, es tan llano que la vista va de un lado para otro sin saber dónde posarse. Nunca vi una llanura tan chata y tan aburrida.

¡Cuánto más bonita es la tierra firme, con sus desniveles y diferencias de colorido! Donde menos se piensa salta una montaña verde, o un valle amarillento, o unas flores coloradas.

Decididamente, el tan cacareado mar me pareció una solemne birria. Si en mi mano estuviera, que no lo está, yo lo mandaría desecar dejando solamente unos charquitos para que vivieran algunos peces. Todos no, porque hay especies con tantas espinas que no hay quien las hincó el diente. Pero daría pena que se muriesen los salmonetes, las merluzas y las lubinas.

Aunque también sería una solución poner escuelas para que estos pescados tan ricos aprendiesen a respirar fuera del agua, cosa que no parece tan difícil de aprender, puesto que así respiramos la mayoría de los bichos vivientes. De este modo, si los salmonetes y las merluzas pudiesen vivir sobre la tierra como los conejos y las gallinas, esa gran estupidez que es el mar podría desecarse del todo. Con lo cual nuestro planeta quedaría mucho más bonito.

Pero no quiero perder más tiempo pensando en estas reformas, porque sé que el mar tiene muchos partidarios y no lo desecarán por hacerme caso. Feo y todo, allí seguiré, no sólo «per sécula», sino también «per seculórum».

Lo que sí me gustó horrores fue Málaga.

En aquella época era una ciudad llena de palmeras y de andaluces. (Ahora, según me han dicho, sigue habiendo en ella las mismas palmeras; pero hay muchos menos andaluces. Abundan en cambio, dicho sea con perdón, los sajones. Esa raza rubia y patosa, que tiene nombre de palabrota, efectúa constantes desembarcos en nuestras costas y acabará invadiéndonos el país sin que nos demos cuenta. Y nuestras tropas, mientras tanto, chupándose el dedo. En fin, allá ellas).

Además de las palmeras y de los andaluces, había entonces por todas las calles muchísimas sillas. Casi me atrevo a decir que el número de sillas era superior al de personas. Resultaba difícil andar por cualquier acera sin tropezar con alguna de aquellas sillas, de distintas formas y colores, que entorpecían el paso.

Y como yo soy bastante despabilada, ese detalle me bastó para darme cuenta de que la población malagueña era muy sedentaria.

Aquellos enjambres de sillas no se criaban en el suelo como los hongos, sino que pertenecían a los bares, tabernas y cafés, que ampliaban así la capacidad de sus locales. Tanto la ampliaban, que Málaga entera parecía una inmensa terraza con asientos y veladores para tomar «chatos».

El secreto de que los malagueños estén siempre contentos, es muy sencillo: mientras la mitad de la población se divierte paseando, la otra mitad se sienta para divertirse viéndola pasear. De este modo, todo el mundo es feliz y nadie se aburre.

A pesar de esto, el forastero tiene la impresión de que en la ciudad se trabaja, pues las fábricas echan humo por las chimeneas y los funcionarios echan su mal humor por las ventanillas. Pero tanto las chimeneas como las ventanillas, no las encienden ni las atienden indígenas. Para estos menesteres desagradables se importan obreros del Norte, que son los que más rinden, y oficinistas de Madrid, que es donde más

abundan.

Cuando mi maleta y yo nos cansamos de hacer turismo por las calles malagueñas, entré a comer algo. Tenía el estómago tan vacío y arrugado como un guante sin mano dentro.

Al camarero que me atendió le hizo mucha gracia que yo pidiera comida, pues en Andalucía no existe el vicio de la gula. Allí nadie se sienta a una mesa, como en las Vascongadas, a zamparse plato tras plato con un cuchillo en una mano y un tenedor en la otra. Los andaluces picotean unas «tapas» con ayuda de palillos, como los chinos, y se quedan tan satisfechos. Por lo menos, los andaluces que yo vi. Aquélla es una raza curiosa y difícil de entender. Nadie ha logrado averiguar si el andaluz no come porque no trabaja o si no trabaja porque no come.

Cuando al camarero se le calmó la risa que le produjo mi petición, me dijo que sólo podía servirme aceitunas, anchoas y chanquetes. Aunque yo no había visto ni probado los chanquetes, sabía que no eran carne sino pescado. Y haciéndome la culta, pensando que serían de un tamaño parecido a los salmonetes, encargué:

—Tráigame un chanquete frito.

El camarero, que era un guasón, disimuló una nueva carcajada y se fue a cumplir mi encargo. Volvió al poco rato, trayéndome un platito que puso en la mesa.

—¿Dónde está el chanquete? —le pregunté, pues yo en el plato sólo vi una rodaja de limón.

—Debajo del limón —me informó el camarero, haciendo un esfuerzo con todos los músculos de la cara para no soltar el trapo.

Levanté la rodaja, y vi debajo de ella el minúsculo pececillo frito. Aquella burla, unida al cansancio de mi paseo pasado y a la preocupación de mi incierto futuro, hizo que saltaran mis nervios y me eché a llorar.

El camarero, que debajo de la capa guasona escondía un buen corazón, dejó a un lado el cachondeo y me preguntó qué me ocurría. Yo no pude explicárselo, porque estaba llorando a base de bien. Y como la gente andaluza es tan cordial, al poco rato tuve un corrillo a mi alrededor.

Hasta la dueña del establecimiento, que sudaba en la cocina friendo los chanquetes, vino a ver qué me ocurría. A ella le conté, cuando se me calmó la llorera, que estaba en Málaga sola, sin dinero ni trabajo, porque mi novio me había abandonado. La dueña, que era relativamente gorda y con un lunar peludo en la barbilla, me invitó a dos raciones de chanquetes y me dijo que no me preocupara.

—Una chica tan mona como tú siempre encuentra el medio de resolver su vida. Aquí me tienes a mí, que también fui mona aunque ya no se me note. Y gracias a eso, saqué cuartos en mis buenos tiempos para instalarme aquí.

Yo, que entonces tenía menos malicia que un palomino, le pregunté cómo se las arregló para ganar tanto dinero. Y ella me dijo que los hombres pagan bien a las

chicas monas ciertos servicios.

—Eso es lo que yo quiero: servir —dije yo, sin saber que la frase de la tía estaba llena de doble sentido.

—Pues no te preocupes, que acabarás sirviendo —profetizó ella.

## PEDAZO 26

Y LA DUEÑA DE LA FREIDURÍA me recomendó para que entrase de camarera en una pensión de muchas campanillas. Con esto no quiero decir que el establecimiento fuera de postín, sino que en todas las habitaciones había una campanilla para llamar a la servidumbre.

La propietaria se llamaba doña Sara, y era pariente lejana de la dueña de la freiduría. También doña Sara había ahorrado para poner aquel negocio en sus buenos tiempos, haciendo ciertos servicios a los hombres. En aquella familia, por lo visto, todas las niñas habían salido muy serviciales, que es un modo fino de llamarlas golfas.

Pero como yo estaba en la inopia, entré a servir muy contenta porque me ofrecieron un sueldo de cien pesetas al mes y las propinas. Y esa cantidad, que ahora se la gasta cualquier tipo en invitarme a una copa, era entonces para mí un sueldazo estupendo.

Mi obligación consistía en fregar el comedor todos los días, pues el suelo era de baldosín y había huéspedes tan sucios que lo manchaban de sopa, de pedazos de pan y de espinas de pescado. Trozos de carne era lo único que no echaban, porque doña Sara daba unos filetes muy pequeños y se los comían del todo.

También tenía que poner los platos y los cubiertos en las mesas, y servir la comida. Después comía yo en la cocina y toda la tarde me la pasaba planchando manteles, sábanas y trapos así. Yo, en realidad, no había planchado nunca; pero como eran cosas grandes y sin complicaciones, me apañé bastante bien. Algún mantel quemé al principio, pero cosí un parche redondo en el ojo de la quemadura y yo misma lo disimulaba, al poner la mesa, colocando un plato encima. Astuta que es una.

Cuando terminaba mis quehaceres de planchado y quemado, tenía que servir la cena. Pero como ya dije que los andaluces comen poco y en las pensiones nunca se derrocha en la cuestión de víveres, repartía de cenar a veinte estómagos en menos que canta un sapo. Después retiraba de las mesas los vasos y los platos procurando romper los menos posibles, y me subía a mi habitación, que estaba en el último piso de la misma casa. (Es curioso que a las criadas, en todas partes, siempre las hacen dormir cerca de las estrellas. Debe de ser porque todos los días se ganan un poco el cielo, soportando a las señoras. Vamos, digo yo).

Ahora recuerdo que doña Sara era un poco coja, razón por la cual andaba siempre apoyándose en un paraguas.

—El paraguas —explicaba con mucho sentido común— me hace el mismo avío que un bastón. Y tiene la ventaja de que, cuando salgo a la calle y empieza a llover, o cuando estoy dentro de casa y hay una gotera, echo mano de él y no me moja.

La dueña de la pensión, como puede verse, no era tonta. Además, con los años, se había vuelto muy católica y siempre estaba leyendo cosas relativas a la Iglesia. Había en su cuarto una biblioteca cuyos volúmenes tenían las tapas negras, como todos los que hablan de misas, de cultos y de cleros. Pero no por eso la tiparraca era mejor. En el fondo estas lecturas no eran más que una de las muchas manías que les dan a las personas cuando empiezan a chochar.

Al hablar de chochees, me viene a la pluma el nombre de un tal Anacleto, viejo chocho que vivía en la pensión y que en años muy anteriores había tenido sus más con doña Sara. Ya sólo tenía sus menos, pues, como dije, era casi un carcamal. Sin embargo, pese a su edad, el tío continuaba teniendo algunos apetitos y me dijo que yo le gustaba una barbaridad.

Yo me reía al oír aquello, hasta que me propuso darme setecientas veinticinco pesetas si le dejaba tocarme de vez en cuando. Entonces dejé de reírme, y le paré los pies. Pero no las manos.

Gracias a aquel parón incompleto hice sin darme cuenta un magnífico negocio, pues un buen día me encontré con setecientas veinticinco pesetas como setecientos veinticinco soles.

(Conste que al viejo le di mucho menos de lo que Ignacio se tomó, y menos también de lo que estuve dispuesta a darle al romántico desanimado por el análisis. Pero los hombres son así de raros y sorprendentes: uno sin darle nada te paga con una estola de visón, y otro al que le das todo te pega un solemne bofetón).

Yo me guardé doscientas veinticinco pesetas, y las quinientas restantes se las mandé a mi madre.

Aunque ella no se había portado bien conmigo echándome de casa por aquello que me pasó, con el tiempo se me fue pasando el enfado y la perdoné. Una madre siempre es una madre, y está feo pelearse con ella por un quítame allá esas bragas. Además, yo era entonces muy buena todavía, y me daba pena pensar en las estrecheces que estaría pasando la pobrecita en su «bungaló» de hojalata. Porque aquel vendedor ambulante de artículos de limpieza, del que estaba enamorada, no vendía ni una escoba.

Yo dormía en el piso de arriba de la casa, que era más pequeño que el de abajo y tenía el techo abuhardillado. Allí se alquilaban también habitaciones, pero más baratas que en la pensión y sin servicio de comidas.

La mayoría de las inquilinas de ese piso eran chicas que dormían durante el día y que se marchaban a la calle cuando yo subía a dormir. A la encargada la llamaban Petrita. Probablemente porque ése era su nombre. La pobre se pasaba el día con la nariz pegada a las rendijas de las puertas. No lo hacía por fisgar sino para oler, pues estaba prohibido cocinar en las habitaciones. Y cuando Petrita captaba el tufillo de un repollo que se estaba cocinando, o el tufazo de una sardina que empezaba a freírse,

irrupía en la habitación donde se perpetraba el delito culinario para echar una bronca a la culpable.

Cuando yo subía a mi cuarto procuraba no tropezarme con ninguna de aquellas inquilinas, pues todas se metían conmigo diciéndome que yo era tonta.

—Siendo tan preciosa como eres —me decían—, podrías tener todo lo que te diera la gana.

Pero yo contestaba que me dejaran en paz, pues sólo quería trabajar honradamente. Porque yo, aunque joven y bastante inocentona, me daba cuenta de que aquellas chicas no eran trigo limpio. Y la mala vida no conduce a nada bueno. Allí estaban ellas mismas, sin ir más lejos, para darme el ejemplo. ¿Qué habían conseguido con sus maldades respectivas? Tener que esconderse en sus cuartuchos y tapar las rendijas de la puerta con papel de periódico, para freír unas sardinas sin que las oliese Petrita. ¡Vaya una cosa!

—No escuches a esas perdidas —me aconsejaba doña Sara, que me había tomado mucho afecto—, y esfuérzate en seguir siendo decente. Porque la decencia es la virtud que más aprecian los hombres en las mujeres.

—Si tanto la aprecian —razonaba yo—, ¿por qué nos hacen proposiciones constantemente para que la perdamos?

Y doña Sara, que era una experta en cuestiones masculinas, resumía toda su experiencia en esta frase: «Porque son unos guarros».

Con lo cual demostraba ser una filósofa imponente.

—Pero ¿de verdad soy tan guapa como dicen? —quería yo saber, pues aparte de las cosas que me decían en casa, en cuanto asomaba las faldas a la calle, iba levantando un reguero de piropos.

—¡Por favor, Mapi! —exclamaba la dueña—. ¿Es que en tu cuarto no tienes espejo?

—Sí. Pero es tan pequeño, que sólo me veo media cara.

—Pues te aseguro que la otra media es preciosa también. Y tampoco tu cuerpo es moco de pavo.

Eso de que no era moco ya lo sabía yo, porque siempre fui muy higiénica. Recuerdo que siendo una chiquilla me gustaba llevar las narices limpias, y solía sonármelas en el primer pedazo de tela blanca que encontraba: aunque fuese un mantel, o una servilleta, o el faldón de una camisa de mi padre. Para mí, la higiene es lo primero. Pero yo sabía que la limpieza no basta para traer de coronilla a los hombres. Y yo, por lo visto, estaba dotada de otras cualidades por delante y por detrás.

Para refrescarme la memoria en este aspecto, he buscado una foto mía de aquella época en «el cofre de los tesoros».

Yo lo llamo así porque soy muy chistosa, pero en realidad es una lata de galletas.

Siento por ella un gran cariño, pues la tengo desde mis tiempos de criada en la tienda de mi pueblo. Me la regaló mi primer novio, el dependiente Afrodasio, y guardo dentro muchas fotos viejas que ya empiezan a estar tan amarillas como las galletas que contuvo.

En la foto que saqué de la lata, estoy viendo en este momento que doña Sara no se equivocaba. Aunque aún tenía el pelo negro, era fácil adivinar que pronto iba a convertirme en una rubia imponente. Eso se nota en seguida en los andares y la forma de la nariz. Cuando una chica es chatunga y menea las caderas al andar, puede asegurarse que acabará siendo rubia.

Además de esto, mi cuerpo era una pocholada. Entre las caderas y el pecho, que tenían la misma medida, la cintura se me estrechaba horrores. Lo mismo que un reloj de arena, sólo que de carne.

Mi estatura también era perfecta, pues no resultaba ofensiva para los hombres bajitos ni ridícula para los altotes.

Con esta percha, es natural que cualquier trapito que me echara por encima me sentara bien. Pero la principal característica de mi carácter (no tengo la suficiente experiencia literaria para evitar esta redundancia), era la simpatía. Yo, aunque me esté mal el decirlo, era simpatiquísima y siempre estaba contenta. Nunca había penas que me quitaran la sonrisa de los labios. Si el periódico traía alguna esquela, a mí plin. Si las campanas doblaban a muerto, a mí plin. Ni siquiera la guerra mundial, en la que todos los extranjeros de la Tierra se habían unido para zurrar a los alemanes, me quitaba la alegría.

Es lógico que con tantas cualidades, dejando aparte la modestia, me lanzaran tejos los hombres de todo el barrio a la redonda. Tejos y piropos. Tantas flores me echaron, que sobrarían para alfombrar las calles malagueñas por las cuales circulé.

Pero yo, aunque era vanidosuela y el piropo me producía cierto remusguillo de satisfacción, lo disimulaba porque quería ser formal. ¿Qué culpa tengo yo de que esas brujas llamadas «circunstancias» se confabularan para convertirme en lo que ahora soy?

Cada día me convengo más de que la decencia no es una virtud con la que se nace, sino el resultado del ambiente en que se vive. Allí está para demostrármelo el ejemplo de mi hermana Candelaria: las dos, durante una etapa de nuestras vidas, fuimos sirvientas. Pero ella sirvió a un cura, y acabó entrando en un convento. Y yo serví a muchos mangantes, y acabé saliendo al «cabaré». Puede que si nos hubiéramos colocado al revés, otra viceversa nos cantara.

## PEDAZO 27

ASÍ COMO A MUCHAS CRIADAS se les aguza el oído por la costumbre de escuchar detrás de las puertas, a Petrita se le había afilado la nariz a fuerza de oler por las rendijas. Ella y las muchachas malas que compartían conmigo el piso superior de la pensión, me traían frita con sus sermones. Los llamo sermones en el mal sentido de la palabra, porque no pretendían edificarme, sino hundirme.

—Con lo bonita que tú eres —me decía una cordobesa que tenía un pecho mayor que el otro—, podrías tener lo que quisieras.

—Yo sólo quiero trabajar —me defendía yo.

—¿Y crees que no es trabajar cargar con un tío pesado? —reía una extremeña que había nacido en una de las Hurdes, no sé cuál.

Una medio francesa flaquísima, que había trabajado en Tánger mientras tuvo unos años menos y unos kilos más, me chapurreaba:

—Tú poder tener un «chalet»; y un «yot»; y un «chevrolet»...

Para aquella gabacha, por lo visto, todas las cosas buenas acababan en «t».

Todas, en fin, me tentaban como serpientes. Y cuando bajaba a la pensión, doña Sara me decía:

—No les hagas caso, pero déjalas que hablen. Más vale que te pongan la cabeza como un bombo, y no la tripa.

¡Qué razón tenía la vieja! ¡Cuántas muchachas deberían tener en cuenta esta máxima cuando las hablan de «chaletes», «yotes» y «chevroletes»!

Pero ya dicen los refranes que la alegría dura poco en casa del pobre, que al perro flaco todo se le vuelven pulgas, y que no por mucho madrugar amanece más temprano. El caso es que don Anacleto, el viejo que me había dado setecientas veinticinco pesetas por pararle los pies pero no las manos, empezó a ponerse posma. Consideraba que no había obtenido de mí lo suficiente a cambio de su dinero, y pretendía que yo le pagara el más alto de los intereses.

—Pero si usted ya no está para estos trotes —me burlaba yo, tomándole a chirigota.

—¿Que no? —insistía él—. ¿Has oído hablar de las vitaminas?

—Sí —dije yo, creyendo que las «vitaminas» eran el nombre de un «balé» que había debutado por aquellos días en un teatro—. ¿Y eso que tiene que ver?

El muy puerco me lo explicó. Porque yo no sabía que las vitaminas aquellas formaban un medicamento que entonces empezaba a entrar de contrabando desde Tánger, y con el cual era posible resucitar a un muerto.

Y yo pensé para mi capote: «Pero ¡qué porquerías inventan los extranjeros! Con lo tranquilos que estaban nuestros vejetes...»

Anduve toreando al Anacleto varios días, pero el muy rijoso no paraba de

embestir. Y una tarde, mientras yo estaba trabajando en el cuarto de plancha, se coló allí para decirme muy serio:

—Si no quieres hacer lo que te pido, contaré a doña Sara que eres una cualquiera y que te has acostado conmigo varias veces a cambio de dinero.

Al oír aquello me quedé tan blanca como la sábana que estaba planchando, pues yo no sabía que la maldad humana pudiera llegar tan lejos. Después de la palidez me entró una rabia, y estuve a punto de atizarle un planchazo al viejo en la cocorota.

Siempre he tenido unos prontos muy violentos, y mi primera reacción ante las cochinas que me hacen es romperle la cocorota al culpable. Por fortuna, estos prontos se calman antes de que pueda ponerlos en práctica, pues de no ser así ya habría roto a lo largo de mi vida varias docenas de cocorotas.

Cuando me calmé le dije al viejo que era un cerdo, y que mala puñalada deberían darle.

—Sepa usted —añadí— que de buena gana le devolvería su apestoso dinero si no fuera porque casi todo se lo mandé a mi madre, que en paz descansa.

—¿Es que se ha muerto? —me preguntó él.

—No —aclaré yo—. Pero descansa en paz porque vive sin dar golpe. La pobre, aparte de tapetitos, sabe hacer nada útil. Y si yo me dejé tocar por usted fue por ayudarla a ella en su miseria. Pero sepa también que esas setecientas veinticinco pesetas que usted me dio, me han servido para remorderme la conciencia por no haberlas ganado con mi esfuerzo. Y como le creo muy capaz de que vaya a soltar sus babas de sapo en la oreja de la dueña, me voy de aquí para no pasar esa vergüenza.

Una hora después de esa parrafada, con la conciencia remordida y mis cosas guardadas en la maleta, me encontré de nuevo en mitad de la maldita calle.

Bueno, eso de maldita es un decir; porque las calles malagueñas, durante la primavera, son las más acogedoras que existen para la gente que se queda de pronto sin un techo donde guarecerse. La temperatura es benigna, las ventanas están llenas de flores y nunca faltan sillas donde sentarse a tomar un «chato».

(Añado después, al releer esto, que la gente es simpática. Y se pueden entablar conversaciones con ella sin ninguna dificultad. Gracias a esto los solitarios no se encuentran tan solos, ni los pobres tan miserables).

Entre el párrafo anterior y éste, me he pasado casi una hora mordisqueando el lápiz con el que escribo para recordar lo que hice cuando dejé a doña Sara. Son tantas las veces que me vi en mitad de la calle durante aquellos años, que temo equivocarme y perder el hilo de mi historia.

Ahora ya puedo seguir, porque estoy segura de que en aquella ocasión se me hizo muy de noche paseando con mi maleta y sin saber dónde ir. No me preocupaba el problema de pasar la noche, debido a que tenía algún dinero ahorrado para pagarme una cama en cualquier parte.

Creo que no cené por falta de apetito, y cuando quise darme cuenta me cayeron encima las campanadas de las doce.

Poco después, en una calle poco iluminada, me encontré a la cordobesa con la cual había vivido en el piso superior de la pensión. Ella elegía deliberadamente sitios oscuros, para que los posibles clientes no se dieran cuenta de que tenía un pecho mayor que el otro.

Al preguntarle qué hacía por allí a aquellas horas, me dijo que estaba haciendo «la carrera». Pero yo, como entonces era muy inocentona, abrí una boca así de grande. ¿Qué clase de carrera era aquella que podía hacer una persona sola, sin ningún competidor y andando tan despacio?

Como yo tenía mis propios problemas, no me molesté en hacer preguntas para averiguarlo. Tampoco la cordobesa se detuvo a explicármelo, pues al ver que un hombre se aproximaba apretó el paso con el fin de abordarle.

—¿Me das candela? —le oí decir al transeúnte, mientras se llevaba a los labios un cigarrillo apagado.

¡Pobre infeliz! Aquel cigarrillo, sucio y arrugado, era el mismo que yo había visto muchas veces durante el día en la mesilla de noche de su cuarto. El mismo, sí, porque desde hacía mucho tiempo la cordobesa no lograba ligar con nadie. Ningún hombre se detenía a darle ese poco de candela que ella solicitaba, con una voz que cada noche iba haciéndose más angustiada.

Me alejé de allí a toda prisa, pues de pronto sentí miedo de estar sola en la calle a aquellas horas.

Más de una vez, al recordar esta escena tan triste, he pensado:

«¿Será también ése mi final?»

Pero en seguida me apresuro a contestarme:

«No, mujer: tú, afortunadamente, no tienes un pecho mayor que el otro».

Y eso me tranquiliza.

Pero no del todo.

## PEDAZO 28

TAN TRISTE ME SENTÍ después de aquel paseo, que no quise pasar la noche sola.

Ahora, cuando siento esta clase de depresiones, resuelvo de otro modo el problema. Pero entonces yo no era como ahora, y me fui a pedir hospitalidad a una amiga llamada Merche. No me dio ningún reparo llamar a su puerta, a pesar de ser tan tarde, porque Merche era la hija de un farmacéutico. Y en las farmacias, como toca estar de guardia cada lunes y cada martes, hay costumbre de que llegue gente a cualquier hora de la noche.

Merche me abrió la puerta de la rebotica, y le conté lo que me había pasado. No tuvo inconveniente en darme hospitalidad hasta el día siguiente, pues todas las personas que se dedican a los enfermos —bien sean monjas, médicas o farmacéuticas—, tienen la obligación de ser caritativas con las desgracias en general. Gajes del oficio.

Al preguntarme Merche si había cenado y contestarle que no, me dio un capón. No un capón completo, porque casi todo se lo habían cenado su padre y ella, pero sí una pata muy hermosa y algo de pechuga que les sobró.

Cuando acabé la cena, me eché a llorar y dije a Merche:

—¡Ay, chica! Soy muy desgraciada desde pequeña, pues veo que siempre me persigue la maldad.

Y ella me replicó:

—Vamos no seas cretina. Lo que pasa es que eres guapa, y por eso te quieren hacer la cusqui.

Y yo dije:

—¡Si sólo fuera la cusqui! Lo malo es que los hombres quieren hacerme otras cosas.

—Anda, no llores —me consoló—, que mañana te invito a comer en «El chanquete de oro».

Yo sabía que aquel restaurante era entonces uno de los más caros de Málaga. (Y sigue siéndolo, según me han dicho, aunque ha cambiado de nombre en atención a la oleada turística y se llama ahora «The chanquete of gold»).

—¡Uf! —exclamé al oír la invitación—. Pero ¡te va a costar un ojo de la cara!

—No te preocupes, porque yo no pagaré el convite.

—¿Conoces a algún cocinero? —dije yo, siempre con mi ingenuidad a cuestas.

Merche soltó la risa y me contó que ella se había despabilado a tiempo. Gracias a eso tenía muchos trajes, mucha ropa interior; y bastantes adornos de metales finos para ponérselos en los brazos, en los dedos, e incluso en las orejas.

—También yo —dije— tendría muchas cosas si tuviera un padre como tú. Pero como el mío me lo aplastó un aeroplano...

—Si tú quisieras —me dijo Merche—, podrías tener un padre igual al mío.

—¿Cómo? —pregunté con extrañeza—. Un padre nuevo no se puede improvisar. Y menos aún, que sea farmacéutico.

Entonces, echándose a reír otra vez, me confesó que el farmacéutico no era su padre, como creía todo el barrio, sino su novio.

Yo me quedé un rato perpleja, tratando de comprender aquel lío de familia. Porque no es fácil, de golpe y porrazo, cambiar de sitio en la cabeza a un señor que teníamos clasificado como padre formal, para darle el puesto de amante inmoral. El cambio es brusco y trastorna todas nuestras estanterías cerebrales.

Cuando me repuse de la perplejidad, Merche me explicó que ella era el doble de huérfana que yo; pues a falta de padre, tampoco disponía de una madre que le echara un remiendo.

—Me mataron a la pareja durante la guerra, en un bombardeo —me fue contando mientras deshacía mi maleta—. Y como la orfandad adelgaza mucho, entré un día en esta farmacia a buscar un reconstituyente. No lo encontré en un frasco, sino en el propio farmacéutico, que me ofreció una colocación. Luego, poco a poco, fui dejándome engatusar por él hasta que nos liamos. Es un hombre bueno, cariñoso y bastante viudo. Digo «bastante», porque su mujer se escapó con otro hace muchos años. Y aunque se sospecha que ella ha muerto, nadie tiene la seguridad.

—Pues perdona que te lo diga —dije yo para no ofenderla demasiado—, pero no me cabe en la cabeza que una chica joven no sienta asco al acostarse con un señor maduro.

—A mí —filosofó Merche— sí me cabe en la cabeza. Y en el estómago también. Porque a fuerza de sufrir desilusiones, se empequeñece el corazón para querer y se agranda el cerebro para calcular. Llegas a la convicción de que un hombre maduro con dinero es mucho más interesante que un jovencito sin porvenir que te hace pasar hambre.

—¿No crees tú en el «contigo pan y cebolla»? —pregunté yo.

—Creo más en el «contigo paz y farmacia». Porque mi novio me molesta pocas veces a la hora de dormir, y me da a cambio todo lo que necesito. ¿Tú sabes el dineral que produce esta farmacia?

—¿Más que un bar?

—¡Mucho más! Los enfermos son una mina, chica. Hasta el hombre más tacaño con las mujeres, se vuelve espléndido cuando se trata de atender a sus enfermedades. Lo que no se gastan muchos en invitarte a unas copas, lo derrochan todos en comprarse potingues. ¿Crees que voy a ser tan tonta que renuncie a este negocio? Piensa que algún día yo lo heredaré, porque el maduro no será eterno. Y como todo el mundo cree que es mi padre, a nadie le extrañará.

Dormí poco aquella noche, no sólo por el mal sabor de boca que me dejaron las

revelaciones de Merche, sino por el mal olor de narices que me dejaban los medicamentos almacenados en la rebotica.

Al día siguiente, mi amiga me dijo que me pusiera mona para llevarme a comer al «Chanquete de oro». Yo, sin ninguna malicia, me puse una blusa con dibujitos calados, de esas que dejan ver bastante escote por los agujeritos. Me la había regalado la señora de la casa donde conocí a Rodolfo, pues a ella se le quedó pequeña debido a que las sucesivas maternidades desarrollaron en exceso su región pectoral. Era la prenda mejor de mi vestuario y me favorecía horrores.

En el restaurante todo el mundo me miró tanto, que no tuve más remedio que ponerme colorada. Yo pensé que se fijaban en mí porque notaban que me movía con poca desenvoltura en aquel ambiente tan fino, donde hacía falta ser políglota para entender el menú.

—No seas boba —me dijo Merche—. Te miran porque estás preciosa.

Cuando nos pusimos a comer un postre que tenía un nombre muy historiado, y que luego resultó ser melocotón en almíbar con una plasta de nata, se acercaron a la mesa dos señoritos amigos de Merche.

—Preséntanos a esta maravilla —le dijeron mirándome con ojos glotones, como si yo fuera tan dulce como el postre—. ¿Permitís que nos sentemos a tomar el café con vosotras?

Merche dijo que bueno. Me los presentó como Chicho no sé qué y Pololo no sé cuántos. Eran simpáticos. Además, se empeñaron en pagar nuestra comida, y Merche, que tenía mucho mundo, no protestó.

Tomamos unas copas y a los dos señoritos se les desataron las lenguas. Sobre todo a Pololo, que quería saber a toda costa quién era yo y de dónde había salido.

—¿Eres nueva en esta plaza? —me decía.

Pero yo me hice la misteriosa, porque me pareció feo confesar a unos tipos tan distinguidos que hasta el día anterior había estado sirviendo de camarera en una pensión. Y esto excitó todavía más su curiosidad.

Al salir del «Chanquete», Pololo propuso que nos fuéramos en el coche de Chicho a merendar en Torremolinos. La sobremesa, entre la cháchara y el copeo, había sido larga.

—Yo tengo que trabajar —dijo Merche—, pero Mapi os acompañará. Ha tenido muchos disgustos últimamente y necesita distraerse.

Y me fui con ellos.

Recuerdo que en el coche me senté delante con Chicho, que conducía y no estaba tan borracho como Pololo.

Recuerdo también que Torremolinos no me gustó ni pizca, porque entonces no habían hecho aún todos esos grandes hoteles que parecen cajas de cerillas superpuestas. Sólo había unos cuantos «chaletes» modestos de gente malagueña que

no tenía dinero para irse a veranear lejos, y unos pocos hoteluchos pasados de moda, en cuyas terrazas empezaban a tostarse algunos extranjeros.

La parte que podríamos llamar «el pueblo», o sea la zona más cochambrosa donde viven los nativos, estaba habitada por pescadores y gente humilde que aún no habían podido enriquecerse vendiendo sus casas y sus solares a los turistas.

¡Qué diferencia con el Torremolinos de hoy, que ha crecido tan de prisa como una peluca en la cabeza de un calvo! Cuando yo fui con Chicho y Pololo, los chicos guapos se iban al mar a pescar boquerones; y no como ahora, que se van al bar a pescar escandinavas.

Los señoritos me llevaron a un cafetucho que había en la plaza principal, que empezaba a convertirse en típico porque en él se reunían algunos ingleses mezclados con artistas y sarasas. Era fácil distinguir a los ingleses porque, además de rubios, eran más altos y hablaban más bajo. Pero los otros componentes de la parroquia se prestaban a confusiones, porque tanto los artistas como los sarasas vestían ropas igualmente estafalarias y daban los mismos gritos.

Nos sentamos en el centro de aquel ruidoso grupo, en el que caí muy bien. Todos estuvieron amables conmigo, y me daban cordiales palmadas en los muslos cuando se dirigían a mí como si me conocieran de toda la vida.

Chicho y Pololo eran muy populares en aquel sitio, pues tenían dinero y lo derrochaban invitando a todo el mundo. A la hora escasa de estar allí, los dos habían agarrado una tajada bastante monumental y apenas me hacían caso.

Uno de los contertulios, en el que se reunían las dos profesiones predominantes de la reunión —era artista por un lado y sarasa por el otro—, sacó una guitarra de no sé dónde y se puso a tocar. La fiesta fue animándose de tal modo, que hasta un inglés cantó bulerías con un acento de Manchester que daba risa.

Para oír mejor al inglés cambié de sitio, y fui a sentarme entre dos de aquellos tipos estafalarios. No tuve que hacerles ninguna pregunta para averiguar al poco tiempo la profesión de ambos: deduje que el de la derecha era sarasa, porque al hablarme no me dio ni una sola palmada en los muslos. El de la izquierda, en cambio, se arrimaba a mí hasta hacerme daño en el hueso de la cadera. Se notaba a la legua que este último era pintor, porque olía muchísimo a aguarrás.

Cuando el inglés terminó sus bulerías, tuvieron que sacarle en hombros. Pero no por el entusiasmo que produjo su cante, sino porque estaba tan borracho que no se tenía en pie. Y cargado como un saco en los hombros de los camareros, le llevaron a su casa. Con lo cual el festejo decayó, porque no hay nada que anime tanto una reunión como la borrachera de un inglés gracioso.

Yo no había bebido mucho, porque entonces era todavía de poco beber, y empecé a darme cuenta de que era muy tarde. Siempre ocurre igual: cuando una empieza a pasarlo bien, resulta que el reloj no ha parado de moverse y hay que marcharse.

Preocupada por la hora, empecé a mirar a mi alrededor en busca de los señoritos que me habían traído.

—¿Dónde está Chicho? —pregunté al no ver a ninguno de los dos.

—Se fue hace rato con Pololo —me informaron—, a seguir la juerga por ahí.

Tan borrachos estaban, que se habían olvidado de mí. Y me abandonaron en el cafetín, metida hasta las cachas en aquel barullo de bohemios y maricas.

## PEDAZO 29

DEBIDO A QUE por desgracia soy experta en esas materias llamadas viciosas, clasifico el bebestible según los efectos que produce en el consumidor. Y en mi clasificación hay tres grupos: bebidas violentas, tontorras y lacrimógenas.

Entre las primeras está el vodka, por ejemplo, que pone tan rabiosos a los rusos y les hace querer pegarse con todo el mundo.

Entre las segundas está el *whisky*, sin ir más lejos, que te obliga a hacer mucho pipí y te deja amodorrada.

Y entre las terceras está el vino de Málaga, que por ser tan dulzón te entrompa de un modo empalagoso haciéndote llorar.

Aquella tarde, en el cafetín de Torremolinos, los «chatos» que bebí fueron de ese jarabe malagueño. Y la media lagartijera que agarré, me dio llorona. Al verme sola entre aquellos extraños, de noche y sin los señoritos que me habían acompañado hasta allí, no pude contenerme. Y ¡cataplum! Lagrimones al canto.

El pintor que tenía a mi izquierda, con el aquel de consolarme, se arrimó más a mí. Y aunque yo intenté pararle las caderas diciéndole «¡quieto, artista!», no me hizo caso.

—¿Qué te pasa? —me dijo cogiéndome la barbilla con la mano.

Como el barbilleo es una caricia inocentona y paternal, no me opuse a que me barbilleara un poco. Téngase en cuenta que yo me sentía muy tristonza, y nada consuela tanto a una chiquilla llorosa como ser barbilleada por un hombre mayor. Porque el pintor no era ningún chaval. Tenía por lo menos veinte años en cada pata, que hacen un total de cuarenta. Si Pitágoras no engaña.

(Esta última frase, dicho sea entre paréntesis, me parece impertinente para el pobre Pitágoras. Con ella parece que se pone en duda su formalidad al hacer las cuentas. Lo cual es una canallada. Porque yo, después de conocer a tantísimos fulanos, puedo asegurar que Pitágoras es el único hombre que nunca ha engañado a nadie. Y conste que mi opinión es completamente desinteresada, porque nunca tuve nada que ver con él).

Volviendo al pintor, que además de cuarentón tenía las orejas rodeadas de canas, diré que inspiraba confianza. No sé por qué. Quizá fuera por el olor tan hogareño a aguarrás; o por el calor que tenían sus manos; o por el tono grave de su voz, que destacaba entre los agudos cacareos de los maricas. Repito que no sé la razón, pues la confianza es una cualidad curiosa de los individuos: basta para inspirarla cualquier pijada.

El caso es que yo le conté al artista los motivos de mi llorera: que me sentía sola, que no tenía casa ni trabajo...

—Pero ¿no tienes familia? —me preguntó él, volviendo a barbillearme

paternalmente.

Le dije que sólo me quedaba en la Mancha una madre, que no quería verme, dos hermanos que yo no sabía dónde estaban, y una hermana monja que era como tener un tío en Alcalá.

—¿Y dónde vives? —siguió preguntándome el pintamonas.

Le dije la verdad: que en ninguna parte, porque mi amiga Merche sólo me había dado hospitalidad por una noche. A él pareció conmoverle mi situación y me dijo que podía ofrecerme trabajo.

—¿Tú sabes posar? —me preguntó mientras se le encendía un relampaguillo en los ojos.

Al oír aquello me puse toda roja y estuve a punto de darle un bofetón, porque era la primera vez que oía ese verbo y pensé que quería decir una cosa fea. ¡Hay tantas maneras de expresar en castellano la misma barbaridad! Eso es lo malo de tener un idioma tan rico: que cualquier fulano puede soltarte una grosería sin que te des por aludida.

Pero el pintor me sacó de mi despiste explicándome lo que quería decir «posar», y me tranquilicé cuando supe que sólo consistía en quedarse quieta como un pasmarote sobre una tarima.

—¡Hombre, eso lo hace cualquiera! —le dije yo.

—Pues yo podría pagarte bien si posaras para mí algunas sesiones —me propuso el tío—. Eres justamente el modelo que yo andaba buscando para un cuadro que quiero presentar al próximo Salón de Otoño.

—No te dará tiempo —observé—, porque ya estamos en otoño.

—No te preocupes —me dijo él—. Como en España lo hacemos todo con retraso, los salones de otoño se inauguran siempre en pleno invierno.

—¿Y qué sueldo me pagarías? —quise saber.

—Diez duros por sesión, y la fama aparte. Porque si el cuadro me sale bien, puede que llegues a ser tan famosa como la Mona Lisa.

Acepté sin rechistar. Pero no por lo que me dijo de la Mona, sino por lo que me habló del «moni». ¡Diez duros diarios, rediez! Aquello, para una obrera parada como yo, era la solución de las hambres que me acechaban.

El pintor, que por cierto se llamaba Marcelo, pidió una botella de sidra achampanada y unos tacos de jamón para celebrar nuestro apaño laboral. Luego me dijo que fuera con él, para que me enseñara su estudio, donde íbamos a trabajar desde el día siguiente.

No pude negarme, porque ya era mi jefe. Y salimos del cafetucho mientras los sarasas, aprovechándose de que todos estaban borrachos y no se daban cuenta, metían mano a los artistas.

—Nunca encontrarás un trabajo más descansado —me fue diciendo Marcelo por

el camino—. Tienes que estar quietecita durante algunas horas, con una manzana en la mano.

—Procuraré no moverme —me hice la graciosa—, para que el retrato no te salga movido.

El estudio estaba en una callecita que descendía desde la playa al mar. Era un local grande y frío, con cierto aire de garaje, pero no olía a gasolina, sino a aguarrás. Con este olor se mezclaba otro a óleo, que es un aceite que sólo se usa para pintar, porque es demasiado malo para freír.

En el centro del estudio, apoyado en un trípode, había un bastidor con una tela blanca sin ensuciar todavía por las pinturas. En ese trípode, que los pintores llaman caballejo o algo así, trabajaba Marcelo.

—Pintas unas cosas muy majas —le dije fijándome en un cuadro que había en la pared, que representaba a muchos militares antiguos—. ¿Qué son esos palitroques tan largos que llevan en la mano los soldados?

—Son lanzas —me explicó él—. Pero el cuadro no lo pinté yo. Es una reproducción de otro igual que hizo un tal Velázquez.

—¡Qué curioso! —observé yo—. Se llamaba igual que una calle que hay en Madrid.

—Es que Velázquez es un nombre bastante corriente —dijo él, para no dejarme mal.

—Pues se nota que era un tío muy mañoso —elogié.

Y añadí para no hacer de menos a Marcelo:

—Mejorando lo presente.

El pintor me enseñó algunas cositas hechas por él, que tenían colorines muy vistosos, pero formas raras. El tío era uno de esos artistas modernos que pintan en general a la gente con unos pies y unas manos enormes, como si el mono del que descendemos estuviera a la vuelta de la esquina.

—Supongo que a mí no me sacarás tan patosa ni tan manazas —le dije bromeando, pero en el fondo un poco alarmada.

—A ti —me dijo aproximándose adonde yo estaba—, te pintaré tal como eres. Y será mi obra maestra.

Yo retrocedí, pues aunque Marcelo inspiraba confianza, tenía una costumbre que es una cualidad en los toreros y un defecto en los hombres corrientes: se arrimaba demasiado. Creo que él se percató de mi retroceso, y se mantuvo desde aquel momento a una distancia prudencial para no espantarme.

Entre el copeo flamenco en el cafetucho y la cháchara artística en el estudio, nos dieron las mil. Como yo no tenía dónde ir, Marcelo me ofreció que me quedara allí a pasar la noche.

—Yo duermo en el piso de arriba —se apresuró a tranquilizarme, pues le miré

bastante escamada—. Puedes echarte en ese sofá. Te daré unas mantas.

—Si de veras duermes tú en el piso de arriba... —condicioné.

—Pues claro. A mi cuarto se sube por aquella escalera de caracol.

Acepté, porque el único medio de volver a la ciudad a aquellas horas era llamando a un taxi que me cobraría un dineral. Y en Málaga tendría que buscar alojamiento, pues Merche no podía darme hospitalidad debido a que la farmacia estaba de guardia y el farmacéutico necesitaba la rebotica para preparar las recetas.

Marcelo me dio las mantas. Me dio también las buenas noches y subió a su cuarto. Yo me tumbé en el sofá, vestida. Las mantas no las necesitaba, pues las copas me habían calentado por dentro; pero me eché una sobre las piernas, por el aquel del pudor. Porque aunque Marcelo se había ido ya, yo sospechaba que iba a volver.

¡Menudos lagartones son los hombres cuando están a solas en su guarida con una chavala! Al menor descuido, ya no hay quien se los quite de encima. Por eso decidí no dormir. El sueño, en estas ocasiones, puede ser fatal. A veces, al abrir los ojos, el enemigo está tan cerca que ya es imposible rechazar su ataque a la bayoneta.

Desde el sofá, colocado frente a la ventana, veía el mar. Lo veía a pesar de ser de noche y no haber luna, porque estaba tan lleno de luces como una verbena. Eran las barcas de los pescadores que pescaban calamares. Por lo visto, estos bicharracos son tan idiotas, que acuden a la luz como las limaduras de hierro al imán. Yo entonces no lo sabía y creí que aquellas luces eran de la costa africana que hay enfrente de Torremolinos.

«¡Qué bien! —pensé—. Estando tan cerquita, cualquier día puedo alquilar una piragua y darme un garbeo por Marruecos».

¡Lo que es la ignorancia!

Haciendo estos disparatados proyectos turísticos, entretuve al sueño y logré mantenerme despierta.

«Si el artista se ha creído que va a pillarme desprevenida —me dije—, se equivoca. No estoy tan borracha como la noche en que Ignacio abusó de mí. ¡Va listo ese pintamonas si intenta hacerme la misma cerdada! Porque no me cabe duda de que lo intentará. Como todos. Pero yo le diré que de eso nada, monada. Le diré también que acepté ser su modelo, pero que de ahí no paso. Le diré además cuatro cosas bien dichas».

En aquel momento, oí un ruido en lo alto de la escalera de caracol. Un ruidito confuso, que me puso las orejas como a los perros.

«¿No lo decía yo? —seguí pensando, mientras el corazón se me ponía a cien revoluciones por minuto—. ¡Ahí tenemos al cerdo!»

Me incorporé en el sofá, con todos los músculos en tensión. Tenía la boca seca y el estudio en penumbra daba vueltas a mi alrededor. ¡Maldito vino! Con un movimiento maquinal me arreglé el pelo, para estar mona cuando tuviera que luchar

con él.

Arriba, seguía oyéndose el ruido que me alarmó.

Aunque escuché muy atentamente, mi excitación hizo que tardara algún tiempo en averiguar el origen de aquel rumor. Pero al fin lo comprendí: era Marcelo, que roncaba en su cuarto estrepitosamente.

Entonces mis músculos se relajaron y me volví a tumbar. No entiendo todavía por qué, pero antes de dormirme dije entre dientes, bastante furiosa:

—¡Qué grosero!

## PEDAZO 30

TUVE QUE ABRIR LOS OJOS poco a poco, porque cuando desperté el estudio estaba lleno de sol. El mar que se veía por la ventana era muy azul, y mucho más grande de lo que yo me había imaginado.

«Pero ¿dónde puñetas se habrá ido esa condenada África?», pensé al no ver las luces que me parecieron de la costa marroquí.

Y tuve un encogimiento de hombros. Porque a mí, en el fondo, me importaba un pito lo que hubiese hecho África. Lo único que me interesaba era zamparme un buen desayuno, pues con todo aquel follón de la juerga me acosté con el estómago más vacío que el bolsillo de un pobre.

Marcelo se había levantado ya. Andaba por arriba, haciendo ruidos y chapoteos de agua. Cuando bajó me dijo que en la cocina había un cesto con fruta. Era todo lo que había para desayuno, y tuve que conformarme.

—La manzana no te la comas —me advirtió—, porque tienes que posar con ella en la mano.

—¿Cuándo empezamos a trabajar? —pregunté.

—En cuanto acabes de comerte ese plátano —me contestó mientras preparaba pincelitos y colorines junto al caballejo—. Hoy me siento inspirado.

Los artistas bohemios llaman «inspiración» a esos ratos poco frecuentes en que sienten ganas de trabajar. Tan poco frecuentes son esos ratos, que si no los aprovecharan bien no harían ni una sola obra en toda su vida. Por eso a Marcelo se le notaba la impaciencia que sentía por ponerse a pintarrapear la tela que le aguardaba encima del trípode. Y en cuanto terminé de comerme el plátano, me ordenó:

—Desnúdate.

Al oír aquello, me puse completamente amarillenta. Otras personas, al palidecer, se ponen blancas como una hoja de papel, pero yo, como recientemente anduve flojucha del hígado, me puse en aquella ocasión amarilla como una hoja seca. Me quedé tan inmóvil y tiesa, que Marcelo debió de creer que no le había oído y tuvo que repetirme:

—Vamos, desnúdate.

Lo decía con la misma naturalidad que si me estuviera ordenando: «Quítate los guantes». Pero yo, en cuanto se me calmó la palidez y me volvieron los colores, me encaré con él y le solté:

—De eso ni hablar, muñeco.

Al principio, pensando que estaba tomándole el pelo, se enfadó. Pero luego, al ver que yo hablaba en serio, se puso a mirarme como a un bicho raro.

—No sabía que fueras tan pudibunda, rica —me dijo—. Si llego a sospecharlo, no te habría contratado. Porque el cuadro que quiero hacer, representa a Eva

contemplando la manzana que piensa darle a su compinche. Y en el Paraíso, como ya sabrás por poco culta que seas, no se habían inventado los trapos ni las modas femeninas. Sería un anacronismo que, por respetar tu pudibundez, pintara una Eva con blusa y falda.

A continuación añadió que si me negaba a posar como él decía, sintiéndolo mucho, tendría que prescindir de mis servicios y buscar otro modelo.

Me vi de nuevo en la calle, zapateando de la Ceca a la Meca en busca de otra colocación. Y suponiendo que encontrara alguna, nunca sería tan buena como aquélla; porque entonces no era fácil ganar diez duros diarios en el servicio doméstico.

Después de cavilar un rato, mi intransigencia se ablandó parcialmente y propuse al artista:

—¿No podrías pintarme en bragas y sostén?

—No seas tonta —rechazó él—. Me parecería que estaba pintando a Eva en «bikini».

Para ayudarme a vencer mis escrúpulos, me explicó después que los desnudos en el arte no tienen ninguna malicia. Sólo se busca en ellos la belleza estética.

—¡Toma, claro! —comenté yo—: por eso en los cuadros se ven tantas señoras con las tetas al aire.

Porque a mí, la palabra «estética» siempre me ha parecido que se refiere a eso.

(A una amiga de Nati, por cierto, le hicieron hace poco una «operación estética» porque las tenía caídas).

Pero Marcelo, por lo visto, empleaba la palabreja en otro sentido. Vino a decirme con una verborrea muy culta que las tías en pelota, cuando posan para un fotógrafo, hacen pornografía; pero cuando posan para un pintor, hacen arte.

Yo, la verdad, no veo qué diferencia puede haber entre retratar desnudeces con un aparato o reproducirlas con un pincelito. Alguna habrá, aunque yo no la vea, puesto que la ley persigue a los pornógrafos y protege, en cambio, a los artísticos. Matices que a una, dentro de su burrez, se le escapan por ser demasiado sutiles.

—Todos los museos del mundo —concluyó Marcelo— están llenos de mujeres desnudas. Y ningún hombre va a visitarlos para satisfacer sus bajos instintos sexuales, sino para experimentar elevadas emociones espirituales.

Este razonamiento me convenció. Los anteriores, no. Ni los diez duros que Marcelo me entregó, como pago anticipado de la primera sesión. Fueron sus últimas palabras las que me conmovieron. Porque yo entonces, quitando algunos ramalazos materialistas que me daban cuando veía hambre en perspectiva, era muy romántica. Y comprendí que el Arte, escrito con letra gorda, me necesitaba. Llegué a pensar, con cierto orgullo, que quizás en un futuro no lejano alternaría en los museos con las carnes célebres de esas flamencotas frescachonas pertenecientes a la escuela

flamenca.

—Está bien —dije—: me desnudaré. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que cuando esté desnuda, no me mires.

—Si no te miro —razonó el tío—, ¿cómo te voy a pintar?

Cuando alguien tiene la razón, se la doy sin discutir. Y en este caso se la di. Pero le hice prometerme, para tranquilizar mi conciencia, que me miraría lo menos posible.

—Sin recochineo, vamos —concreté.

—No habrá recochineo —prometió—, ni mis miradas te ofenderán. Porque sólo te miraré con ojos profesionales. Piensa que soy médico.

—Mientras no seas un tocólogo...

Tranquilizada con esta promesa, me quité la ropa hasta quedarme como mi madre me trajo al mundo. Cogí la manzana y empecé a posar. Al principio me entró un tembleque en las piernas, y todo mi afán era tratar de esconderme detrás de la manzana. Pero era inútil, porque la manzana resultaba demasiado pequeña. El artista, además, corregía mi postura a cada momento.

—Baja la barbilla.

Y yo la bajaba.

—Sube la manzana.

Y yo la subía.

—Así, no te muevas.

Ya dije hace unas páginas que Marcelo inspiraba confianza. Gracias a eso mis nervios se fueron calmando, haciéndome más llevadera la vergüenza que sentía. Él, mientras pintaba, me entretenía hablando de cosas ajenas a lo que estábamos haciendo, para que me olvidara de mi desnudez. Así se me pasó el acaloramiento de los primeros minutos. Pero entonces empecé a sentir frío, porque la mañana era fresca y el escuchimizado sol otoñal no era suficiente para caldear aquel estudio tan grande.

—Te daré un trago de ajeno —decidió Marcelo—. Es la mejor calefacción.

Y me alargó una botella que tenía cerca del caballete.

—¿No te habrás equivocado? —le dije cuando acabé de toser después de haber bebido—. A mí esto me sabe al aguarrás que mezclas con tus pinturas.

—No, mujer —rió él, bebiendo también un trago—. El aguarrás es mucho más flojito.

Al cuarto trago de aquel matarratas, que sólo beben los artistas porque hace muy parisiense, se me fueron al diablo el frío y la vergüenza. Marcelo también bebió lo suyo, y en sus ojos fue enturbiándose poco a poco la mirada profesional. Con el pretexto de rectificarme la postura, se acercó varias veces a mí.

—Ponte más derecha —me decía dándome un cachetito en una nalga.

—Saca más el pecho —me ordenaba poco después.

—¿Cuál?

—Éste —concretaba él, tocándolo con el dedo.

Yo me retiraba diciéndole que no me hiciera cosquillas.

—Piensa que soy un médico —repetía él.

—Pero no seas tocólogo —reía yo, repitiendo mi chiste.

A medida que el ajenjo se nos iba subiendo a la cabeza, sus cosquilleos y mis risas fueron no sólo más fuertes, sino también más prolongados.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir.

Antes de que se terminara la sesión y la botella, la manzana que sostenía Eva rodó por el suelo. Y Adán se la comió.

## PEDAZO 31

DESPUÉS, ME LEVANTÉ muy llorosa y le di un tortazo a Marcelo. Debí dárselo antes, ya lo sé, pero más vale tarde que nunca.

Esta segunda caída, lo mismo que la primera, fue culpa del alcohol. Con Ignacio el vino tinto, y con Marcelo el ajeno. Me juré, por lo tanto, no volver a probar el ajeno en toda mi vida. Y he cumplido mi promesa: a partir de entonces, sólo me animo antes de mis caídas a base de *whisky*.

Uno de los ingleses que iba al cafetucho donde se reunía la tertulia de artistas y sarasas, compró un cuadro a Marcelo y se lo pagó en botellas de ese líquido escocés tan rico y tan caro. Gracias a lo cual, tuvimos «calefacción» excelente y abundante para las sesiones sucesivas. Que fueron muchas, porque Marcelo no tenía ninguna prisa en terminar el cuadro. Ni yo tampoco, lo confieso, porque los veinte duros diarios que él me pagaba me venían muy bien.

Olvidé decir que Marcelo, en vista de que yo era tan servicial, decidió duplicarme el sueldo. Porque yo, además de posar, me instalé a vivir en el estudio para hacer las comidas y arreglarlo todo. Gracias a este dinero pude hacer algunos ahorros y enviar unos billetes a mi pobre madre. También le escribí diciéndole que había encontrado una colocación muy buena, aunque sin concretar dónde ni en qué consistía.

(Toda madre, por pertenecer a una generación anterior, está chapada a la antigua. ¿Cómo explicar a la mía que yo me ganaba la vida poniéndome en pelota delante de un caballero? Hay cosas que, por inocentes que sean, suenan mal al decir las. Y ésta es una de ellas).

Por vez primera desde que salí del pueblo, me sentía bastante feliz. No estaba enamorada de Marcelo, pero tampoco me repelía. Era para mí como una especie de marido junto al cual se tiene paz, protección y compañía. Me asombraba que la gente le admirase como pintor, y que pudiera vender a buen precio aquellos cuadros que hacía con personajes tan deformes. Sólo a mí me sacó tal como soy, sin omitir ni un lunarcillo muy gracioso que tengo en el muslo izquierdo.

Tan parecida me encontré al ver el cuadro terminado, que me pareció que estaba mirándome a un espejo. También la manzana estaba muy propia, con su brillito y todo como las de verdad.

—Si sabes pintar así —le dije—, ¿por qué haces siempre esas figuras con patatas y manazas?

—Porque sólo se puede hacer un cuadro como éste teniendo un modelo como tú. Inspiras una barbaridad, rica.

Antes de embalar el cuadro para mandarlo al Salón de Otoño, dimos una fiesta en el estudio a los amigos de Marcelo para enseñárselo. Fueron un montón de personas, que lo pusieron todo perdido de colillas y huesos de aceituna.

A mí me daba un poco de vergüenza que viesen el retrato tantos individuos en presencia mía, pues era como estar exhibiéndome ante ellos en cueros vivos. Aunque acudieron muchos pintores y críticos, no conseguí que nadie me mirara con ojos puramente profesionales. Y a más de uno le oí decir, no sé si como elogio o como censura:

—El cuadro es tan realista, que resulta pornográfico.

El jolgorio duró casi toda la noche, hasta que se acabaron las botellas con las que el inglés había pagado una obra de Marcelo. Ya se sabe que el motor de las fiestas deja de carburar en cuanto le falta combustible.

Entre los primeros que se fueron completamente borrachos, estaban Chicho y Pololo, los señoritos que me presentó Merche y que me llevaron a Torremolinos. Los dos, antes de emborracharse del todo, me hicieron proposiciones deshonestas.

—No tienes derecho a ofenderte —me dijeron con sus lenguas estropajosas señalando al cuadro—, porque ya te hemos visto desnuda.

—Si llegamos a saber que estabas así de rica —añadieron intentando pellizcarme —, ¡a buena hora te dejamos aquella noche en el cafetucho!

Cuando mi retrato salió para Madrid, Marcelo empezó a hacerme otro. Desnuda también, claro, porque son los que se venden mejor. Pero esta vez más desnuda todavía, porque ni siquiera me puso manzana. Y la manzana, al fin y al cabo, me tapaba la palma de una mano.

—Cuantos menos elementos accesorios distraigan los ojos de tu figura, mucho mejor —dijo Marcelo.

Posé tumbada en un sofá, en una postura parecida a la de esa maja sin ropa que pintó un mañico muy mañoso. Pero como yo, modestia aparte, le daba sopas con honda a aquella maja en majeza y juventud, el cuadro de Marcelo resultó bastante más vistoso que el del mañico.

En cuanto lo terminó, cuando aún no se había secado la pintura de la firma, se lo compraron los directivos del Casino Agropecuario para colgarlo en uno de sus salones.

—Nuestro casino es un centro cultural —dijeron los muy cucos—, y tenemos el deber de deleitar los ojos de nuestros socios con obras de arte.

Gracias a este truco, las paredes de aquel casino estaban cubiertas de «desnudos artísticos», que es la manera fina de llamar a los retratos de señoritas en pelota. Y a los socios, vejestorios en su mayoría, se les alegraban los ojillos a la vista de tanta carne sin vestir. Nadie podía reprocharles que se pasaran mucho rato contemplando los tesoros de la pinacoteca del casino, porque ellos decían que estaban admirando las «calidades» y «claroscuros» de la pintura; pero lo que hacían en realidad era refocilarse con los pechos y las nalgas de las chavalas.

Mi cuadro tuvo tanto éxito en el Casino Agropecuario, que algunos socios fueron

al estudio de Marcelo a hacerle encargos. Yo creo que iban también a verme a mí al natural, pues el retrato les gustó tanto que quisieron conocer el modelo. A mí todo aquel éxito se me subió un poco a la cabeza. También se me subía el alcohol que Marcelo y yo bebíamos para celebrar nuestro triunfo, y pasamos una temporadita de juerga en juerga. Todos los artistas bohemios hacen lo mismo en cuanto agarran unos cuantos billetes de los grandes.

Pero lo malo fue que los billetes se acabaron, y Marcelo no reaccionó. En vez de ponerse a trabajar para cumplir los encargos que tenía, siguió bebiendo y pretendiendo que bebiera yo también. Yo le aconsejaba que cogiera los pinceles y dejara las botellas, pero no me hacía caso. Algunas veces, cuando estaba más despejadillo, me decía:

—Desnúdate.

Pero no era para pintarme.

—Mañana sin falta —me decía cuando terminábamos de divertirnos— empezaré a hacerte otro retrato.

Pero llegaba mañana, y nada.

Comíamos poco, mal y a deshora. En el estudio andaba todo manga por hombro, pues con tanta disipación yo no tenía tiempo ni ganas de poner las cosas en orden. Había botellas vacías por todas partes, colillas en los platos soperos y restos de sopa en los ceniceros.

Marcelo dejó de pagarme el sueldo, pero prometió que me abonaría todos los atrasos en cuanto cobrara alguno de los cuadros que tenía que hacer. Eso me animaba a seguir aguantándole y siguiéndole la corriente en su vida disipada.

Nuestras juergas solían empezar en el cafetucho de la plaza donde yo le conocí, y terminaban en los sitios más inesperados: unas veces en casa de algún borracho desconocido que nos invitaba a tomar la penúltima copa; otras, en un barracón que había junto a la playa donde los pescadores se tomaban unos tragos al embarcar y desembarcar; y algunos en la Comisaría, acusados de alboroto en la vía pública, o denunciados por el taxista que nos transportó toda la noche y al que al final no queríamos pagar.

Por mucho que me estruje el relleno de mi cuero cabelludo, nunca conseguí recordar ni a la centésima parte de la gente rara que tratamos entonces. Alternábamos con ese mundillo nocturno compuesto de hampones, señoritos borrachos, cómicos, fulanas y taxistas que nutren los sitios a los que se va cuando se tiene demasiado ardor de copas en el estómago para ir a la cama.

En este mundillo hacíamos amistades entrañables que sólo duraban el tiempo de bebernos una botella juntos, pues a la mañana siguiente no sabíamos quiénes eran ni cómo se llamaban.

A mí se me repitieron dos o tres veces unos colicazos parecidos al que sufrí a mi

llegada, porque el hígado y la manzanilla se llevan tan mal como el yerno y la suegra. Pero se me pasaban pronto a base de agua de limón y unos hierbajos cocidos que llaman boldo. Marcelo, en cambio, tenía todos sus hígados a prueba de bomba, y sólo salía de la borrachera anterior para entrar en la siguiente. Como desde chica nunca dejé de ser chistosa, le puse de mote «Trompeta», porque siempre estaba trompa.

Estas rachas alcohólicas, según mis experiencias posteriores hechas con sujetos de diferentes culturas, son frecuentes en los artistas que usan la cabeza para crear cosas. Por lo visto, el parto artístico requiere un gran esfuerzo de todos los mondongos cerebrales; y después de parir, el llamémosle parturiento tiene que relajarse completamente durante algún tiempo para acumular nuevas energías creadoras. Lo mismo que después de hacer un niño las mujeres necesitan cuarenta días de reposo antes de ponerse a fabricar otro, hay artistas que al terminar una obra se toman varias semanas de juerga antes de ponerse a trabajar de nuevo. Lo malo fue que Marcelo, después de aquella racha que se tomó para reponerse de haber parido mis retratos, no pudo volver a ensuciar ninguna tela con sus pinceles. Y ahora explicaré por qué.

## PEDAZO 32

HACE UNAS NOCHES, mientras un uruguayo con el que ligué me tocaba unos discos en su apartamento, recordé con una claridad asombrosa lo que le sucedió a Marcelo. Por algo dicen los psicólogos que la música tiene un poder evocador bárbaro. Y tanto. A mí me basta que alguien tararee cierta nana manchega, para verme envuelta en pañales y acunada en los brazos de mi madre. Y en cuanto alguna orquesta toca una vieja conga llamada «Se va el caimán», me acuerdo de la primera noche que ingresé oficialmente en este oficio al irme con un señor a cambio de unas pesetas.

También los olores me despabilan mucho la memoria, pues la peste a marisco podrido me evoca el camión en el que hice mi primer viaje a Málaga. Y el olor rural a fogata de leña, me transporta a los fríos de mis inviernos infantiles en el pueblo. Y cuando huelo cerca de mí la pestecilla del tocino frito, me acuerdo del cerdo de don Julio Cabezón (o Cabezudo).

Pero reconozco que la música me saca los recuerdos de los entresijos cerebrales a mucha más velocidad. Porque en cuanto el uruguayo de la otra noche colocó en el tocadiscos esa vieja canción que se llama «¡Ay, qué caracoles!», se me pusieron delante de las narices todos los detalles de la juerga más trágica que corrí en mi vida.

Fue un viernes, en el cogollo de aquel invierno malagueño.

Durante toda la semana había estado lloviendo sin parar, y estábamos todos los habitantes con más humedad en el cuerpo que los propios renacuajos. Pero aquel día salió el sol y la temperatura se puso de un tibio que daba gusto. Los entendidos en asuntos del clima, decían que había empezado el veranillo de San Gabino. Porque como en el Sur la gente presume de que hace tan buen tiempo, cada cual se inventa todos los veranillos que le da la gana. Por eso allí no hay solamente el de San Martín, como en el resto de España, sino muchos más: en cuanto sale el sol le dicen a una que ha empezado el veranillo de San Nemesio, de San Tadeo o de San Filipón.

Como la lluvia nos había obligado a quedarnos en el estudio varios días seguidos, Marcelo salió aquel viernes con unas ganas de divertirse horrorosas. En el cafetucho de la plaza nos tomamos las primeras copas. De allí nos fuimos a cenar a una tabernita cuyo dueño, un sarasa muy habilidoso, freía el pescado de maravilla.

En la taberna, cenando también, estaba un pintor holandés al que todos llamábamos «Gómez». Él, naturalmente, no se llamaba así; pero le pusimos este nombre para simplificar, porque era necesario hacer unas acrobacias muy complicadas con la lengua para pronunciar los apellidos que le pusieron en su tierra.

El holandés estaba casado con una compatriota suya cuya madre debió de ser vaca, pues tenía una gordura fuera de lo corriente. Ella le seguía con docilidad a todas partes, como si él la llevara tirando del ronzal. Aquel matrimonio traicionaba todos los días a su país, pues jamás probaban la bebida nacional holandesa, que es la leche.

Ambos tenían tanta afición y capacidad para la manzanilla como dos toneles.

Después de tomarnos una fritanga variada, en la que entraban todos los residuos del pescado que se consumió en la taberna durante el día, «Gómez» propuso que fuéramos a su casa para ver un cuadro que terminó aquella tarde. Había invitado también a varios críticos de arte malagueños, que comían gratis todos los días acudiendo a las numerosas fiestas que organizan los innumerables artistas de la costa para enseñar sus últimas obras.

Marcelo aceptó, pues tenía ganas de ver lo que había hecho el holandés. Porque «Gómez», aunque a Marcelo le diera rabia reconocerlo, pintaba mejor que él y tenía más nombre en el extranjero. Sus pinturas se vendían en monedas más fuertes que nuestra flaca peseta, y se colgaban en paredes internacionales inaccesibles a nuestros plásticos de andar por casa.

En la taberna bebimos bastante, con la buena intención de que los peces que habíamos comido no se ahogaran al llegar a nuestros estómagos y encontrárselos secos. Muy animados, por lo tanto, nos fuimos a la juerga flamenca que había organizado aquel flamenco de los Países Bajos.

«Gómez» y su vaca consorte vivían cerca de la playa, en una casa de pescadores que compraron por cuatro perras gordas y arreglaron a su gusto. No tenían niños, ni perros, ni pájaros. Vivían completamente tranquilos, pintando de día y bebiendo de noche.

El cuadro que nos enseñó «Gómez» debía de ser impresionista, porque a mí me impresionó una barbaridad. Era el retrato de una vieja despiojando a una niña a la puerta de su casa. La escena me causó impresión porque yo la había visto muchas veces al natural en las calles de mi pueblo.

Tanto la figura de la vieja como la de la niña estaban muy propias. La niña, que era pobretona y flaquirucha como todas las que necesitan ser despiojadas a mano, tenía la cabeza gacha para facilitar la tarea de su abuela. Y las manos de la vieja exploraban su cuero cabelludo, apartando los pelos lacios en busca de los bicharracos.

—Éstos son los temas españoles que gustan en el extranjero —chapurreó «Gómez» en su pésimo castellano.

—Porque la mayoría de los extranjeros son unos guarros —dijo Marcelo enfadado.

—Mí no comprender por qué dices eso —intervino la vaca holandesa, dejando de rumiar unas galletas que sacó para obsequiarnos.

Pero yo sí comprendí por qué Marcelo lo había dicho: como el cuadro de «Gómez» era tan bueno que no se le podía atacar por la parte pictórica, la envidia del pintor español lo atacó por la parte patriótica. Y se puso a despotricar contra todos los turistas que sólo se fijan en las cosas malas que tenemos.

—Yo también fijarme en las buenas —chapurreó el holandés, añadiendo para justificarse—: el cuadro anterior que pinté representaba una corrida, en la que un toro sacaba las tripas al caballo de un picador.

«Gómez» era mansurrón, como todos los holandeses, y tomó a chacota el cabreamiento de Marcelo. Lo cual le sentó a éste lo mismo que un cohete en cierto sitio, haciéndole soltar barbaridades contra aquellos flamencos nórdicos. Pero el holandés, que había sacado unas botellas de esa ginebra tan rica que hacen en su país, no lo tomó a mal. Incluso puso en el tocadiscos la canción «¡Ay, qué caracoles!», para aflojar la tensión del ambiente que estaba creando Marcelo. La pachorra es una de las virtudes más estimables de los pueblos que tienen la sangre tan fría como las ranas.

Lo malo fue que, cuando llegaron los críticos, se extasiaron ante el cuadro de «Gómez» diciendo que no habían visto desde hacía mucho tiempo nada tan bueno. Esto ofendió a Marcelo, que pocas semanas antes los había invitado a ver los retratos que me hizo. Y para desahogar su ofensa, la emprendió de nuevo contra los extranjeros que sacaban a relucir nuestras lacras para humillarnos y ponernos en ridículo ante todo el mundo.

Este desahogo no le impedía seguir consumiendo en grandes dosis la ginebra del anfitrión, contra la cual no tenía ningún prejuicio patriótico.

En la discusión las opiniones se dividieron, con lo cual se armó un pitote endiablado. Las mujeres de la reunión (la vaca holandesa y yo) tratamos de apaciguar los ánimos poniendo la música más fuerte y preparando tazas de café. Pero con el café sólo conseguimos que los discutidores, en lugar de dormir la borrachera que iban pescando, se mantuvieran despiertos y dispuestos a seguir bebiendo mucho más.

Aquella noche descubrí que los celos artísticos desquician a la gente y la hacen cometer tantos disparates como los celos amorosos. Marcelo y «Gómez» eran como dos enamorados de una mujercuela llamada «la Pintura», que se disputaban sus favores. Y como el holandés tenía más éxito con ella, el español echaba por la boca espumillas de rabia.

Mediada la tercera botella de ginebra, Marcelo comprendió que en el terreno pictórico tenía perdida la discusión: nunca podría convencer a los críticos de que él pintaba mejor que «Gómez». Y sintiéndose acorralado, arremetió contra su contrincante diciendo que Holanda era una caca comparada con España.

—Prueba de ello —tartajeó con la lengua torpe del borracho— es que tú has tenido que venir a pintar aquí. Porque el cielo de tu tierra está tan nublado, que todos los colores los veis grises.

Salió a relucir —¡cómo no!— nuestro famoso sol. Porque nuestro sol sale siempre, a tiempo de iluminar a los españoles que ya no tienen argumentos para discutir. Es una suerte que tengamos la riqueza de ese astro en el cielo, porque así no nos la podemos gastar. Y nos ayuda, en cambio, a obtener cierto crédito internacional.

«Gómez» admitió que la luz solar en España era particularmente intensa, pero negó que en su país estuviesen completamente a oscuras. Y la que empezó siendo una áspera discusión artística, se transformó en una estúpida polémica meteorológica.

Uno de los críticos quitó la razón a Marcelo asegurándole que no todos los paisajes holandeses eran grises.

—Yo estuve allí en primavera —dijo—, y los prados estaban cubiertos de tulipanes multicolores.

—Pues ¿sabes lo que te digo? —se enfureció Marcelo—. Que yo me cago en los tulipanes.

—¿Por qué? —preguntó el crítico, asombrado ante aquella absurda reacción.

—Será para que huelan a algo —dijo otro, que apoyaba la postura de Marcelo—. Como los tulipanes son inodoros...

Reventada la floricultura holandesa al oponerle nuestros claveles reventones, que huelen como demonios, le llegó el turno a las temperaturas. La esposa de «Gómez» quitó del tocadiscos «¡Ay, qué caracoles!» porque nadie lo escuchaba.

—¿Cuándo has visto en tu país —preguntó Marcelo para aplastar a su rival— que la gente se bañe en el mar en pleno invierno?

—Tampoco lo he visto aquí —dijo el holandés—. Eso es un «farol» que se tiran las agencias turísticas.

El tonillo despectivo del holandés transformó en nitroglicerina todo el licor que Marcelo tenía dentro del cuerpo. Y cuando estalló aquel explosivo, nos encontramos todos en la playa dispuestos a presenciar una demostración. Algunos salieron de la casa con el vaso de ginebra en la mano. Y la anfitriona gorda, que llevaba zapatos de tacón alto, se descalzó para andar mejor sobre la arena.

—¿De manera que nunca has visto que los españoles se bañen en el mar en pleno invierno? —gritaba Marcelo mientras iba desnudándose—. ¡Pues vas a verlo ahora mismo!

Aquella demostración era una tontería, pues con la calefacción interior que da un litro de ginebra, cualquiera puede bañarse hasta en el océano Glacial. Pero como todos teníamos unas trompas más o menos largas, aquello resultaba divertido.

—¡Vamos, jabato! —animábamos al esforzado compatriota que iba a demostrar la benignidad de nuestro clima.

Y el jabato se quedó en calzoncillos, expuesto a pillar una pulmonía. Porque el veranillo de San Gabino, dicho sea con todos los respetos para el santo que lo patrocina, es pura filfa. Un sol de engañifa permite andar durante el día en camisa de «sport», pero en cuanto cae la noche hay que volver a ponerse la camiseta de lana.

—¡Anda, macho! —espoleó un crítico a Marcelo, para vencer sus últimas vacilaciones.

Y el macho, entre aplausos y rechiflas, emprendió una carrerita hacia el mar. Pero

no se detuvo en la orilla, sino que siguió corriendo hasta que el agua le cubrió las piernas primero, y los calzoncillos después. Entonces se echó a nadar.

Le vimos alejarse entre la espuma que levantaban sus brazos y sus pies.

—¡Bravo! —exclamó «Gómez», pues a pesar de ser extranjero era noble, y no le importaba reconocer su derrota.

Y todos nos sentamos en la arena, a esperar que Marcelo saliera del mar.

## PEDAZO 33

RECUERDO QUE LA ARENA estaba húmeda, porque al levantarnos teníamos todos un redondel oscuro en las culeras respectivas.

—No es necesario que se quede tanto rato en el agua —opinó un crítico, descalzándose para vaciar sus zapatos de la arena que les había entrado.

—Claro que no —le dio la razón «Gómez»—. La demostración ya está hecha, y aquí hace un frío que pela.

—¡Qué va a hacer frío! —mintió el crítico, dispuesto como Marcelo a defender el honor del clima nacional—. ¿Quiere que me bañe yo también?

—La broma ya fue suficiente —dijo el holandés—. En cuanto salga Marcelo, volveremos a casa. Me está apeteciendo otra ginebra.

Yo creo que a todos nos apetecía, porque nos estábamos quedando helados en aquella maldita playa.

El patriotismo tiene eso de malo: que a veces hay que jorobarse para dejar a la patria en buen lugar. Además, con el frío se nos había pasado el efecto de los tragos que tomamos antes y fuimos poniéndonos serios.

—Parece que tarda —dije yo al cabo de un rato.

—Habrá ido a alguna parte —sugirió la vaca holandesa.

—No seas estúpida —le reprochó su marido—. Al único sitio donde puede ir un bañista en el mar, es al fondo.

«Gómez» tenía razón. Porque allí precisamente era donde Marcelo había ido. No por propia voluntad, sino porque el muy bruto no sabía nadar. Y en su afán de demostrar que en los mares españoles puede uno meterse en pleno invierno, se metió demasiado dentro. El pobre estaba tan borracho que cuando quiso darse cuenta, el agua le llegaba hasta muy por encima del cuello. Incluso de la cabeza.

Gracias a un pescador, que tenía una barca con un farol muy potente para pescar calamares, fue posible encontrar el cuerpo de Marcelo y traerlo a la playa.

Hoy todavía, cuando recuerdo aquel episodio, siento un cosquilleo en el cuero cabelludo como si los pelos quisieran ponérseme de punta. Pero no llegan a ponerse así porque el peluquero me echa en ellos mucha laca para endurecerlos, con el fin de que el peinado se me quede fijo.

Yo, por ser de tierra adentro, nunca había visto un ahogado. Es algo horrible, palabra. Y si el ahogado es una persona que una conoce, el horror que produce es mucho más fuerte.

La carne de Marcelo, inmóvil sobre la playa, parecía mucho más blanca que la arena. A la luz del farol que el pescador trajo de la barca, aquel corpachón parecía lleno de leche en lugar de sangre. Pero estaba, en realidad, lleno de agua. Lo que más impresión causaba, sin embargo, era la cabeza. Tenía el pelo pegado a las sienes. Y la

cara, de un espantoso color violeta, estaba tan hinchada como si el mar le hubiese pegado muchos puñetazos.

Del espanto que reflejaban sus ojos, quietos y medio fuera de las órbitas, prefiero no hablar. Ni de sus labios, amoratados, entre los que asomaba una lengua gorda y negruzca. Siempre he tratado en mi fuero interno de cubrir esas cosas horripilantes con una gruesa capa de olvido, pues durante mucho tiempo me quitaron el sueño y se me aparecieron en todas mis pesadillas.

A la vaca holandesa, al ver el cuerpo, le dio un ataque de nervios y empezó a reírse histéricamente. Pero no sé qué tiene la risa histérica, que no es contagiosa; y en vez de animar las reuniones donde surge, las hace más dramáticas.

«Gómez» trató de cortar aquella risa pegando a su mujer un bofetón, pero no logró calmarle el histerismo a aquella bestia.

—Será mejor que yo la acompañe a su casa —se ofreció uno de los críticos que estaba deseando marcharse de allí, agarrando a la señora por un brazo.

—Tú solo no podrás. Yo te ayudaré —dijo uno de sus compañeros, agarrándola a su vez del otro brazo.

Con este pretexto tan elegante, escurrieron el bulto tres elementos del grupo. También yo me hubiera ido de buena gana, como se fueron yendo todos los demás, pues el miedo me había puesto la piel de gallina. El aspecto de Marcelo era francamente malo y a nadie le gusta meterse en líos. Pero comprendí que debía quedarme, puesto que aquel cuerpo blancuzco era, a la vez, el de mi jefe y el de mi amigo.

—¡Hay que hacer algo! —dije angustiada.

—Sí, sí —balbució «Gómez»—. Voy corriendo a llamar a un médico.

Y se fue también. Con él se escabulleron sin decir nada los restantes elementos del grupo, que tampoco querían líos.

¡Los muy cobardes! Me dejaron sola en la playa, con el ahogado y el pescador que lo sacó del mar. El pescador era flaco, viejo y tan moreno como la tinta de los calamares que pescaba. Hablaba despacio, con un acento andaluz muy musical. La música provenía de que el aire de las «eses» que pronunciaba se le iba por los agujeros de algunos dientes que le faltaban, emitiendo silbidos.

—Creo que convendría jaserle la respiración artificial —dijo el vejete con mucha tranquilidad, pues al fin y al cabo aquel ahogado no era suyo.

—¡Pues hágasela, pronto! —le grité, notando que también yo iba a pescar un ataque de histeria con las redes de mis nervios.

—Es que yo no sé —me confesó—. Creo que hay que sentarse encima de la tripa, para que suelte el agua.

—Pues siéntese —le invité.

—No, gracias —rehusó—. Estoy bien de pie.

—Pero ¿no va a hacer nada? —pregunté, cada vez más asustada.

—No me atrevo. ¿Y si lo desgrasio más aún? El doctor que han ido a avisar, desidirá lo que debe hacerse.

Pero el doctor no llegaba y mi sistema nervioso no pudo resistir tantas emociones. No sé si me eché a llorar o a reír, porque ya estaba hecha un lío. El caso es que me quedé como lela, borrándoseme todo lo que ocurría a mi alrededor. Debí de pasar casi dos horas en la inopia. Después empecé a oír carreras y pasos amortiguados por la arena, y voces autoritarias que daban a gritos órdenes incomprensibles.

Pero yo tenía la cara tapada con las manos, porque así se inhibe una mejor. Y cuando las aparté, me extrañó verme en el centro de un círculo formado por mucha gente.

El pescador había apagado el farol que trajo de su barca, porque la luz artificial ya no era necesaria: el sol estaba saliendo a toda velocidad como si tuviera prisa por ver lo que había pasado en la playa de Torremolinos.

A pocos metros de donde yo estaba, seguía tendido el cuerpo de Marcelo. Pero ahora no aparecía desnudo, exhibiendo sus carnes lechosas y desagradables, sino cubierto por la vela de un balandro que alguien le puso por encima a modo de sábana.

Junto a él, la aurora me permitió distinguir la silueta de un hombre con botas, que tenía la cabeza cubierta por el curioso gorrito charolado de la Guardia Civil. Los mirones que nos rodeaban, mezcla compuesta a partes iguales de trasnochadores y madrugadores, no decían ni pío. Estaban quietos, con los ojos fijos en la vela que ocultaba el cuerpo de Marcelo.

Suele ocurrir muchas veces que, en los momentos más trágicos, nos fijamos en la cosa más tonta. Por eso quizás observé yo entonces que los seres humanos tienen un instinto geométrico nato, pues los mirones formaban a nuestro alrededor una circunferencia perfecta.

Pero no vi entre ellos ninguna cara conocida. Todos nuestros amigos habían chaqueteado de un modo vergonzoso.

En el momento de abrir yo los ojos, un par de individuos cubiertos con mandilones blancos entró en el centro de la circunferencia. Llevaban entre los dos una camilla, que dejaron sobre la arena para acomodar en ella el cuerpo de Marcelo.

—¿Lo llevan al hospital? —pregunté al guardia civil.

—No —me contestó él muy secamente—: lo llevan al depósito de cadáveres. Porque los muertos, en los hospitales, no hacen más que estorbar.

## PEDAZO 34

CUANDO REACCIONÉ después de recibir aquel golpe, que me sentó como un porrazo en el plexo solar, tuve que prestar declaración en el cuartelillo de la Guardia Civil.

Uno que debía de ser el más importante de todos los guardias, pues tenía unas pijaditas doradas en las bocamangas, me hizo contarle con detalle lo que había pasado la noche anterior. Por las preguntas que me hacía y la frialdad con que me trataba, cualquiera hubiese dicho que aquel tío me consideraba culpable de lo ocurrido.

Una de las cosas que me preguntó fue que si yo sostenía relaciones íntimas con el ahogado. Yo no pude negarlo, porque juré al principio que iba a decir toda la verdad. Pero me pareció que aquel guardia era un fisgón, y se lo solté con todas sus letras. ¿Qué tenía que ver lo que pasó la noche anterior en la playa con lo que hubiera podido pasar otras noches en la cama?

Mi observación escoció al del tricornio, que me dijo muy enfadado:

—¡Usted límitese a contestar a lo que se le pregunte!

No me detuvo por verdadera chiripa, pero me advirtió que no saliera de mi domicilio por si las autoridades me necesitaban. Y me necesitaron en seguida para preguntarme más cosas. Pero esta vez no fueron los guardias de Torremolinos, sino un juzgado de Málaga.

Yo iba de una declaración a otra como una sonámbula, pues la muerte de Marcelo me había afectado horrores. Sin él me quedé completamente sola en aquella ciudad extraña y hostil. Hostil, sí, porque la gente me echaba a mí la culpa del accidente sufrido por el pintor. No se decía que yo le hubiese ahogado con mis propias manos, claro; pero sí que le induje a hacer aquella vida loca y disipada que le llevó a la muerte.

Todos aquellos amigotes de Marcelo, que le invitaron a emborracharse hasta hacerle perder la noción de sus actos, buscaron la manera de tranquilizar sus conciencias a mi costa. Se decía —mi amiga Merche la de la farmacia me lo contó— que Marcelo perdió la razón al conocerme. Que estaba chalado por mis huesos, vamos. Y que yo, por ser una viciosa de aúpa, le arrastré a aquellas bacanales.

Al saberlo me quedé perpleja, y suspiré mirando al cielo mientras decía:

—¡Santo Dios! ¿Cómo puede ser tan guarra esta gentuza?

Pero como la maledicencia es una gangrena que no se puede atajar, las malas lenguas me convirtieron a los ojos de todo el mundo en una depravada.

Una risa amarga, que me nace en la bilis del hígado, acude a mis labios al recordar este episodio. ¡Yo, que siempre había tratado de frenar las locuras de Marcelo, transformada en instigadora de sus vicios! ¡La pobre Mapi, más inocente que una cuchara, ascendida a mujer fatal! Hasta el holandés, al que fui a visitar

creyendo que por ser extranjero no pensaría como la gentecilla provinciana, me dijo moviendo la cabeza con reproche:

—No debiste dejarle que bebiera de ese modo. Tanta rabia me dio, que estuve a punto de soltarle en su cara de torta:

—¡Pero si fuiste tú quien le emborrachó con tu apestosa ginebra, so cabrón!

Sin embargo me callé, porque comprendí que era inútil luchar contra aquella falsa opinión general. La calumnia se extiende con rapidez y arraiga profundamente en las ciudades provincianas, porque en ellas hay pocos políticos a los que la murmuración pueda despellejar. Y los pocos políticos que hay, ya están completamente despellejados. Por eso, en cuanto aparece una persona de pellejo flojo, allá van los calumniadores dispuestos a arrancárselo.

Yo no sabía qué hacer. Estaba tan triste y desconcertada como una perrita que hubiese perdido a su amo.

De momento, mientras tomaba una determinación, decidí quedarme en el estudio y salir lo menos posible para evitar los comentarios que mi presencia suscitaba. Sólo iba por las mañanas a la tienda, para comprar algún comestible que me entretuviese el hambre hasta el día siguiente, y hasta allí escuché que el tendero le decía a una persona señalándome:

—Mire: ésa es la pécora que desgració al artista.

Era mejor, decididamente, que me quedara en casa. Aunque por las noches pasaba un poco de miedo, porque no es agradable estar sola entre los muebles y los recuerdos de una persona que acaba de morir. Por poca propensión que se tenga a las fantasmagorías, se piensa siempre que las almas de los muertos frescos se resisten a abandonar la Tierra, y rondan algún tiempo por los lugares donde vivieron antes de marcharse al otro mundo.

Pero yo superaba estos temores, porque el estudio era el único sitio donde podía meterme. No obstante (expresión que Nati me enseñó y que ya uso con desparpajo), no estaba tranquila en aquel domicilio.

«Algún día —pensaba para mis adentros— te echarán de aquí. Porque tú, aunque trabajaste con Marcelo y viviste con él, no eras miembro de su familia ni os unía ningún lazo legal para que puedas heredarle».

Y mis adentros, al oír mis pensamientos, me daban la razón. Por eso apenas me atrevía a tocar las cosas del estudio, y las dejé tal como estaban cuando Marcelo se ahogó. Ni siquiera limpié el cenicero donde estaban las colillas de los últimos cigarros que se había fumado, ni lavé la pintura endurecida de los últimos pinceles que utilizó. Me acostaba en el sofá de abajo, frente a la ventana, y sólo subí una vez por la escalera de caracol para hacer su cama y dejar en orden su dormitorio.

El atontamiento que me produjo la desgracia, se me fue pasando poco a poco. Y a medida que iba despabilándome, me hacía con más insistencia la misma pregunta:

«¿Qué vas a hacer ahora? Porque en Málaga, después del escandalazo en que te han envuelto, nadie te dará un trabajo honrado. Ninguno de estos provincianos pacatos y mojigatos se atrevería a colocar a “la pécora que desgració al artista”. Debes decidir pronto, porque de esta casa tendrás que largarte el día menos pensado».

Y ese día llegó, como yo misma profeticé, de la manera más inesperada. Fue también «el menos pensado», porque era domingo. Y en domingo, por ser fecha mansurróna de descanso, nunca pensamos que pueda ocurrir nada violento ni extraordinario.

Pero ocurrió. Y algo muy gordo, por cierto.

Hay escenas fundamentales en la vida de cada cual, que se conservan en la memoria con tanta claridad como trozos de película. Yo diría que todas las personas llevamos dentro de la cabeza una pequeña filmoteca, en la que tenemos archivados esos trozos importantes del «film» de largo metraje que vamos rodando desde la cuna a la tumba. Nos basta elegir un trozo determinado y cerrar los ojos para verlo proyectado, tal y como se «rodó», en la cámara oscura del interior del cráneo.

Eso acabo de hacer yo para recordar con todo detalle la escena que escribo a continuación, ocurrida «el día menos pensado».

## PEDAZO 35

YA DIJE ANTES que era domingo, pero lo repito porque así cojo carrerilla y puedo empezar con más facilidad.

Hacía sol a ratos, porque el viento andaba peloteando con sus nubarrones sueltos que lo tapaban y destapaban continuamente. Yo me pongo muy nerviosa cuando el tiempo está así, pues no sé qué estado de ánimo adoptar: si me pongo contenta porque sale el sol, a los cinco minutos tengo que ponerme triste porque se ha nublado; y en cuanto estoy entristecida, la nube se aparta y tengo que alegrarme otra vez.

Estos bruscos cambios de humor que me impone el peloteo del viento en el cielo, acaban poniéndome los nervios tan de punta como las púas de un peine.

El dichoso peloteo fue la razón de que pasara la mañana nerviosísima, aguantando el constante parpadeo solar. Daban ganas de subir a una escalera muy alta y coger la bola del sol para apretarle la rosca, lo mismo que se hace con las bombillas que hacen guiños porque están flojas.

Pero mi nerviosismo no provenía únicamente del cachondeo que se traía el viento chutando a las nubes de un lado para otro. Al motivo meteorológico, había que añadirle también el psicológico. Porque yo sabía que a las once de aquella mañana, en una iglesia malagueña de mucho postín, se iba a celebrar un funeral por el alma de Marcelo. (No un funeral de esos que llaman de «córpo insepulto», porque el cuerpo de Marcelo estaba ya más enterrado que una chirla en la arena de la playa; sino uno de esos que se hacen días después del entierro con mucho terciopelo, mucho túmulo y mucho catafalco).

¿Que por qué tanto boato por un pintamonas? Pues por eso sencillamente; a Marcelo le ocurrió lo que a casi todos los artistas españoles. La gente empezó a reconocer que era un pintor genial cuando ya no podía pintar nada. En España deberíamos hacer un refrán que dijera: «Muerto el burro, la fama al rabo». O quizá mejor: «Hasta que no muere el burro, si soy crítico le zurro».

Culpa de esta puñetera envidia nacional, que desde hace siglos nos roe los huesos hasta el punto de habernos transformado en una raza bajita y renegrida.

Dejando aparte las divagaciones, diré que al dar las once me entraron ganas de llorar. Pero no de pena, pues ya se ha visto que nunca estuve enamorada de Marcelo, sino de rabia por no poder asistir a su funeral. Porque con la falsa opinión que la gente se había formado de mí, ¡cualquiera asomaba la gaita en la cuchipanda funeraria! Aquellos hipócritas que me habían calumniado eran muy capaces de echarme a la calle como a los perros cuando se cuelan en los templos. Al funeral asistirían, en cambio, personas importantes que ni siquiera conocieron a Marcelo, que de arte no entendían ni palote, y que nunca le ayudaron cuando él las necesitó.

Para calmarme la excitación que me producían estos rabiosos pensamientos, me

puse a destripar unas sardinas que había comprado el día anterior para mi almuerzo. Y puedo asegurar que nada calma tanto los nervios como destripar una docena de sardinas. Ya sé que este procedimiento no es muy científico, ni tampoco es muy recomendable para personas finolis. Pero el destripe de sardinas actúa como calmante, pues es un trabajo que distrae de sus preocupaciones a quien lo ejecuta.

No recuerdo con exactitud cuántas sardinas destripé aquel día, pero me consta que fueron las suficientes para tranquilizarme. Una vez destripadas me entretuve en rebozarlas y freírlas, tarea que también resulta distraída. Y en la misma cocina, sin más compañía que la de un buen cacho de pan, me senté a almorzar. Calculé mientras comía que el funeral ya habría terminado, porque en la preparación del almuerzo empleé más de una hora. Y se me pasó la rabieta que sentí durante toda la mañana por no haber podido asistir.

Después de comer me hice una taza de achicoria bien cargada, y me fui a tomarla frente a la ventana del estudio. El sol seguía guiñando su ojazo cuando lo tapaba el párpado de una nube, mientras el viento ponía crestas blancas sobre el azul del mar.

La achicoria bien cargada me despejó la cabeza de ideas tristes. Porque a mí, la achicoria bien cargada siempre me ha sentado de maravilla. Rarezas que tiene el estómago de una.

Fue precisamente al tragarme el último sorbo de la taza, cuando sonó el timbre de la puerta. Al oírlo me llevé un susto gordo, porque llevaba muchos días sin sonar. Nadie iba a visitarme. Ni siquiera el lechero llamaba a la puerta del estudio, porque a mí no me sobraba el dinero para gastármelo en lujos y leches.

Fui a abrir bastante inquieta, sin sospechar quién podría ser. Y por la mirilla de la puerta vi a una señora vestida de luto, con la cabeza cubierta por uno de esos velos negros que se usan para ir a la iglesia. La señora tenía una edad indefinida, ventaja que permite a algunas mujeres quitarse años como todas las demás, pero sin que se note tanto.

Iba acompañada de un señor menudito que no tenía aspecto de ir de luto, pues vestía pantalón azul, chaqueta marrón a cuadros y corbata amarilla con motas coloradas. Después de este examen abrí la puerta, sin dejar de pensar quiénes podrían ser aquellos visitantes que hacían tan mala pareja.

—¿Qué desean? —pregunté muy finamente.

La señora, lanzándome una mirada llena de desprecio, empujó la puerta y entró seguida del señor menudito, sin esperar a que yo los invitara a pasar.

—Deseo —me dijo ella cuando estuvo dentro— que se marche usted en seguida de aquí.

Sin dignarse darme más explicaciones, avanzó taconeando fuerte hasta el interior del estudio. Yo me quede un momento desconcertada, sin saber qué hacer ni qué decir. Cerré la puerta y seguí a la pareja hasta el estudio, donde ya la señora estaba

quitándose el velo, dispuesta a fisgarlo todo.

—Usted perdone —le dije cuando reaccioné, bastante enfadada—. ¿Quiere decirme quién es usted?

Pero ella no se molestó en contestarme, y se puso a contemplar uno de los cuadros que había en la pared. Eso me sacó de quicio y añadí casi a gritos:

—¡No tiene usted derecho a entrar así!

—Sí lo tiene —dijo el señor menudito, secamente.

—Pero ¿quién es? —le pregunté a él.

Y él, levantando la barbilla para parecer más alto, me contestó:

—Es la esposa de don Marcelo.

## PEDAZO 36

SÍ; ERA, EFECTIVAMENTE, la viuda del pintor. Una mujer de la que él se separó hacía muchos años porque ella no supo ser esposa, pero que quería aprovecharse de ser su viuda.

Es natural. La viudez, creo yo es el estado civil al que aspiran todas las mujeres separadas: permite disfrutar del nombre y la fortuna del marido, sin tener que soportarle a él. Yo me atrevo a decir, aunque parezca una barbaridad, que todas las esposas que obtuvieron la separación de sus maridos, rezan para que se les conceda la gracia de convertirse en sus viudas.

La esposa de Marcelo me demostró que esta idea mía es cierta, pues no podía ocultar la satisfacción que le produjo su viudez. Gracias a ella, pudo volver a la luz desde la oscuridad en que vivió durante la separación. Porque me constaba que Marcelo la había olvidado completamente. Nunca habló en Málaga, ni a mí ni a nadie, de aquella bruja que había dejado en Albacete.

En Albacete, sí, aunque parezca raro. Marcelo, según leí en las notas necrológicas que publicaron los papeles con motivo de su muerte, había nacido en esa ciudad.

(Yo nunca estuve en Albacete, pero he oído decir que esa capital es famosa porque sus habitantes hacen algo. También Astorga, por ejemplo, es famosa por la misma razón. Pero no sé bien lo que hacen en ninguna de las dos. Puede que sean bollos, o pinchos, o gaitas).

Marcelo, a pesar de haber nacido en Albacete, nunca supo hacer la cosa típica que dio fama a la ciudad. Esto, supongo yo, le crearía dificultades para abrirse camino en la vida; pues no hay nada tan difícil como tratar de vivir en una comunidad que hace pitos, por ejemplo, pretendiendo hacer flautas.

El caso es que el hombre, mientras luchaba allí para hacerse un porvenir, cometió la torpeza de casarse con esa primera novia que se tiene siempre. Y así le fue. Ella se llamaba Ruperta, y su padre fabricaba navajas. Dos detalles a cual más feo, que definen a aquella familia. Porque si es feo llamarse Ruperta, que sí lo es, resulta más feo todavía que el padre de una se dedique a fabricar esas odiosas navajas que sólo sirven para que los hombres se las claven en las reyertas de las tabernas.

Aquel matrimonio sólo duró dos o tres años. (Todo esto lo supe por el abogado de Ruperta, que era el señor menudito con el cual llegó al estudio para apoderarse de todo lo perteneciente a Marcelo). Como la mayoría de los hombres que se casan demasiado jóvenes, Marcelo cometió una equivocación. Supongo que se daría cuenta de que aquella esposa era tan desagradable y ordinaria como las navajas de su papá, y decidieron separarse de común acuerdo.

Marcelo se marchó a Málaga, donde se hizo un poco famoso, y Ruperta se quedó en Albacete, donde nadie volvió a acordarse de ella. Pero en cuanto supo que su

marido había muerto, acudió a echar mano a sus bienes como el buitre echa garra a la carroña.

Lo que más me indignó fue saber que antes de ir a echarme del estudio, aquella bruja había tenido la desfachatez de presidir la cuchipanda funeraria dedicada a Marcelo. Hasta creo que le pusieron un reclinatorio con cojín de terciopelo, en el que la tía estuvo lloriqueando durante todo el funeral como si le afectara horrores la desgracia. ¡La muy cínica! Si llego a estar yo allí, la hago comerse el cojín para ahogar sus aullidos lastimeros de perra hipócrita.

Ésta es una de las cosas que más me indignan de las personas que llaman decentes: la hipocresía. Una zorra, dicho sea con perdón, es incapaz de fingir algo que no siente. Una estrecha, en cambio, es capacísima de llorar por una muerte que en el fondo la llena de alegría. ¿Está eso bien? Yo creo que no, vamos.

No entiendo de leyes como ese abogadete canijo que se trajo la Ruperta de Albacete, pero me parece fatal que una mujer siga teniendo derecho a presumir de ser la esposa de un señor, después de haber pasado casi diez años sin acostarse con él. A mí, dentro de mi burrez, esto del acueste me parece imprescindible para que pueda decirse que un matrimonio sigue en vigor.

Pero hay, por lo visto y oído, un lazo que une con más fuerza que la cama. Y a ese lazo, los que entienden, le llaman vínculo. Yo, la verdad, no entiendo en qué puede consistir el vínculo ese, que no se rompe ni aunque la esposa duerma sola en Albacete durante dos lustros, mientras el marido duerme con otras en Málaga durante el mismo período de tiempo.

El caso es que el vínculo existe, y que Ruperta recibió todos los pésames y honras fúnebres que se tributan a la viuda de un artista importante.

Aparte de estas satisfacciones morales, la individua tuvo también compensaciones materiales, pues se apropió del estudio con todas las pinturas de Marcelo que había dentro. Y estas obras, como con la muerte del autor se habían convertido en póstumas, valían mucho más. Trucos de los marchantes, para sacar perras a los ricachos. Aunque parezca una tontería, lo que podríamos llamar «la postumez» se cotiza un rato largo.

Por la tarde de aquel mismo domingo, acuciada por las presiones de Ruperta y su abogado, me marché del estudio. Tuve que pasar por la vergüenza de hacer mi maleta bajo la vigilancia de la señora, como las criadas, para que ella pudiese comprobar que no me llevaba nada que no me pertenecía. También el abogado quiso actuar de carabinero en aquel registro, pretendiendo meter los ojos entre mi ropa interior. Pero yo cerré de golpe la maleta, y poco faltó para que le pillara las narices con la tapa.

Salí de allí humillada, pero con la frente muy alta.

(La altura de la frente, en estos casos, es un modesto recurso del que se valen los humillados para consolarse un poco de la humillación).

En el trayecto de Torremolinos a Málaga, que hice en la vieja camioneta del llamado con mucho optimismo «servicio regular», tomé una decisión: fui a ver a mi amiga Merche, cuya farmacia estaba de guardia aquel domingo, y le dije:

—Odio esta ciudad. Desde que llegué, todo me ha salido mal. He decidido volverme a Madrid.

—Es lo mejor que puedes hacer —opinó ella—. Aquí, después de lo ocurrido con el artista, nadie te mirará bien. Ya sabes lo que piensa esta sociedad de hipócritas en que vivimos: todo puede hacerse, mientras no haya escándalo.

A pesar de que Marcelo me dejó a deber varios sueldos, que ya no podrá pagarme hasta que nos encontremos algún día en la eternidad, yo tenía guardado algún dinero que pensaba mandar a mi madre. Con ese dinero tomé billete hasta Madrid en el tren correo, y aún me sobraron bastantes duros para atender a mis primeros gastos en la capital.

Aquella misma noche abandoné Málaga, sin pena ni gloria. Dejaba allí un amor muerto —Rodolfo—, y un muerto sin amor —Marcelo—. Dejaba también algo de inocencia, que había cambiado ventajosamente por algo de experiencia.

Cuando el tren empezó a moverse y a salir de la estación, me asomé a la ventanilla. Pero no miré atrás, sino adelante. Como debe ser. En los viajes, lo mismo que en la vida, nunca hay que mirar al furgón de cola donde llevamos el equipaje del pasado, sino a la locomotora que nos conduce al porvenir.

(Aunque parezca que este pensamiento lo he robado de la hoja de un calendario, juro que se me ha ocurrido a mí. Por si acaso).

## PEDAZO 37

BASTA DECIR que viajé en un tren correo para comprender que hice un viaje desastroso. Suponiendo que los vagones de esa clase de trenes tengan amortiguadores, que ya es mucho suponer, deben de estar calculados para la recia arpillera de las sacas postales, pero no para el frágil esqueleto de los seres humanos.

Llegué a Madrid molida, con el pompis tan morado como el solideo de un obispo. El viajero de tren correo, puesto que viaja lo mismo que un paquete, debería certificarse en la estación de salida para poder reclamar por daños en la de llegada. Porque no hay derecho, vamos.

Molida y todo, me fui a la pensión de la calle Sombrerete, donde había vivido con Tere cuando vine del pueblo. La dueña, aquella mujerona chata con pinta de boxeadora retirada, salió a recibirme con una bata que yo no conocía; pero con los mismos papelillos en la cabeza que parecían mariposas.

Me dijo aquella barbarota que podía darme habitación, porque varios huéspedes se habían marchado de pronto.

—¿Por qué? —quise yo saber.

Y ella me lo contó. Por lo visto, los tíos se fueron al saber que la chica —aquella criada menuda y sonrosadita que más bien parecía una criadilla— tenía el tifus. Yo me asusté también, porque entonces se hablaba mucho de cierto piojo verde que estaba haciendo mucha mortandad. Pero la mujerona me tranquilizó:

—Creí que la chica tenía el tifus, porque una noche encontré un piojo en su cuarto. Pero al examinar el piojo a la luz del día, vi que no era verde. Por desgracia, algunos huéspedes aprensivos no esperaron a saber el resultado del examen, y se fueron zumbando. De manera que hay sitio para usted.

—¿Y mi amiga Tere? —pregunté, mientras la mujerona me cogía la maleta para acompañarme a mi cuarto.

—¡Huy ésa! ¿No sabía usted que se lió con el encargado de la peluquería donde trabajaba de manicura? Se fue de aquí hace un par de meses sin dejarme las señas. Creo que él le ha puesto un piso en unos bloques de viviendas que están construyendo en las afueras, y que se llaman «el barrio de los líos».

Perdido el apoyo de Tere, única amiga que tenía en aquella ciudad tan grande, me encontré muy sola y desamparada. Creo que si mi madre hubiera estado en mejor posición, me habría vuelto entonces al pueblo a vivir con ella. Porque supongo que, después del tiempo transcurrido, ya no estaría enfadada conmigo por haberme dejado quitar el precinto de garantía. Pero la pobreza me horrorizaba, como a todo el mundo, y no me decidí a regresar. Es comprensible que una chica joven y mona aspire a vivir bien, aunque sea en «el barrio de los líos», y que rechace enterrarse durante toda su vida en «el barrio de las latas».

Haciendo esfuerzos para dominar la depresión que me producía la soledad, me quedé en Madrid. Quería alcanzar un nivel de vida superior a un tejado de chapa roñosa, y una vecindad de traperos y basuras.

No era mucho pedir, ¿verdad?

Comprendo que el mundo no es Jauja, y me parece bien que rebaje a las chicas las ambiciones excesivas. Pero yo no pedía «chaletes», «yotes» ni «chevroletes», como decía la franchuta de mi hospedaje malagueño. Me conformaba con una buena cama todas las noches, dos buenas comidas todos los días y tres buenos trajes todos los años. Y, sin embargo, no me era posible conseguir estas poquitas cosas con relativa seguridad.

No puedo decir que la suerte me había vuelto la espalda, porque hasta entonces nunca me había dado la cara. Ni me la dio después. Ahora mismo, cuando ensucio estos papeles, no podría describir la cara de la suerte, porque no se la vi jamás. La espalda de esa puerca, su culazo gordo y fofo de tanto estar sentada dándose la buena vida, sí podría describirlo con todo detalle por ser lo único que me ha estado enseñando desde que nací.

Pero no vale la pena perder el tiempo en esas descripciones y lamentaciones. Lo que me importa que quede claro es la lucha que sostuve tratando de mantenerme a flote con trabajos de los llamados decentes. Pese a mi lucha, una tremenda mala pata me perseguía echándome de todas las oportunidades a puntapiés. Las ofertas de colocación eran escasas y las demandas muchas. Madrid había entrado en una fase de modernización que tardó algunos años en concluirse, y no había entonces fábricas movidas por obreras ni cafeterías servidas por camareras.

Tanto nuestra industria como nuestras costumbres eran todavía toscas y anticuadas. Sólo había tallercitos donde nuestros obreros fabricaban cosas que se rompían en seguida, y cafés atendidos por camareros viejos.

El único trabajo que una mujer podía encontrar fácilmente en aquella época, era de criada. Y no puede reprochárseme que yo aspirara a encontrar algo mejor. Porque ya había pasado más de una vez por la experiencia criadil, y no estaba dispuesta a ser chacha «per sécula», como dicen los curas.

Yo era guapa y nunca fui tonta. ¿Iba a pasarme toda la vida con un delantal, pelando patatas y fregando suelos? No era justo, jolines. También una servidora tenía derecho a prosperar un poco, como cada quisque.

Pero pasaban las semanas sin que yo encontrara la oportunidad de meter baza en ninguna colocación. El poco dinero que me quedaba se me acabó, y llegué a deberle un mes completo a la patrona.

Aún me salen los colores al recordar la vergüenza que pasé a las horas de comer, temiendo que la dueña se negase a servirme la comida. Yo me sentaba a la mesa con los ojos bajos, sin atreverme a levantarlos cuando la criadilla entraba en el comedor

con la soperá. Pensaba que quizá, cumpliendo órdenes de la mujerona cansada de fiarme, pasaría ante mi plato sin echarme mi ración de caldo.

Eran aquéllos unos momentos angustiosos. Oía claramente el ruido metálico del cucharón al rozar en los platos de mis vecinos, y el chorreo del caldo al caer sobre la loza. Y mi corazón latía mientras mi cerebro pensaba: «¿Se detendrá en mi plato el cucharón?»

Cuando al fin se detenía, yo suspiraba aliviada. Y conste que las sopas, en general, nunca me han gustado. Incluso las desprecio, sin tomarlas en consideración gastronómica. A la sopa sólo la considero como el agua que ingerimos previamente, para que puedan nadar los pescados que comemos después. Pero yo en aquel mes trágico la recibía con entusiasmo, pues era el síntoma de que me servirían a continuación el resto del menú.

Así, en la espera angustiada del cucharón, aguanté unos días más. Hasta que una noche ocurrió lo que yo me temía.

## PEDAZO 38

OCURRIÓ EN EL COMEDOR, a la hora de cenar. Con la emoción habitual y los ojos clavados en mi plato vacío, yo esperaba el reparto de la sopa, que ya había comenzado.

Pero al llegar junto a mí, el cucharón me saltó el turno.

Escuché claramente los pasos de la criadilla que se alejaba, y oí el ruido de la puerta cuando salió del comedor con la sopera en las manos. Nunca en mi vida, estoy segura, he sentido como entonces tanta vergüenza junta. Las orejas me quemaban, y mis ojos no se atrevían a salir de aquel plato soperero vacío que me pareció más hondo que nunca.

También noté en la piel los pinchazos de las miradas que los otros huéspedes habían clavado en mí, como si todo mi cuerpo fuera un acerico. Me pareció que el chapoteo de las cucharas se interrumpía, para contemplar aquella desgraciada a la que ya no fiaban más comida.

Comprendí que si continuaba allí un minuto más, las lágrimas que ya me cosquilleaban los párpados, llenarían mi plato vacío. Y levantándome tan bruscamente que mi silla se cayó patas arriba, salí corriendo del comedor.

No paré hasta que estuve fuera de la pensión, bajando la escalera hacia la calle. En el portal tuve que secarme los ojos con un pañuelo, porque los tenía húmedos y me picaban a consecuencia de estar llorando con el llanto más amargo y el que más escuece: el de vergüenza.

Luego me dirigí a una plaza que hasta hacía poco tiempo se había llamado «del Progreso», sin duda porque fue una de las primeras que el Ayuntamiento pavimentó para que pudiera transitarse por ella sin romperse la crisma ni las ballestas.

En esta plaza estaba «Larache», cabaretito económico en el que los caballeros pagaban cuatro duros para entrar y las señoritas entraban gratis. Este nombre tan feo se lo pusieron porque era el único de ciudad norteafricana que quedaba libre para bautizar un «nait clú». Los locales nocturnos siempre han sentido predilección por la nomenclatura de esa zona geográfica, y había entonces un montón de ellos que se llamaban «Marruecos», «Tánger», «Casablanca», «Túnez», «El Cairo», etcétera.

«Larache», era un antro que tenía mucha atmósfera marroquí, porque estaba tan sucio como cualquier barrio moro. Recuerdo que en la puerta había un portero zarrapastoso, con una pinta mucho más vallecana que moruna, envuelto en una chilaba y calzado con babuchas. Cuando se acercaba alguien a la puerta, el portero aquel decía entre dientes una cosa confusa que sonaba así:

—¡Ala, ala!...

Y no se entendía bien si estaba repitiendo el nombre del dios árabe para dar ambiente, o si estaba acuciando a los transeúntes para que se dieran prisa en entrar.

Una vez dentro, se veía que la decoración del local era un plagio descarado de la Alhambra granadina, pero en peor. Había ventanitas alargadas de estilo árabe, con todo el borde mordisqueado, y letreros por las paredes escritos con esa escritura mora que parece los garabatos que hacemos en un papel para probar si tiene tinta la pluma.

La música de la orquesta era tan mala y temblona, que daba la sensación de que la tocaban con chirimías y otros instrumentos raros. Entonces estaba de moda una estupidez bailable llamada «Se va el caimán», y la repetían como si el caimán aquel estuviese anunciando siempre que se iba. Pero luego se quedaba.

Yo me fijé poco en estos detalles, porque iba desesperada y dispuesta a todo. A todo, sí. A sacudirme aquella humillación que había sufrido, aunque para ello tuviera que caer en una humillación mucho mayor.

He olvidado, gracias a Dios, la cara del hombre que me pagó una botella de sidra achampañada y dos raciones de jamón con trocitos de queso.

He olvidado también las señas de la casa de citas a la que después me fui con él, y el asco que experimenté al entregarme con los dientes apretados bajo aquella horrible colcha verde.

Pero sí recuerdo que el hombre, no puedo precisar si antes o después, me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

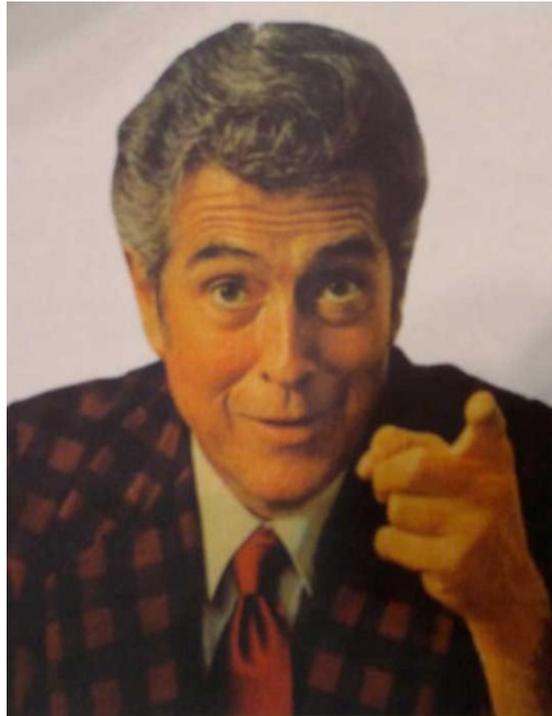
Y yo le contesté:

—¿Qué más da? ¿No llaman fulanas a las mujeres que hacen esto? Pues yo soy una más. Y me llamo, como todas ellas, Fulana de Tal.

A la mañana siguiente, como el hombre era rumboso, tuve dinero para pagar mis deudas en la pensión. Y aún me sobró para pasarme tres horas en una peluquería, tiñéndome el pelo de rubio. Porque eso ayuda mucho en el oficio que mi cochina suerte me obligó a elegir.

*Madrid, Frankfurt, Mallorca, Barcelona.*

*Invierno de 1962-63.*



De Álvaro de Laiglesia (1922 - 1981), se dice que, a pesar de haber vendido centenares de miles de libros editados por Planeta, es un periodista y escritor humorístico hoy casi olvidado. Cierto. Pero añadimos por nuestra parte que es también uno de los clásicos del humor español del siglo xx, como lo son Ramón Gómez de la Serna, Enrique Jardiel Poncela, Wenceslao Fernández Flórez, Julio Camba y Noel Clarasó, compañeros suyos condenados igualmente, en mayor o menor grado, a la desaparición de su memoria por una única causa: la desinformación cultural española en lo que al más elevado de los géneros literarios se refiere.

Fue bautizado con los nombres de Álvaro María Eugenio Alejandro Sebastián, y debió disfrutar de un ambiente familiar culto y de posición desahogada, pues sus progenitores poseían un chalé («Villa Sorolla») en el Monte Igueldo de San Sebastián, donde pasaban los veranos. Su padre había compartido tiradas de pichón con el rey Alfonso XIII y su abuelo fue fundador del Banco Español de Crédito y gobernador del Hipotecario.

La familia, instalada en Madrid, debió pasar estrecheces económicas pues la primera infancia de nuestro autor transcurrió en medio de una serie de cambios de domicilio, cada vez a peor: Hermanos Bécquer, Hermosilla, Marqués del Riscal, Castellana, Miguel Ángel, Velázquez y Chamartín. Estudió en el elegante colegio del Pilar, pero sólo consiguió aprobar el ingreso y los dos primeros cursos de bachillerato. Sus padres lo matricularon entonces en la Academia Goya, donde aprobaría hasta el cuarto de bachiller.

Entonces estalló la guerra civil. Los vientos de guerra que soplaban en el verano del 36 impulsaron a su familia a dejar Madrid. Se organizaron dos expediciones: la primera, compuesta por él, su madre y sus dos hermanas, salió de la capital de España el 14 de julio; la segunda, con el padre y sus dos hermanos mayores, tenía previsto hacerlo ocho días después, pero ya le resultó imposible.

La familia, así, quedó rota. En San Sebastián conocían a Manuel Halcón, que lo presentó al Secretario Nacional de Prensa y Propaganda y este le impulsó a colaborar en Fotos, haciéndolo a continuación en otras revistas como San Sebastián, Flecha y Unidad. Atraído por la poesía política escribió encendidos versos firmados como «El Condestable Azul», que aparecerían en Flechas y Pelayos, semanario infantil donde llegó a subdirector a la edad de quince años. Con el fin de que se independizara económicamente los suyos lo emplearon en el Banco de España, pero allí aguantó únicamente cien días.

Fue a parar a La Ametralladora, donde Miguel Mihura lo nombró redactor jefe con dieciséis años, y aquello cambió su vida, convirtiéndole drásticamente al humor. Colaboró también en Domingo y hasta escribió una primera obra teatral que estrenó Isabelita Garcés en 1938.

Cerrada La Ametralladora, y de regreso en Madrid, Víctor de la Serna lo acogió en Informaciones, aunque muy pronto su carácter inquieto, comenzada la II Guerra Mundial, le hizo embarcarse en el «Magallanes», rumbo a La Habana, donde le aguardaba Pepín Rivero, director del Diario de la Marina, que había recibido una carta recomendándole, de Manuel Aznar, abuelo del ex presidente del Gobierno español.

Allí realizaba una columna diaria, a diez pesos semanales. Insatisfecho por el trabajo volvió a Madrid, donde Mihura le ofreció el puesto de redactor jefe de La Codorniz, apoyada por su antiguo benefactor Manuel Halcón, que iba a ser la continuadora de La Ametralladora. Aceptó encantado, aunque su desasosiego le llevó pronto a plantar a Mihura, enrolándose en la División Azul.

De vuelta a nuestro país, en 1943, recuperó su puesto de redactor jefe en La Codorniz. Y un año más tarde accedió a su dirección tras el abandono de Mihura. Ahí comienza su carrera más brillante, convirtiéndose en el director de medio de comunicación español que más años se mantendrá en el cargo —treinta y tres— hasta ser defenestrado tras una turbia maniobra empresarial.

Durante más de tres décadas Álvaro de Laiglesia capitaneó La Codorniz y la transformó en una leyenda de la prensa nacional. Al mismo tiempo se convirtió en autor de más de cuarenta libros que alcanzaban reediciones continuadas, pronunció conferencias por toda España que provocaban asistencias multitudinarias, intervino en televisión con series sonadas, y fue un personaje tan admirado por el gran público como envidiado por sus colegas.

Tras su destitución de La Codorniz ayudó a su sobrino Juan Carlos de Laiglesia (periodista de la movida madrileña, director de La Luna de Madrid) a establecerse, y planeó presentar batalla a la declinante Codorniz con otro semanario titulado La Nariz, cuya cabecera tenía registrada.

Un repentino infarto sufrido en Manchester, el 1 de agosto, dio al traste con sus proyectos y su vida.

Fuente: Equipo de Documentación de EPL.